DESDE LA ARAUCANÍA HASTA MAGALLANES

CASAS DE CAMPO CHILENAS

DESDE LA ARAUCANÍA HASTA MAGALLANES

CASAS DE CAMPO CHILENAS

EDITORES
VALERIA MAINO
HERNÁN RODRÍGUEZ

TEXTOS
CARLOS CASTILLO
FERNANDO IMAS
MAGDALENA PEREIRA
CONSTANZA PÉREZ

FOTOGRAFÍA
MAX DONOSO

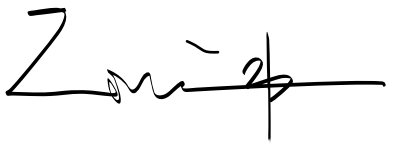
Es motivo de gran satisfacción para Banco Santander Chile presentar un nuevo volumen, el IV de la Colección *Casas de Campo Chilenas*, destinado a rescatar este valioso patrimonio arquitectónico y cultural del país, único en su género.

La serie, que comenzó exactamente hace 20 años, completa esta vez un recorrido por las hermosas haciendas emblemáticas en las regiones de La Araucanía, Los Ríos, Los Lagos, Aysén y Magallanes, ofreciendo un sobresaliente testimonio gráfico de sus construcciones y contándonos de las familias que han albergado.

A través de estas páginas podemos ser testigos privilegiados del paso del tiempo, descubriendo junto con la belleza y singularidad de las casonas, la huella de sus pioneros y de las notables familias que contribuyeron con su esfuerzo al desarrollo de esas zonas, a veces en geografías apartadas y condiciones de vida muy difíciles. Sus descendientes y actuales propietarios nos han abierto las puertas a la intimidad de estas antiguas casas para que conozcamos la elegancia y sobriedad de sus recintos, los nostálgicos y luminosos corredores, la admirable arquitectura donde predomina la madera como noble material estructural y la belleza de sus amplios jardines emplazados junto a verdes predios colindantes, haciéndonos parte de sus anécdotas, estilos de vida, costumbres, faenas y formas de producción agrícola y ganadera.

Agradezco el apoyo de la Ley de Donaciones Culturales, a nuestro socio, la Corporación del Patrimonio Cultural de Chile, a los editores y gestores de la investigación, a los autores de los textos, la fotografía, el diseño y la impresión; también a nuestro equipo del banco por su esfuerzo y dedicación que refuerza nuestro profundo compromiso con el desarrollo cultural del país.

Ponemos esta obra en sus manos, esperando que la disfruten y se sorprendan una vez más con el espíritu y tradición que proyectan las maravillosas Casas de Campo Chilenas.



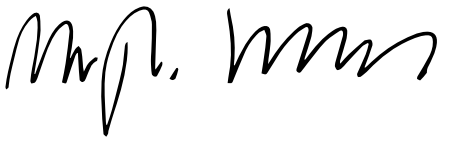
Román Blanco Reinosa
Gerente General y Country Head
Banco Santander Chile

PATRIMONIO
CULTURAL
DE CHILE

La presente edición completa la notable serie de libros *Casas de Campo Chilenas*, que hace 20 años inició el Banco Santander, contribuyendo con ello significtivamente a difundir el valioso patrimonio arquitectónico rural, presente en diferentes regiones de nuestro país. Nos enorgullece como Corporación del Patrimonio Cultural de Chile, formar parte del cuarto y último tomo de esta colección.

Sus tres ediciones anteriores abarcaron casas patronales desde el valle del Elqui al valle del Maipo, el Maule y la zona de Cautín. El último tomo de esta colección, nos invita a hacer un espectacular viaje desde La Araucanía hasta Magallanes, donde la arquitectura tiene como protagonistas a la madera y la carpintería. Las casas que este tomo recoge, dan cuenta de la visión y costumbres de las diferentes corrientes de inmigrantes, principalmente alemanes, quienes llegaron en el siglo XIX para forjar un nuevo futuro en la difícil geografía del sur de Chile, plasmando y difundiendo desde su particular forma de habitar los campos, su cultura y tradiciones.

Los magníficos bosques del lago Llanquihue, la cruda cordillera de Aysén y la grandiosa pampa patagónica son los escenarios de este libro, levantado por un equipo profesional de excelencia que ha logrado con gran maestría captar la forma y el espíritu de este patrimonio sureño para encantar a los lectores actuales y transmitir su valor a las futuras generaciones.



Magdalena Krebs Kaulen
Directora Ejecutiva
Corporación Patrimonio Cultural de Chile

CONTENIDO

MAPA 9

PRÓLOGO 11

INTRODUCCIÓN 12

DESDE LA ARAUCANÍA HASTA MAGALLANES

VILLARRICA
Flor del Lago 14

SAN JOSÉ DE LA MARIQUINA
Santa María 30

VALDIVIA
San Ramón 42
El Trehuaco 54

OSORNO
Quirislahuen 64

PURRANQUE
Los Ciervos 78

PUERTO OCTAY
Los Guindos 90
La Vega 102

FRUTILLAR
Los Bajos 112

LOS MUERMOS
Río Frío 124

COYHAIQUE
Ñirehuao 136
La Frontera 148
Cerro Galera 158

PUERTO NATALES
Cerro Negro 168

LAGUNA BLANCA
Río Penitente 180

SAN GREGORIO
Tres Chorrillos 190
Avelina 200
Villa San Gregorio 210

RÍO VERDE
El Trébol 220

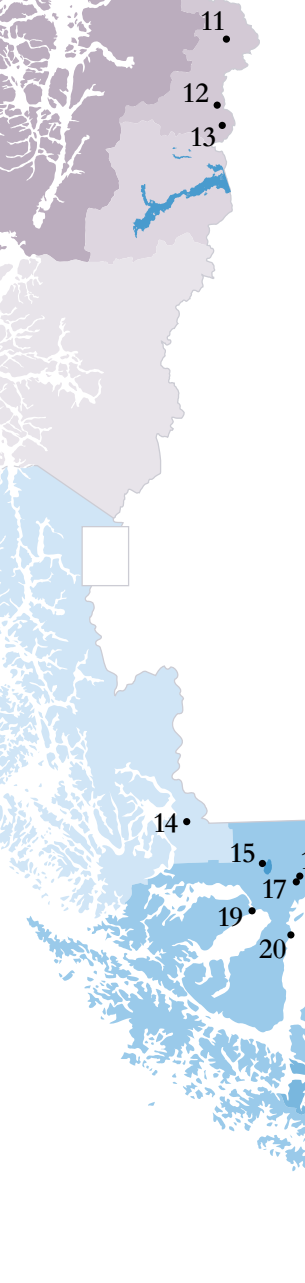
PUNTA ARENAS
San José de Los Robles 234

TIMAUKEL
Cameron 244

AGRADECIMIENTOS 259

MAPA

REGIÓN	PROVINCIA	CASA	
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA	Cautín	1	*Flor del Lago*
REGIÓN DE LOS RÍOS	Valdivia	2	*Santa María*
	Valdivia	3	*San Ramón*
	Valdivia	4	*El Trehuaco*
REGIÓN DE LOS LAGOS	Osorno	5	*Quirislahuen*
	Osorno	6	*Los Ciervos*
	Osorno	7	*Los Guindos*
	Osorno	8	*La Vega*
	Llanquihue	9	*Los Bajos*
	Llanquihue	10	*Río Frío*
REGIÓN DE AYSÉN	Coyhaique	11	*Ñirehuao*
	Coyhaique	12	*La Frontera*
	Coyhaique	13	*Cerro Galera*
REGIÓN DE MAGALLANES	Última Esperanza	14	*Cerro Negro*
	Magallanes	15	*Río Penitente*
	Magallanes	16	*Tres Chorrillos*
	Magallanes	17	*Avelina*
	Magallanes	18	*Villa San Gregorio*
	Magallanes	19	*El Trébol*
	Magallanes	20	*San José de los Robles*
	Tierra del Fuego	21	*Cameron*



UBICACIÓN DE ZONA EN AMÉRICA

PRÓLOGO

El año 2004, cuando se presentó el primer volumen de *Casas de Campo Chilenas*, se dijo que el libro constituía "un valioso aporte al conocimiento de nuestra identidad y de formas de vida del mundo rural, reuniendo, por primera vez, la crónica e imágenes de un conjunto significativo de antiguas casas patronales."

Si bien son libros de fotografía artística de gran formato, la información de su texto se refiere al origen de la propiedad, a las características de una arquitectura peculiar, a la historia social, a la diversidad del paisaje y las usanzas propias de las localidades donde se encuentran. En suma, a la expresión de la cultura rural tradicional, cuyas faenas, usos y costumbres tienden a desaparecer.

Casas de Campo Chilenas ofrece una mirada amplia y reveladora sobre una forma de vida íntima y familiar, y por tanto desconocida, no obstante ser parte significativa del paisaje físico y humano de nuestra historia. Su conocimiento contribuirá a fortalecer la identidad, e informará sobre la existencia de un valioso patrimonio cultural, excepcionalmente conservado por sus propietarios.

Hoy se publica el cuarto volumen de esta colección, conservando plenamente el espíritu de los tres libros anteriores y cubriendo un vasto territorio, desde el valle del Toltén hasta la Tierra del Fuego. También, esta última vez, el cuarto volumen de las *Casas de Campo Chilenas* constituye un sentido homenaje para una de sus autoras, la destacada historiadora Teresa Pereira Larraín, fallecida el año 2023.

Casas de Campo Chilenas difícilmente se habría hecho realidad sin la hospitalidad y la colaboración de los dueños de cada casa. Sin conocer su esfuerzo y preocupación por conservar estas grandes y antiguas construcciones, a pesar de las dificultades que deben enfrentar para abrir sus puertas y darlas a conocer. Gracias muy sinceras a Gabrielle Mayr-Melnhof, Daniela Wagner y Antonia Pérez; Marcela Baraona, María Inés Wörner y Christian Dünner; Arturo Matthei y Paula Matthei; Adriana Valenzuela y Javiera Ide; Bruno Schilling y Ana María Schilling; Gloria Weisser, Alejandro y Francisco Menzel; Renate Yunge, Andrés Loebel y María Elena Salazar; Marcos Peede y María José Montequín; Federico Peede, Soledad Solis y José Tomás Rodríguez Peede; Alfonso Campos e Isabel Ojeda; Liliana Kusanovic, Arturo Menéndez y José Miguel Marín; Gillian, Anne y Rodrigo Maclean; Frances Dick, Teresa Campos y Carlos Larraín.

A través de cada una de las personas nombradas agradecemos también a sus familias por recibirnos y contarnos sus historias. Además de tantos otros propietarios de valiosas casas históricas que abrieron sus puertas para esta investigación, a quienes les extendemos nuestra más sincera gratitud.

INTRODUCCIÓN

Casas de Campo Chilenas, volumen IV, es el último recorrido que hacemos por un inmenso territorio que cubre desde la región de Coquimbo hasta la de Magallanes. Cuatro volúmenes y veinte años investigando la existencia e historia de nuestras tradicionales casas rurales, construcciones cada día más escasas y por ende, más valiosas. Casas cuya crónica se remonta al conquistador Pedro de Valdivia en 1539, tomando posesión del Reyno de Chile para su Emperador, trazando caminos, fundando ciudades y creando vecinos, hasta que perdió la vida en Tucapel, en 1553. "Caballeros, ¿qué hacemos?" "Qué quiere vuestra señoría que hagamos, sino que peleemos y muramos".

En 1598 se produjo el Gran Levantamiento indígena que arrasó con todas las ciudades, caminos y fortalezas al sur del río Bio Bío. A excepción de Valdivia, que se repobló a partir de 1645, el resto de las ciudades fundacionales sólo comenzaron a recuperarse dos siglos más tarde. Los valdivianos mantuvieron un puerto que les permitía comunicación marítima con el norte y aspiraban contar con un camino seguro con el sur. El proyecto de un Camino Real entre Valdivia y Chiloé se concretó en 1792. Pero, concluía el siglo XVIII y todavía faltaba recuperar las ciudades arrasadas en 1598. Osorno, por ejemplo. Sólo en 1792 se encontraron sus ruinas ocultas por el bosque. En 1796 se repobló en su emplazamiento original. Sin embargo, faltaba recuperar más ciudades, construir más caminos.

Establecida la República en las primeras décadas del siglo XIX, hubo consenso en la necesidad de dar mayor importancia al tema de Arauco y su adecuada inclusión en la agenda pública. Su base jurídica contó con la Ley de Colonización de 1845 y la ley de fundación de pueblos de 1866, muchos de los cuales se habían creado durante el siglo XVI, como aconteció con Villarrica, Angol, Cañete e Imperial. Igualmente importantes fueron las disposiciones legales de 1870 que, entre otras cosas, definieron el dominio fiscal y la forma de enajenar, vender y dividir la tierra.

Villarrica fue arrasada en 1603 y estuvo desaparecida por 282 años. En 1883, y tras el proceso militar de reducción de la Araucanía por el Estado de Chile, volvió a ser fundada ante las autoridades del gobierno de Aníbal Pinto y a la presencia del cacique Venancio Coñuepán. El caso de Angol es increíble. Se fundó por primera vez en 1553 y se debió refundar seis veces más, hasta 1766. La séptima fundación, y última, fue en 1862.

Durante el gobierno de Manuel Bulnes, en 1843, se decidió incorporar el Estrecho de Magallanes al territorio nacional, para lo cual se comisionó al intendente de Chiloé, Domingo Espiñeira, al capitán inglés Juan Williams y al explorador alemán Bernardo E. Philippi., para que cumplieran este cometido en el Estrecho. Se debió a la pericia y coraje de Philippi evitar el naufragio de la corbeta *Ancud* en el canal de Chacao. Lograron finalmente alcanzar su cometido y, en la Punta de Santa Ana, a orillas del Estrecho, izaron finalmente la bandera y la saludaron con 21 cañonazos.

La expedición al Estrecho de Magallanes creó sólidos vínculos entre Philippi y el ministro José Joaquín Pérez, ambos entusiastas propulsores de la colonización. Ello permitió que en 1848 el sabio explorador abriera, junto a su hermano Rodulfo Philippi, una oficina de inmigración en la ciudad de Kassel, Alemania. Su exigencia de que los colonos fueran católicos limitó las postulaciones. Más aún, los obispos luteranos de Münster y Paderborn prohibieron a sus feligreses emigrar a Chile. Por otra parte, el tornero Lorenz Hollstein, en Chile desde 1847, escribió a su familia una carta publicada por la prensa alemana, donde se describe al país como un paraíso. Otro colono, Francisco Kindermann, transformó la emigración esporádica en una opción permanente, y convenció a la Sociedad de Emigración y Colonización de Stuttgart que canalizara sus esfuerzos hacia Chile y desistiera de Estados Unidos. Pero surgieron problemas y hubo mucha especulación con terrenos previamente reservados. Eso llevó al Estado a designar a un agente de colonización en 1852.

El elegido fue Vicente Pérez Rosales que venía regresando de la "fiebre del oro" en California, en un barco destartalado, y sin un peso. No obstante, la historia de Chile anota pocas designaciones tan acertadas.

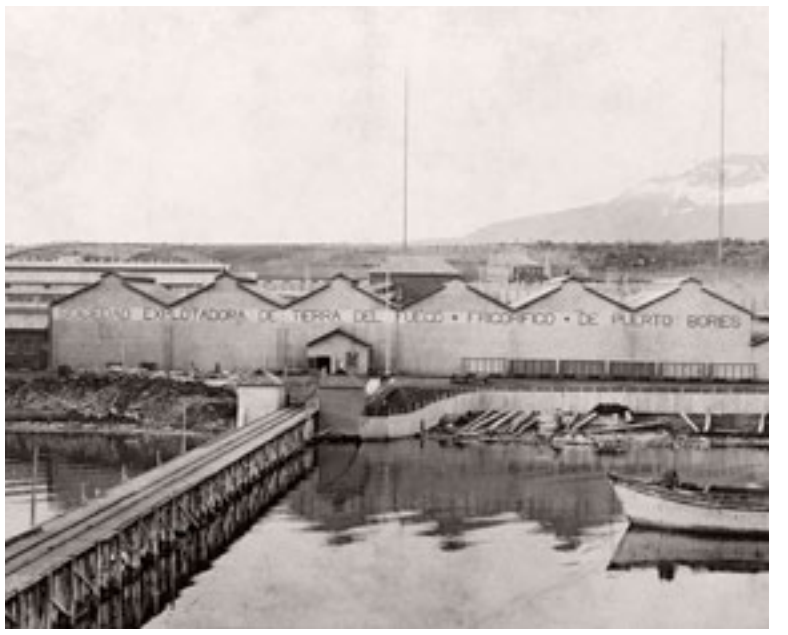
Los asentamientos de esta colonización que se iniciaba fueron pensados para conectarse por agua, en territorios cubiertos de bosques, donde hacer caminos era difícil, como se aprecia en el plano de Francisco Vidal Gormaz del lago Llanquihue, con la tierra repartida en parcelas alargadas y siempre con acceso al agua. Es la característica propia de estos fundos, cercanos a los ríos navegables.

El mayor deseo de Pérez Rosales fue convertir a Melipulli o al astillero de Cayenel, como se le llamaba, en el centro de la colonización alemana del sur de Chile y, entre otras cosas, difundir el sistema constructivo de la Escuela de Carpinteros Alemanes en el sur del país. En febrero de 1853 se fundó la ciudad nueva de Melipulli o Puerto Montt, de cara al seno de Reloncaví y a espaldas del lago Llanquihue. Ciudad puerto en la que pronto habría un desembarcadero protegido y de fácil acceso.

Los colonos alemanes llegaron a Chile entre 1846 y 1875. Momento especial, que no tuvo relación con el pasado de la región, y que permite hablar de un antes y un después. En ese sentido, la Escuela de Carpinteros que mencionamos se refiere a una forma no convencional de trasmisión de conocimientos y habilidades, propio de los oficios artesanales. Al respecto escribe Rodulfo Philippi a un amigo de Kassel, en 1852: "La inmigración alemana, por insignificante que parezca, ha traído consigo cambios considerables en los últimos dos años. Hace dos años sólo había dos casas en la ciudad con ventanas de vidrios mientras hoy sólo las cabañas más pobres carecen de ellas. Desde entonces se han construido unas 40 casas siguiendo el estilo alemán de fachadas entramadas. Casi todas las industrias artesanas están representadas por los alemanes, de algunas ramas puede decirse que incluso están bien representadas."

El Fuerte Bulnes se reemplazó por la ciudad de Punta Arenas a partir de 1848. Rápidamente alcanzó una población y proyección urbana relevantes. Desde entonces, y de la mano de un grupo pujante de colonos, buscó informarse del espacio y calidad de su territorio. En la segunda mitad del siglo XIX ya hubo consenso del asombroso potencial ganadero de la región. El Estado fue pródigo creando concesiones que dieron origen a conjuntos arquitectónicos notables. En el Distrito Central, en Última Esperanza, en Tierra del Fuego. En al menos cincuenta cascos de estancias de valor patrimonial construidas entre 1880 y 1940.

Esta vez, el catastro de las casas de campo se concentró en identificar conjuntos relevantes situados entre La Araucanía y Magallanes. Esta vez, dolorosamente, no contamos con la participación de la historiadora Teresa Pereira Larraín, fallecida a poco de iniciarse este cuarto volumen. No estuvo físicamente con nosotros, pero siguió siendo nuestra certera guía, la iniciadora de esta investigación. A ella le dedicamos con afecto este libro.



Este volumen de *Casas de Campo Chilenas* seleccionó 21 casas. Una en la región de La Araucanía, tres en la región de Los Ríos, seis en la de Los Lagos, tres en Aysén y ocho en Magallanes.

Nos sorprendió en este conjunto la variedad y diferencia con todo lo que habíamos visto anteriormente. Otra geografía, otra crónica, otra materialidad. No encontramos adobes, tejas ni patios interiores. Tampoco antiguas datas, anteriores al siglo XIX. En cambio, nos asombró la creatividad y mano de obra que provino de creadores y maestros de Alemania, Inglaterra, Australia y Nueva Zelandia, que interactuaron con los maestros y creadores chilenos.

Valeria Maino y Hernán Rodríguez

Casas del Sur de Chile. Fotografía anónima, *ca.*1900
Mariana Matthews, Valdivia 2002.

Frigorífico de Puerto Bories de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, *ca.*1900. Colección Museo Histórico Nacional de Chile.

Flor del Lago

VILLARRICA

Elena Schilling Buschmann y sus hijos Ernesto, Rosmarie y Amelei en la primera casa construida en Flor del Lago, *ca.* 1925.

Página derecha: Vista del hall donde destaca el piso de parquet de encina traído de Alemania.

Plantas trepadoras reciben a los visitantes en este patio empedrado.

Dominando la ribera norte del lago Villarrica, en el sector de Bellavista, asoma entre los árboles una imponente casa con torreón que recuerda los castillos de la región de Hesse en Alemania. La rodea un espectacular parque diseñado por el paisajista alemán Oscar Prager.

Recién iniciado el siglo XX, y con tan sólo 18 años de edad, el joven alemán Ernst Wagner Liebisch (1885-1950) emprende viaje rumbo a Chile con el fin de buscar mejores oportunidades para sostener a su madre y hermanos tras la muerte de su padre. Era hijo del profesor de escuela Jacob Friedrich Wilhelm Wagner y de Wilhelmine Christine Liebisch, quienes vivían en la ciudad de Eschwege en el actual estado de Hesse. Las dificultades económicas familiares lo impulsan a seguir los pasos de algunos parientes instalados en América, como Georg Wagner Meinung, primo de su padre, y primer miembro de la familia llegado a Chile en 1879. También su tío, Konrad Adolf Wagner, estaba en el país con su esposa Cora Adele Machmar y seis hijos.

Aunque Ernst se dirigía al puerto de Valparaíso donde esperaba encontrarse con sus conocidos, el capitán del barco lo baja en la ciudad de Valdivia por la enfermedad que contrajo durante la navegación. Tras meses de duro trabajo como vendedor de diarios y cargador de sacos, es contratado en la ferretería Saelzer y Schwarzenberg de esa ciudad. Más tarde viaja a Valparaíso donde pasa algún tiempo en casa de su tío aprendiendo del negocio de exportación de granos que este manejaba.

A los pocos años de llegado, Ernst Wagner ya es uno de los miembros de la Sociedad Comercial y Ganadera del Lanín, que lidera un proyecto de colonización para los valles del río Trancura y la ribera norte del lago Villarrica. Las tierras fueron cedidas en 1904 por el Estado a Constantino Enchelmayer Krahmer mediante la ley promulgada en 1874, que permitía enajenar terrenos fiscales de La Araucanía para planes de poblamiento. Luego de adquirir la concesión, la sociedad instala en una primera etapa a veinte familias de agricultores europeos que debían establecerse en un plazo de tres años bajo la supervisión de la Inspección General de Tierras y Colonización.

La sociedad entregaba a cada familia un sueldo de 20 pesos, más 2,5 pesos por cada hijo. Se le confería animales, útiles de labranza y semillas, a cambio de despejar los terrenos para convertirlos en tierras productivas, una tarea extremadamente difícil considerando las inclemencias climáticas, los bosques indómitos y las precarias condiciones de vida que enfrentaban. Debían permanecer tres años en la concesión, dejar cinco hectáreas de bosque intocadas y plantar frutales; además, se obligaban a devolver el dinero y valor de las especies entregadas en un plazo determinado. Cumplidos los términos, los emigrantes recibían el título de propiedad.

A principios de 1909 la Sociedad Comercial y Ganadera del Lanín cumplía su compromiso con el fisco cuando terminó de radicar a los colonos en un territorio de 1.500 hectáreas. Tres años más tarde, estos reciben sus títulos definitivos mientras la sociedad adquiere el suyo sobre lo asignado previamente por ley. Como contaba el propio Ernst, la continuación del plan se ve frustrada por el comienzo de la Gran Guerra en 1914, que acarrea el fin de la sociedad. De esta forma, y junto a Mauricio Mena, Enrique Döll y la Sociedad Compton y Cía., compran las propiedades, derechos y mejoras, animales, enseres, útiles y créditos, y se adjudican el lote norte de los terrenos, de 8.075 hectáreas.

En esos años este remoto sector de la Araucanía era desconocido para la inmensa mayoría de los chilenos, y además prácticamente inaccesible. Aún así, Ernst Wagner nombraba Flor del Lago al territorio de 1.955 hectáreas que vería crecer a su descendencia y se transformaría en un campo modelo de desarrollo y producción. Luego adquiere otros predios y así forma los campos de Bellavista, Turingia y María Luisa, que desde el principio contaron con pequeños aserraderos para trabajar la madera extraída del bosque nativo en las labores de despeje.

El salón principal de Flor del Lago, colmado de recuerdos y muebles que han pertenecido a la familia por generaciones.

En el segundo piso, uno de los dormitorios está decorado con retratos y flores del jardín.

Página derecha: Elena Schilling proyectó este comedor abovedado para su casa en Flor del Lago, otorgándole un encanto especial y único.

Vista de la casa dominada por la cúpula de base octogonal, cubierta de láminas de cobre.

Ernst se casó con Elena Johanna Schilling Buschmann, nieta del reconocido colono luterano Carl Schilling Rohde, quien junto a su mujer Johanna A. H. Buschmann Chée construye la hermosa casa aún conocida como la misión de Cuinco, en Osorno. El joven matrimonio y sus cuatro hijos, Rosmarie, Amelei, Ernst y Friedrich, pasan algunos años de la década del 20 en su residencia del Cerro Alegre de Valparaíso donde Ernst, trabajador y hábil en los negocios, desarrolla actividades de exportación de granos, cervecería y el innovador caldo de vino, a través de la agencia exportadora Wagner, Chadwick y Cía. Luego se trasladaron a Santiago, donde construyeron una casa en Providencia, en ese entonces una zona suburbana de la ciudad. Con parque, corrales para animales domésticos, huerto y caballerizas, Elena organiza sus conocidas tertulias culturales y disfruta de sus habituales cabalgatas, que en ocasiones la llevaban a atravesar el río Mapocho para cruzar hasta el cerro San Cristóbal.

Flor del Lago es el lugar donde la familia pasa largas e inolvidables temporadas de verano. Su primera casa construida a principios de 1920 en estilo alemán estaba situada en la parte alta del campo. Elena, conocedora y amante de los caballos, disfrutó hasta el fin de sus días de los paseos a la laguna ubicada en el bosque nativo que desde esa época se conserva intocado dentro del campo.

Cuando el verano llegaba, los Wagner emprendían desde Santiago un largo viaje en tren que tomaba varias jornadas hasta el poblado de Freire, donde iniciaban un trayecto de siete horas más a caballo, para poder llegar a Flor del Lago. El campo era administrado por Hermann Wagner, hermano de Ernst, quien había llegado de Alemania en 1914. También vinieron a Chile el resto de los hermanos Wagner Liebisch: Adolf y Theodor, Sophie, Elfriede, y finalmente Erna, en 1936. Johanna es la única que no deja Alemania, mientras Wilhelmine Liebisch, la madre, viaja a Chile en repetidas ocasiones.

Con el tiempo, Ernst y Elena deciden buscar un lugar más accesible para levantar su casa familiar en el sector de Bellavista, junto al lago. Construyen una pequeña casita de botes que aún se conserva y Elena recorre el lugar hasta encontrar una vertiente que le indica el lugar de su nuevo hogar. En un viaje en tren por Alemania, Ernst le había mostrado un pequeño castillo rodeado de agua que lo hacía soñar. Con una postal del lugar, Elena dirigió al arquitecto Fernando Fonck Steveking para diseñar la casa de Flor del Lago. Quiso que la cúpula de base octogonal del torreón fuera cubierta de láminas de cobre de manera que oxidada adquiriera los tonos verdosos de tantas construcciones europeas. Sin embargo, el clima lacustre, menos frío que el de esas latitudes, lo dejó de color negro.

Para la construcción de la casa que comienza en 1926, Ernst consigue la concesión para un embarcadero a orillas del lago y así poder acarrear materiales y los trabajadores especializados que vinieron desde la ciudad de Osorno. La ausencia de caminos y la gran dificultad para el transporte acuático significó reiteradas y titánicas jornadas de navegación. A los pocos meses de terminada la obra, un incendio consumió todo el interior dejando en pie solo las paredes. Con gran esfuerzo se retoma la edificación y a principios de los años 30 la casa estaba nuevamente levantada, idéntica a la original, disponiendo en ella el piso de madera de encina traído de Alemania que no alcanzó a instalarse en la primera.

Junto con las labores del campo y la construcción de la casa, Ernst tuvo especial preocupación por la educación de los hijos de los trabajadores, cuyas familias se asentaron en el campo durante la obra. Levantó una escuela con gimnasio para ellos, y en 1929 solicita al ministro de educación un profesor normalista para conducirla. Luego hizo dos más; la principal llegó a tener 180 estudiantes y estaba ubicada cerca de las faenas del campo. Las tres escuelas funcionaron hasta la instalación de la Unidad Popular en 1970, cuando el sistema queda abandonado y se van los profesores.

Tras la muerte del fundador en 1950, Elena Schilling seguirá participando de las decisiones en torno al campo, cuya dirección pasa a manos de su hijo Ernst. Ella es recordada cariñosamente por sus nietos, que fueron testigos

de su genuino interés y amor por la música, la cultura y las artes. La religión también fue un tema importante en su vida, y en memoria de su hija Amelei construyó la primera capilla luterana en la ciudad de Villarrica. Lamentablemente, el crecimiento urbano y el traslado del colegio Alemán condujeron a la demolición de esta apreciada capilla en 2017. Gabrielle Mayr-Melnhof Meran (1928), su nuera y actual dueña de Flor del Lago, sigue empeñada en rehacerla.

Ernst y su esposa Gabrielle se instalan en Flor del Lago en 1953, cuando llegan desde Austria ya casados. La pareja se conoció mientras él vivía en Europa, ya terminados sus estudios superiores. El inicio de la Segunda Guerra le impidió volver a Chile y entonces trabajó administrando los predios agrícolas de la familia Bismarck. Ahí se reencontró con su amigo de los tiempos universitarios, el hermano de Gabrielle, con quien visitó la casa de los Mayr-Melnhof en Salzburgo y conoció a su futura esposa; en tres meses estaban casados y embarcados rumbo a Chile. En Flor del Lago iniciaron su vida familiar con el propósito de trabajar por el desarrollo de la tierra heredada, y también de la región que había acogido a su padre. La Sociedad Anónima Agrícola Forestal Flor del Lago concentró sus esfuerzos en la producción de maderas, agricultura y ganadería, además de leche y subproductos. Los vacunos Overo Negro europeos pura sangre fueron premiados en diversas exposiciones del país, y el criadero de caballos chilenos finos fue muy reconocido.

Ernst Wagner Schilling fue regidor en la década de 1950, y más tarde, entre 1964 y 1971, alcalde de Villarrica. La década del setenta fue complicada para la familia ya que el fundo vivió momentos extremadamente complejos cuando la Reforma Agraria expropia la totalidad de los predios, a pesar de ser un campo modelo. La industria maderera cesa, se desmantelan los edificios de producción, se destruyen cercos, la producción lechera termina y cientos de animales mueren. Ernst y Gabrielle no abandonan Flor del Lago, y permanecen en la casa cuidando, entre otras cosas, que no se dañara el bosque nativo intocado que se conserva hasta el día de hoy dentro del fundo. En 1974, se resuelve dejar sin efecto la expropiación, salvo el sector de María Luisa que fue definitivamente confiscado.

En un sentido homenaje de despedida en el Senado de la República, el entonces senador Sergio Diez reconoce a Ernst Wagner como un "agricultor de iniciativa, moderno, eficaz, cuyas políticas y métodos sirvieron a muchos al aplicar nuevos cultivos y técnicas de producción, sino, además, un verdadero y fiel precursor de las actuales tendencias de protección de la naturaleza y de defensa del medio ambiente".

Tras cinco generaciones de historia familiar, Flor del Lago sigue deslumbrando en lo alto de una colina rodeada de un parque con inmensos y añosos rododendros. La casa tiene planta en forma de L y un patio duro con arquerías cubiertas de enredaderas que varían su colorido según la estación del año. Las celosías verde manzana resaltan sobre las murallas color arena bajo una singular cubierta de tejas. El comedor abovedado fue idea de Elena, que desafió la creatividad de los constructores para realizarlo. Amante eterna de la belleza, llamó al reconocido paisajista alemán Oscar Prager, avecindado en Chile en 1926, para completar su obra. Con los años la casa y el parque fueron variando su estética en manos de Gabrielle que, como gran aficionada, integró especies de la zona y sembró un enorme huerto donde se mezclan flores y hortalizas, además de contener su producción de bonsais. Cada día ella se calza las botas para recorrer el jardín, cuidar sus plantas y estar encima de cada detalle.

En la actualidad, Flor del Lago preserva gran parte de la ribera norte del lago Villarrica, evitando que aumente la contaminación de sus aguas; es fuerte en producción de madera, crianza de animales y, en los últimos años, ha instalado una faenadora certificada de carne de ciervo y charcutería, todo lo cual da empleo a 80 trabajadores. Los ciervos deambulan libremente por los potreros y el bosque nativo donde hace más de un siglo Ernst Wagner Liebisch y otros pioneros soñaron con convertir este inhóspito paraje en un rincón de belleza, evocadora de su Alemania natal. F.I.

Páginas siguientes: El paisajismo de la casa fue proyectado por Oscar Prager, quien creó impresionantes escenarios con cambios de color en las cuatro estaciones del año.

Santa María

San José de la Mariquina

Víctor Wörner Münnich y Ruth Kunstmann Embeke, abuelos del actual propietario Christian Dünner Wörner, *ca.*1950.

Página derecha: La veleta que corona la casa indica su año de construcción, 1914.

1914

El jardín de la casa, es un refugio de paz y tranquilidad desde hace más de 100 años.

El río Cruces y su estratégica conexión fluvial con la ciudad de Valdivia esconde en su travesía histórica antiguas fortificaciones coloniales y uno de los humedales protegidos más importantes de Chile. En su ribera se asentaron, hacia 1850, los primeros colonos alemanes que crearon exitosas industrias y el desarrollo agrícola de la región. La casa del fundo Santa María es testigo del esplendor de una época, pero también de la devastación causada por el terremoto de 1960 en el valle de San José de la Mariquina.

Pedro de Valdivia llegó en 1551 a la ribera del río Quepe, hoy Cruces, levantando un campamento sobre territorios que históricamente habían sido ocupados por los indígenas, cuya más antigua presencia está datada en el 5.300 a.C. Este valle era conocido como *Mariküga* —diez linajes, en mapudungún— españolizado como Mariquina. El conquistador funda Santa María la Blanca de Valdivia el 9 de febrero de 1552 sobre el poblado indígena de Ainil, recibiendo el título de ciudad por Real Cédula del 18 de marzo de 1554, emitida por el emperador Carlos V. La villa española perduró sólo nueve veranos, pues sucumbió al ataque indígena de 1559; reconstruida, más tarde fue devastada por el terremoto de 1575, y luego volvió a ser arrasada por los nativos en 1598. Fue el Marqués de Mancera, Antonio Sebastián de Toledo y Leiva, quien la refundó en 1645.

El valle de Mariquina se convirtió en un bastión español, como parte de las fortificaciones de la plaza de Valdivia, para la defensa de los asaltos indígenas y de los piratas y corsarios. Para proteger este estratégico enclave, se construyeron los castillos de Nuestra Señora de la Presentación de Trancura y San Luis de Alba de Cruces, cuyas ruinas aún pueden visitarse. Desde esta región partía el camino que iba de Valdivia a Concepción, a través de los ríos Cruces y Cuyinhue, donde se hacía una parada en el poblado de San José. Misioneros jesuitas y luego franciscanos trabajaron arduamente en la evangelización de los nativos, incluyendo al poderoso cacique Manqueante.

Los jesuitas tenían una extensa hacienda en el valle de San José, que tras su expulsión en 1767 fue repartida entre terratenientes criollos. Recién en 1850, el presidente Manuel Bulnes promulga el decreto que convierte a San José de la Mariquina en pueblo, fecha que coincide con la llegada de los primeros inmigrantes alemanes, promovida por la Ley de Colonización de 1845. Muchos de ellos se asentaron en los alrededores de Valdivia y en la ribera del río Cruces, aprovechando las ventajas del tráfico fluvial. Los Exss y los Manns, seguidos por los Berkhoff, Hein, Wiedeman, Mautz, Heinrich, Rademacher, Wörner, Schmidt, Ebner y otros, se dedicaron a la agricultura, la crianza de animales y a industrias locales, que se beneficiaron del acceso hacia el puerto de Valdivia donde podían comercializar sus productos.

Con el tiempo, muchas de estas familias alemanas adquirieron chacras y fundos en la zona. Uno de estos grandes predios, denominado indistintamente como Guiñipulli, Iñipulli o Santa María, llegó a manos de Hermann Schülke, quien fundó la primera curtiembre de la zona y creó un exitoso negocio junto a Eduard Prochelle, la Schülke Cía. En 1878, esta empresa se transformó en la Compañía Industrial de Valdivia, concentrando no sólo el negocio del cuero, sino también una pequeña refinería de sal y un gran establecimiento comercial al menudeo, en el centro de Valdivia.

En 1879, la compañía traspasa el fundo Santa María a Guillermo Chase y Santiago Guillaspie, quienes al poco andar lo venden a Alvino Reimers, asociado con Julio Pepper, quien comprará en 1883 la totalidad del predio y sus instalaciones. Tres años más tarde, Santa María es adquirido por el colono alemán Wilhelm Wörner Ohde y Pedro Schmidt, quienes tenían una sociedad de explotación agrícola. En sus casi 600 hectáreas se producía trigo, avena y frutales. Santa María contaba además con una cuantiosa provisión de lingues y ulmos, de donde se extraían los taninos para el tratamiento de pieles que requerían las nuevas curtiembres de Valdivia. Algunos años más tarde, en 1897, Wörner adquiere la propiedad total del fundo, que en ese entonces alcanzaba las 3.000 hectáreas y estaba cubierto en gran parte por bosque nativo.

Wilhelm, o Guillermo, Wörner Ohde, había nacido en el estado de Würtemberg, Alemania. Viajó a Chile, y ya establecido se casó con Marie Münnich Frick, quien había llegado al país con sus padres en 1854 a bordo del bergantín *Grasbrook*, después de esa larga y accidentada travesía que demoraba unos 140 días hasta el puerto de Corral. El matrimonio Wörner Münnich concentró sus esfuerzos en el trabajo agrícola y en pocos años, ellos y sus cinco hijos, adquieren una respetable posición como vecinos de la ciudad de Valdivia y del sector rural de San José de la Mariquina.

Hacia 1920, el hijo mayor de la familia, Guillermo, arrienda el fundo a su padre y se instala allí con su esposa Guillermina Kunstmann Embeke y sus siete hijos. Ella era nieta de Karl Kunstmann, quien había llegado a Chile en 1850 en el vapor *Hermann* y se estableció en la Isla Teja, forjando un exitoso negocio molinero. En manos de Wörner Münnich, el fundo Santa María llegó a ser una valiosa propiedad en los años previos al gran terremoto del 1960. Contaba con 200 hectáreas cultivadas y 30 trabajadores fijos, más otros

temporeros para las cosechas de verano. Además del trigo, avena y manzanas de exportación, producía chicha en su moderna fábrica con maquinaria hidráulica movida a electricidad. Había también 600 vacunos, toros holandeses, un centenar de ovejas y cerdos mestizos.

La casa del campo se alza sobre el río Cruces y todavía lleva grabada en la veleta que la corona el año de su construcción, 1914. Se edificó sobre cimientos de piedra laja traída de la costa y maderas nativas del fundo, pisos de lingue y laurel, vigas de roble, escaleras de mañío, puertas y ventanas de alerce. Es un inmueble tipo chalet, cuya arquitectura exterior incluye llamativos elementos ornamentales y una especial preocupación por aprovechar las vistas del entorno, lo que revela los aciertos de los constructores alemanes de principios del siglo XX. Al ya excepcional manejo de la madera, se suma una preocupación por la ornamentación y por la comodidad interior, como lucen otras viviendas del mismo período.

Santa María es una estructura de dos niveles, donde el piso superior está semioculto bajo una alta cubierta a dos aguas con pronunciados hastiales que permiten la disposición de generosos aleros. Sustentados por ménsulas y arcos con laborioso trabajo en madera calada o "fretwork" de tipo victoriano, estos le otorgan un refinado carácter. Los muros están revestidos con listones horizontales en la planta baja, mientras en el segundo piso son verticales. Los marcos de color verde de las ventanas contrastan con el blanco cremoso del edificio, y la fachada que da al río Cruces y su embarcadero está rodeada de un añoso jardín, desde donde se contempla el tranquilo valle. La puerta está enmarcada por dos ventanas, y en el piso superior asoma un pequeño balcón con balaustradas y ménsulas de madera. Los sencillos recintos interiores han sido remodelados para acoger las actividades familiares, como una pequeña antesala con plantas de interior que da al jardín, grabados en las paredes y un antiguo órgano musical de madera.

A mediados del siglo pasado, el fundo era gestionado por dos de los siete nietos de Wörner Ohde: Víctor y Roberto Wörner Kunstmann. Eran tiempos difíciles. El transporte de productos y personas se hacía básicamente por el río ya que no existía camino público en el sector. A diario se podía apreciar el lento paso del vapor *Collico*, atestado de pasajeros en su recorrido Valdivia-Puerto de Cuyinhue. Por otro lado, el vapor *Venus* remolcaba lanchones con parte de los 15 mil metros cúbicos de leña que producía el fundo anualmente.

El domingo 22 de mayo de 1960 representa un momento doloroso e imborrable para la población de la zona. A las 15:00 horas de esa tarde otoñal se desencadenó el terremoto más fuerte jamás registrado en el planeta, que marcó 9,5° en la escala de Richter. Las consecuencias para el fundo Santa María fueron devastadoras. El suelo bajó 2 metros respecto del nivel del mar y 350 hectáreas de vegas que proporcionaban forraje verde para los animales durante el verano quedaron completamente sumergidas. Actualmente, esos terrenos anegados, junto a otras áreas de la cuenca, conforman el Santuario de la Naturaleza del Río Cruces "Carlos Anwandter", cuya superficie total asciende a 4.800 hectáreas aproximadamente. La casa también sufrió grandes daños ya que sus cimientos de piedra laja se desplazaron produciendo desniveles considerables en su estructura y la caída de la escalera que conduce al segundo piso. Mediante trabajos con gata hidráulica y puntales se logró equilibrar, pero aún se perciben los desniveles en pisos, ventanas y puertas.

Tras la catástrofe, los hermanos Wörner Kunstmann decidieron tomar caminos separados y años después una de las tres hijas de Víctor y Ruth Kunstmann Manns, María Inés Wörner Kunstmann, hereda la casa y toma el control del campo. Desde 1978, y junto a su marido Federico Dünner Reich, de ascendencia suiza, se dedicó a la agricultura tradicional, además de incursionar en el negocio de pelo angora y producción de hortalizas. Sus cuatro hijos, Christian, Roberto, Andrés y Daniel se educaron en el internado del Colegio Alemán de Valdivia.

A partir de la década de 1990, Christian Dünner Wörner, ingeniero agrónomo, se hace cargo del campo y crea el Vivero Río Cruces, dedicado a la producción de plantas ornamentales típicas del sur, de tinas calientes de madera calefaccionadas con leña y muebles rústicos. Aplicando la tradición de trabajos manuales en madera y metal heredada de su abuelo y de su padre, Christian utiliza hoy los espacios y herramientas tradicionales del campo. A comienzos del 2000, también incursionó en el rubro turístico a través de un *lodge* enfocado en el avistamiento de aves dentro del humedal. La casa patronal fue habilitada como hospedaje, recuperando los espacios exteriores, antes destinados a bodegas. También la cocina fue remodelada, conservando la tradicional estufa a leña. Esta iniciativa se frustró con el desastre ambiental ocurrido en 2004 que significó la contaminación masiva de las aguas del santuario a raíz de la producción de celulosa río arriba.

Actualmente, y resistiendo el paso del tiempo y de los acontecimientos que convirtieron su entorno en un santuario de la naturaleza, la casa se alza al borde del río Cruces como un fiel testimonio de la historia vivida por los colonos alemanes que se asentaron en medio de este valle fluvial colmado de vestigios arqueológicos que dejó la población indígena originaria. F.I.

Vista del living de Santa María.

Página izquierda: El antiguo órgano permanece en la casa como un recuerdo familiar en esta luminosa salita.

El río Cruces, con su histórica importancia fluvial, es el escenario perfecto para esta emblemática vivienda.

San Ramón

VALDIVIA

María Luisa Schüler Ellwanger y su hijo Víctor Bentjerodt cruzando el río en viaje a Valdivia, *ca.* 1955.

Página derecha: Marcela Baraona y su hija Victoria Bentjerodt, propietarias de San Ramón.

En el salón principal abundan los libros y llama la atención un gran sofá con vitrinas adosadas, de inspiración modernista.

Muy cerca de Valdivia, rodeada de vastos afluentes de agua, se encuentra la sorprendente península de San Ramón, notable no sólo por su espléndido patrimonio natural sino también por conservar una de las pocas casas de campo antiguas que rememora en su mágico ambiente las vicisitudes de las familias que llegaron desde Alemania durante la segunda mitad del siglo XIX.

La exuberante naturaleza de la antigua selva valdiviana aún sobrevive en la Península de San Ramón, un extenso paraje bañado por los ríos Valdivia, Guacamayo y Angachilla, donde es posible imaginar el rudo territorio al que se enfrentaron los pioneros germanos. El historiador Jean-Pierre Blancpain, en su libro *Los Alemanes en Chile* (1985), se refiere a ellos como "[..] gentes, como la mayor parte de las que tienen el coraje de abandonar el terruño, esforzadas y de trabajo, dispuestas a luchar por una vida mejor que la que habían dejado atrás. Estaban obligados a imponerse sobre una naturaleza dura y salvaje, a desbrozar bosques fríos y pantanosos, azotados por lluvias constantes y torrenciales. No eran tierras suaves y acogedoras (como ellos podían imaginarlas a la distancia) de la zona mediterránea, alabadas por Goethe en su clásico poema Mignon. No, [..] no eran las tierras del limonero, del naranjo, del mirto ni del laurel".

En 1852 llega a Chile el matrimonio conformado por Justus Schüler Schwartz y Katharina Litzebauer Stölzing, oriundos de Rotenburg, en la Baja Sajonia alemana. Se embarcaron junto a sus hijos en el barco *Australia*, y se establecieron en Osorno, donde al poco andar Justus se convierte en un activo vecino, que entre otros logros tuvo el ser uno de los fundadores del Liceo Alemán de la ciudad. Tras su pronta muerte en 1859, su viuda y algunos de sus hijos se trasladan a Valdivia, donde Jorge y Santiago Schüler Litzebauer fundan la reconocida industria Schüler Hermanos, una curtiembre instalada en la isla Teja en 1878, que llegaría a ser de las más importantes de la urbe. Como otras de la zona, se dedicaba a la fabricación de suelas y cueros; pero esta sociedad contaba además con un matadero para producción de carne, elaboraba jabones y velas, y creó una destilería que producía aguardiente. El éxito de esta empresa en el panorama comercial de Valdivia a fines del siglo XIX aumenta su prosperidad dada la vinculación de los hermanos con otras familias exitosas. Tal es el caso de Santiago, quien se casó con Isabel Bornscheuer Momberg, natural de Osorno e hija de Georg Bornscheuer, vidriero de Rotenburg, llegado a Puerto Montt en 1856 junto a su esposa, asentándose en el sector de Volcán, cerca de río Blanco, en Calbuco.

El matrimonio Schüler Bornscheuer tuvo cuatro hijos, y fue uno de ellos, Edwin, quien adquirió el fundo de San Ramón. Nacido en 1882, estudió en Alemania, Inglaterra, Suiza y Francia, dedicándose a las labores agrícolas en el sector de Valdivia. Culto y creativo, aficionado a los animales, los idiomas y la buena vida, puso los ojos sobre los extraordinarios parajes del sector de Angachilla, adquiriendo en 1911 doscientas hectáreas de dicho campo, entonces propiedad de Ricardo Körner y su esposa Elizabeth von Bischoffshausen. En la escritura pública figuran como deslindes del predio el río Angachilla por el norte; el río Futa al sur; José Rudloff al este; y el río Tornagaleones al oeste.

Edwin compró este magnífico lugar con la idea de convertirlo en un paraíso para animales y aves exóticas, además de coto de caza. Cuenta la familia que importó ciervos, caballos ingleses, un fino potro árabe blanco, además de perros de cacería. Entre los objetos adquiridos en sus viajes al extranjero, aún cuelgan en el comedor chico de la casa dos pinturas de sus caballos preferidos realizadas por el reconocido artista alemán Heinrich Sperling (1844-1924). En la década de 1920, San Ramón era un importante predio agrícola del sector de Angachilla. Producía trigo, tenía lechería, una arboleda de manzanos para hacer chicha y se dedicaba también a la crianza de vacunos y ovejas, según consta en el famoso *Álbum de la Zona Austral de Chil*e editado por Juvenal Valenzuela. En otra publicación, el *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura* de 1927, se cuenta que San Ramón tuvo un criadero de aves para la engorda y cebamiento, uno de los pocos en Chile en esa época, que abastecía el mercado local de Valdivia y sus alrededores.

Edwin Schüler murió con 54 años, poco tiempo después de la gran debacle financiera del 30, dejando viuda y con deudas a Mercedes Ellwanger Fuchslocher (1889-1965) y sus tres hijos, Adela, María Luisa y Edwin. Ella era hija de

Otto Ellwanger, inmigrante alemán con especial figuración en el mundo comercial y social valdiviano, convirtiéndose en gerente del Banco Transatlántico de Concepción y luego de Santiago, además de cónsul de Alemania en esa ciudad. Educó a sus hijas en Europa, y en sus viajes por el mundo trajo muchos objetos de valor, como la lámpara de bronce con incrustaciones de piedras y el piano Steinway que heredó Mercedes. Mujer culta, preparada y sumamente talentosa, hizo uso de estas herencias para mantener productivo el fundo y, muy especialmente, para costear la carrera de medicina de su hijo Edwin Schüler en Concepción. Sin embargo, todo el esfuerzo se derrumbó tras el trágico accidente que le quitó la vida a esta joven promesa de la familia, que mientras celebraba el término de su brillante carrera académica, muere atropellado a los 26 años en las calles de Concepción.

Maria Luisa Schüler Ellwanger se transforma en la heredera de San Ramón, y junto a su madre y su esposo Alberto Bentjerodt Becker se dedica a mantener activo el predio agrícola, procurando además conservar intacto el patrimonio natural único de la península. Alberto Bentjerodt fue un gran compañero para estas dos valientes mujeres, acompañándolas en la empresa heredada, y aportando a la mejora genética del ganado bovino con sus conocimientos adquiridos en sus viajes a Alemania.

En medio de esta magnífica escenografía silvestre se encuentra la antigua casa patronal que data de fines del siglo XIX. Su fachada principal está compuesta por un corredor con baranda abierto al jardín, al que se accede a través de una refinada escalinata. En uno de los extremos del corredor se dispuso un segundo piso, rematado por una cubierta a dos aguas con anchos aleros sustentados por decorativas ménsulas de madera. Al centro del muro existen dos ventanas enmarcadas por un frontón triangular; y para aumentar la belleza de este pabellón, se cambiaron sencillos pilares del corredor por arcos de medio punto. Las fachadas están revestidas por listones de madera y calamina, las puertas y ventanas tienen dimensiones disímiles entre sí, pero están dispuestas de forma ordenada en relación directa al interior para lograr mayor iluminación de los espacios. La vivienda evoca el refinamiento alcanzado por los primeros constructores alemanes, donde a la sencillez de las fachadas se suma el atractivo de las decoraciones talladas y la laboriosidad del trabajo en carpintería.

En el interior, conserva vestigios de sus diferentes épocas. En el comedor, se pueden apreciar algunos muebles antiguos de madera, como un trinche con ornamentaciones *Jugendstil* y un antiguo tapiz colgado en el muro; además de algunas piezas de porcelana y metal. En la sala principal abundan los estantes con decenas de libros antiguos, también cuelgan viejas pinturas y una de las paredes es ocupada casi en su totalidad por un gran sofá con vitrinas adosadas de inspiración modernista. La cocina es central, como en todas estas grandes casas sureñas, así como la despensa con sus vitrinas colmadas de frascos con mermeladas y lindas piezas de cestería. En el segundo nivel se encuentran los dormitorios con vista a los grandes árboles que la rodean.

El carácter agrícola del fundo aún es palpable si se recorren sus caminos. Subsisten todavía galpones, algunas bodegas, corrales y rincones de labranza. Sin embargo, lo que más llama la atención es la exuberante vegetación que conserva la península, casi ocho hectáreas de selva valdiviana donde abundan especies endémicas y diferentes tipos de coníferas. Desde el muelle se pueden contemplar también diversos tipos de aves tales como garzas, gaviotas cahuil y cisnes de cuello negro.

En la actualidad, es la esposa de Víctor Bentjerodt Schüler, Marcela Baraona de la Maza, junto a sus hijos Victoria y Cristián, quienes custodian el legado familiar de 132 hectáreas. El terremoto de 1960 dejó bajo el agua unas 50 hectáreas de este fundo, los mejores terrenos para cultivo. En 2002, pensando en acercar la naturaleza a las personas, la familia decidió crear el parque natural Península de San Ramón, un espacio turístico bajo el concepto *wellness*, donde se busca generar el bienestar de los visitantes a través de actividades recreativas en torno a la gastronomía local, las tradiciones de los pueblos originarios, la herencia alemana, y por sobre todo, motivar a las personas a conocer y valorar la belleza del entorno, sus ríos, humedales y la fauna endémica. Elementos que hacen de este lugar uno de los rincones geográficos más espectaculares de Valdivia. F.I.

En el comedor, la mesa lista para el almuerzo, con antiguos cubiertos y copas de cristal de colores. Sobre el trinche, un cuadro de copihues que evoca el exuberante paisaje de San Ramón.

Rododendros a punto de florecer llenan de encanto el jardín de la casa.

Página derecha: Vista del corredor.

Páginas siguientes: El parque en otoño, con el cambio de color de los árboles.

El Trehuaco

VALDIVIA

Coche de paseo tirado por un caballo frente a la casa, *ca.*1925

Página derecha: Escalinata de acceso.

Las ventanas del salón principal permiten apreciar el jardín y contemplar cada estación del año.

Cerca del pequeño poblado de Antilhue, mirando el río Calle Calle, se divisa una antigua casa blanca rodeada de un prado y árboles centenarios. En su interior se conservan los recuerdos e historias de cinco generaciones de una familia que llegó desde Alemania hace más de 170 años, en los primeros tiempos de la colonización, haciendo de Chile su nuevo hogar.

Las inmediaciones del lago Llanquihue, Osorno, Puerto Montt y Valdivia recibieron un contingente importante de colonos llegados desde Alemania a partir de 1846, tras la promulgada Ley de Colonización. Desde el puerto de Hamburgo salieron muchos barcos que hacían la travesía de 140 días hasta el puerto de Corral con familias de artesanos y agricultores reclutadas en Alemania por los agentes de colonización. El matrimonio conformado por Gottlob Scheihing y Elisabetha Dorothea Kurz arribaron bajo este plan en el vapor *Alfred* en 1852, trasladándose a Valdivia donde permanecieron un tiempo, hasta establecerse definitivamente en el sector de Arique, en la ribera sur del río Calle Calle.

Este lugar fue un antiguo asentamiento indígena donde los misioneros franciscanos instalaron una pequeña capilla en 1771. Por decreto del gobernador de Valdivia, el ingeniero Juan Garland, a los pocos años se fundó ahí la Misión de Arique, una más de la red misional para la evangelización de los habitantes de la zona. Luego, el gobernador Agustín de Jáuregui la mejoró e impulsó su poblamiento. El historiador colonial Carvallo y Goyeneche la llama *Rarique*, nombre que hace alusión a las iridáceas de flor blanca, una planta abundante en la cuenca hidrográfica del río Valdivia. Los misioneros no sólo se enfocaron en la evangelización, sino que actuaron como verdaderos diplomáticos, estableciendo relaciones con los caciques locales y generando la apertura del comercio y también de tierras para la agricultura y la ganadería.

Por su parte, los españoles construyeron en ese período numerosos fuertes defensivos y talaron los bosques nativos para crear espacios llanos y soleados donde cultivar y establecer pequeños poblados. El progreso se detuvo con las guerras independentistas y la lenta retirada de las tropas españolas, siguiendo una época de abandono por parte de las nuevas autoridades chilenas enfocadas en luchas por el poder político. En esos años, el naturalista Charles Darwin recorre este territorio en su viaje de exploración entre 1832 y 1835, consignando el progreso de algunas pocas localidades, la presencia importante de indígenas y la sorprendente selva valdiviana, casi impenetrable.

La estabilidad política alcanzada hacia 1840 mostró la necesidad de establecer soberanía en los extremos norte y sur del país, especialmente en los alrededores de Valdivia y del lago Llanquihue. Para esto, el gobierno del presidente Bulnes promulgó la Ley de Colonización de Terrenos Baldíos en 1845, que impulsó el poblamiento de estos espacios con personas que quisieran desarrollar alguna actividad económica.

El colono Gottlob Scheihing, quien tomó el nombre de Mateo en Chile, había nacido en 1825 en una familia viñatera de Untertürkheim, cerca de Sttutgart, mientras que su esposa Elisabetha nació en 1829 en Wangen, al noroeste del lago Constanza. Ambos contrajeron matrimonio tan sólo días antes de embarcarse rumbo a Chile. Ya instalados, compran un predio en la localidad de Arique donde siembran y tienen plantaciones de manzanos para la producción de chicha; ahí nace su primera hija Dorothea en 1853. Le siguen los mellizos Augusto y Carlos, luego Guillermo, Cristiano, Gustavo, María, Adolfo, Germán, Emilio y Otto. En 1863, el matrimonio adquirió a Pedro Martínez un retazo de terreno al que luego sumó un predio de mayores dimensiones entre el río Calle Calle y la ladera del cerro por el sur, vendido en 1864 por Cayetano Aburto. Tres años más tarde, Scheihing compró un fundo a Francisco Aburto, conformando así una extensa propiedad que se conoció como El Trehuaco.

La familia Scheihing Kurz prosperó en Calle Calle gracias a las diversas labores ligadas a la agricultura. Compraron una casa frente a la Plaza Acharán en la ciudad de Valdivia donde viven y siguen adquiriendo predios en Arique, como una parte del fundo San Antonio y también los fundos San Javier y Gualve, propiedad de la familia Vio. Posteriormente, Mateo Scheihing se extendió hacia las localidades vecinas, convirtiéndose en notable terrateniente de la zona. Conociendo la relevancia del transporte fluvial,

encargó a Alemania un vapor para carga y pasajeros que bautizó como *San Pedro*. Esta embarcación fue la primera de una larga lista de barcos pertenecientes a la familia, famosos por conformar una flota de transporte naviero que conectó diferentes localidades a orillas del río con la ciudad de Valdivia.

Mateo Scheihing muere en 1888 y sus propiedades se distribuyen entre sus herederos. A Carlos Scheihing Kurz le corresponden algunas hijuelas y pequeños predios agrícolas, al menos tres fundos de importancia, una casa en Valdivia y el fundo El Trehuaco, el más antiguo en posesión de la familia. Se casó ese mismo año con María Luisa Ritter Coronado, hija de Enrique Ritter, dueño del vecino fundo Arique en Calle Calle, un ciudadano alemán nacido en Hannover y llegado a Valdivia en 1858. Ella muere en el parto de su cuarto hijo, y Carlos se casa nuevamente, esta vez con su cuñada, Francisca Ritter, con quien tiene dos hijos más: Elena y Alfonso. Durante su vida, Carlos Scheihing presencia el desarrollo agrícola de la zona, en gran medida debido al trabajo e industria de los colonos alemanes, y el nacimiento de la comuna de Calle Calle en 1891. Asimismo, y debido a la creciente necesidad de conexión terrestre, fue testigo de los esfuerzos empeñados desde fines del siglo XIX para crear una extensión de la ruta ferroviaria con el Ramal Valdivia-Antilhue, que quedó definitivamente conectado en 1905. Para generar un centro de empalme con la red, se edificó la estación Antilhue, lugar que impulsa el nacimiento de este pequeño poblado que subsiste hasta hoy.

Poco tiempo después de la muerte de Carlos Scheihing en 1920, el plan de reorganización político-administrativo del General Carlos Ibáñez del Campo suprimió la comuna de Calle Calle. Su hija Graciela Scheihing Ritter se adjudica el fundo El Trehuaco como parte de la herencia que, según consta en escritura pública, deslindaba en ese momento con el río Calle Calle por el norte, el fundo Foschahue por el este; al sur limitaba con la línea férrea y la ladera del cerro, mientras que al oeste, deslindaba con una antigua propiedad de Mateo Scheihing.

El campo conserva la antigua casa familiar de dos pisos construida a fines del siglo XIX. Rodeada de grandes árboles centenarios, la vivienda se eleva sobre un piso zócalo sobre el cual se extiende el extenso corredor de la fachada principal protegido por una baranda y pilares de madera. Se accede por una escalinata y la puerta principal está decorada con un llamativo trabajo de carpintería. La planta superior se oculta levemente tras una alta cubierta a dos aguas con hastiales en sus extremos, donde se ubican grandes ventanas de guillotina que miran hacia el jardín. No puede dejar de mencionarse la cocina, que todavía funciona a leña, en una luminosa habitación donde se reúne la familia como es habitual en las casas sureñas de herencia alemana. El recibidor alberga la gran escalera de madera con balaustradas, desde donde se abren dos grandes puertas que conducen a las áreas de recepción: el salón principal, que resguarda recuerdos familiares, una antigua tapicería, armas, un reloj de pared, sillones y pinturas, y el comedor con sus antiguas sillas enjuncadas, vitrinas y algunas piezas de porcelana alemana. En el segundo nivel se ubican los dormitorios, inundados de recuerdos familiares, camas antiguas, roperos y viejos baúles de madera, cuero y bronce.

Graciela Scheihing Ritter se casó en 1914 con Ottmar Matthei Gunkel, hijo de Ferdinand Matthei Jaeger, alemán nacido en Kassel que emigró a Chile en 1869 estableciéndose en Osorno como comerciante. Ottmar fue el primer alcalde del poblado de Antilhue, antes llamado Calle Calle, y de su matrimonio con Graciela nacieron cuatro hijos, Emilia, Luisa, Carlos y Frieda. A los diez años de casados, Graciela enviuda y debe hacerse cargo de El Trehuaco hasta 1975, año en que el fundo pasa a manos de sus hijos. Uno de ellos, Arturo, se queda con parte importante de este predio agrícola y su casa principal, donde vivió junto a su mujer Ellen Brümmer Haussmann y su familia.

En la actualidad, la propiedad está en manos de Arturo Matthei Brümmer (1954), quien junto a su esposa Carmen Gloria Da Bove y sus dos hijas mantienen el campo de sus ancestros. Con esfuerzo y tenacidad han logrado conservar intacta la esencia de este mágico rincón a orillas del río Calle Calle, flanqueado por cerros y una línea del ferrocarril por donde hoy transita un "Tren del Recuerdo", que intenta revivir en su lento andar, el devenir histórico de toda la cuenca del río Valdivia. F.I.

Un *chaise longue* y una antigua alfombra de lana otorgan un cálido ambiente a este rincón de la casa.

Página derecha: Pasillo por donde han transitado los miembros de esta gran familia.
Destaca la cornamenta y la escalera que conduce al segundo piso.

Páginas siguientes: Vista lateral de la casa, desde el jardín.

QUIRISLAHUEN

OSORNO

El presidente de Chile Pedro Aguirre Cerda frente a la casa de Quirislahuen entre agricultores radicales de la zona en su campaña política. En primera fila Inés Ide Soriano, Dorila Bórquez de Soriano, Pedro Aguirre Cerda, Carmela Soriano de Sommer. La niña es Julieta Ide Soriano, 1938.

Página derecha: El corredor en la actualidad.

La bodega se conserva como un recuerdo de la época más productiva de este campo.

Enclavada sobre una colina en el sector de Rahue, con amplia vista a la ciudad de Osorno y rodeada de un antiguo parque se encuentra la casa del fundo Quirislahuen. Construida a principios del siglo XX y declarada inmueble de conservación histórica, es un emblema de lo que lograron los colonos alemanes en los alrededores de esta ciudad que fue arrasada por las huestes indígenas a fines del siglo XVI.

La ciudad de Osorno, que actualmente se extiende más allá del río Rahue, fue repoblada sobre sus propias ruinas en 1796 por el entonces gobernador de Chile, Ambrosio O'Higgins. Noventa familias chilotas y otras cuarenta que venían de Aconcagua se instalaron en el lugar. Medio siglo más tarde, y gracias a la promulgación de la Ley de Colonización impulsada por el gobierno de Manuel Bulnes en 1845, la ciudad presencia el arribo de los primeros inmigrantes europeos para el asentamiento de familias en los territorios alrededor de Valdivia, Osorno, La Unión y el lago Llanquihue. Esta decisión trascendental para el futuro desarrollo de la zona fue intensamente promovida por el alemán Bernardo Eunom Philippi (1811-1852), primer agente de colonización del gobierno, encargado de traer unas trescientas familias de artesanos para poblar la zona y hacerla prosperar. Luego de recorrer el país, y enamorado de la región, Philippi se asoció con el también entusiasta cónsul prusiano Fernando Flindt para comprar y explotar un hermoso campo situado en la ribera sur del río Bueno, el fundo Santo Tomás (luego llamado Bella Vista). La idea era que este predio fuera trabajado por colonos, por lo que recibió a las primeras familias alemanas llegadas desde Hamburgo en el vapor *Catalina*, en agosto de 1846. Este contingente había sido reclutado por Rodulfo Philippi, hermano del agente, desde la oficina de inmigración que juntos crearon en la ciudad alemana de Kassel para implementar el plan de colonización en Chile. La promesa de una tierra fértil y deshabitada, alejada de incesantes guerras, además de una remuneración mayor de la que recibían en su país, convenció a muchos a abandonar su patria.

Fueron nueve las familias de credo protestante que se aventuraron a cruzar el Atlántico rumbo al sur de América. Entre ellas se encontraba Johannes Ide Eckhardt, nacido en 1802 en Wickenrod, Hesse, embarcado junto a su mujer Katherine Herwig y sus hijos Wilhelm, Louise, Friedrich, Martin y Conrad. Desafortunadamente, no todos lograron superar la larga travesía de 140 días a bordo, y la familia sufrió la pérdida de la madre y el menor de los hijos.

Johannes Ide decide instalarse en la ciudad de Osorno, que junto a Valdivia eran los centros más urbanizados del sur de Chile, a pesar de su tremenda precariedad. En Alemania se había desempeñado como maestro constructor de molinos, lo que le permitió emprender como carpintero experto en edificación en madera. A juicio del historiador y arquitecto Gabriel Guarda O.S.B., el término carpintero o *zimmermann* es demasiado restringido para la real labor que cumplía este artesano en esos primeros años de colonización. Su ocupación estuvo más relacionada a las actividades de *baumtemehmer*; una especie de constructor civil o contratista, en una época y un contexto geográfico donde el arquitecto formal no era una figura fácil de encontrar. En 1847, Ide contrajo segundas nupcias con Luise Schulz Krüger (1819-1908) con quien tuvo cinco hijos: Juan, Agustín, Manuel, Rodolfo y Carlos.

Johannes Ide y su familia logran una posición destacada como constructores locales y también como propietarios de algunos sitios urbanos y rurales. Uno de los hijos del primer matrimonio, Martín Ide Herwig, aprendió el oficio de su padre, pero también se vinculó al mundo agrícola adquiriendo terrenos en el sector de Rahue, como el fundo Quirislahuen, comprado a la familia Neira en 1894. Hacia 1908 Martín decide construir una casa familiar que fue encargada al reconocido constructor alemán Johann Bachmann Pforr, padre de su esposa Marta Bachmann Bolt (1849-1907), quienes también habían llegado a Chile en el vapor *Catalina*. Es una vivienda que responde a la arquitectura tradicional desarrollada por los colonos alemanes en la zona del Llanquihue, pero resulta innovadora al incorporar fundaciones y pilares de hormigón armado.

La casa se eleva un par de metros formando un piso zócalo, ideal para labores de almacenaje de leña, bodega y despensa de conservas y manzanas de guarda, a la vieja usanza. La estructura principal y los revestimientos son de madera nativa de laurel y roble pellín; las vigas ensambladas con tarugos no utilizan clavos, y los muros alcanzan cuatro metros de altura. Destaca el laborioso trabajo de carpintería de las ventanas y la puerta principal.

La antigua estufa a leña de la firma estadounidense Garland todavía se usa en los fríos meses de invierno.

En el salón principal conviven objetos y muebles de diferentes generaciones.

La fachada tiene un amplio corredor con pilares que forman arcos rebajados. La cubierta es de dos aguas y alta pendiente, desde donde surge un atractivo mirador. Es notable también la disposición de una linterna de planta octogonal que corona la casa dándole una prestancia excepcional a este valioso inmueble cuya construcción terminó en 1914.

Johannes Ide muere viudo a los dos años de levantada su casa, y con diez hijos. Será uno de ellos, Enrique Ide Bachmann quien formará su hogar en Quirislahuen junto a su esposa Estela Soriano Bórquez y sus hijos Enrique, Norma, Julieta e Inés. Estela era una mujer cariñosa y sociable, gran anfitriona, tocaba el piano y recibía generosamente en su casa. En un preciado rincón aún se guarda un viejo libro de visitas con las firmas de amigos y personajes ligados a las artes, la industria y la política. La casa hospedó a los presidentes de Chile Arturo Alessandri, Juan Antonio Ríos y su esposa Marta Ide Pereira —sobrina del propietario— y Pedro Aguirre Cerda, quien se fotografió en la fachada principal. En 1938 escribió que "Cuando estoy en casa de Enrique Ide y señora, me siento entre los míos, el afecto es recíproco". Esa visita también fue rememorada por el heredero de la casa, el agricultor Enrique Ide Soriano, que en un diario regional recordaba: "[…] cuando vino don Pedro, yo era chico y recuerdo que aquella vez él me mostró la piocha de Bernardo O'Higgins, esa que usan los presidentes de Chile".

A la muerte de Enrique Ide Bachmann en 1956, la propiedad se divide entre sus hijos, quedando la mayor parte en manos de Enrique Ide Soriano y su esposa Adriana Valenzuela Rudloff. Tras una larga vida de trabajo en el campo, y nombrado Hijo Ilustre de Osorno, él es hoy recordado como un verdadero benefactor de la zona, que donó terrenos para diferentes obras y proyectos sociales y educativos en beneficio de los vecinos. La casa ha sido declarada Inmueble de Conservación Histórica, y Adriana recuerda con nostalgia la época en que el campo alcanzaba las quinientas hectáreas, producía trigo, papas y cereales, y contaba con una trilladora con motor a vapor. Los trabajadores venían principalmente de Chiloé y el fundo era muy conocido por la chicha de manzana elaborada con antiguas variedades. La lechería tenía instalaciones modernas y suministraba leche a la ciudad. "Mi marido ayudaba a su papá y se levantaba a las 4 de la mañana porque había que lechar las vacas, y estar a las seis de la mañana en el Hotel Burnier de Osorno para que la leche estuviera fresca y disponible para los pasajeros. Se repartía en carretón por Osorno". La propiedad tenía además árboles frutales y una huerta excepcional donde las mujeres del pueblo acudían a comprar hortalizas.

Traspasar las puertas de esta imponente casa no solo permite develar la historia familiar sino también varios de los más notables acontecimientos sociales, culturales y políticos ocurridos en la región. El interior está colmado de antiguos objetos, retratos familiares, muebles de época y una infinidad de recuerdos. Se conserva parte del mobiliario original, el piano de cola en el salón principal, los enmaderados a media altura y la lámpara de cristal en el comedor. Uno de los elementos más llamativos es la antigua cocina a leña confeccionada en fierro por la fundición de Enrique Lausen en 1913, e instalada junto con la casa. También se utiliza todavía la waflera que perteneció a Marta Bachmann, y en Navidad el olor de las tradicionales galletas *pfefferkuchen*, *honigkuchen* y *sandnusse*, vuelven a impregnar cada rincón tal como siempre ha sido en ese tiempo de celebración familiar. Adriana Valenzuela heredó esta afición gastronómica de su suegra pero también de su madre, María Luisa Rudloff Schenke, cuya familia formó en Isla Teja una famosa curtiembre e industria de calzado; siendo su abuelo Guillermo Schencke, uno de los fundadores del Banco de Osorno. Hasta hoy, Adriana sigue utilizando las decenas de recetas tradicionales que se hornean en la antigua cocina a leña, acompañada de sus nietos.

La expansión de la ciudad comenzó a ejercer una presión en los campos y transformó el rumbo de la vida rural del sector de Rahue. Se talaron los castaños, se extinguieron las cosechas de trigo, y paulatinamente el campo se redujo hasta llegar a las veinte hectáreas que posee actualmente. Del conjunto original se conserva la casa principal, el establo, una copa de agua, el antiguo silo donde se almacenaba trigo, un galpón, la lechería en desuso y la casa del campero que todavía es habitada por Alberto Muñoz, Beto, de 92 años, cuyo padre, don Goyo, llegó desde Chiloé e hizo su vida en Quirislahuen.

Desde los corredores de la casa se escucha el canto de las bandurrias y el sonido de los árboles centenarios; y su alta linterna es un distintivo del paisaje de Rahue, que se conserva como un vestigio fundamental para mantener viva la historia y proezas de los pioneros alemanes que tanto contribuyeron en el desarrollo de Osorno y la región de Los Lagos. F.I.

La despensa, donde se guardan los granos, mermeladas, conservas y dulces que hasta el día de hoy se hacen en la casa.

La atractiva arquitectura de este corredor enmarca una pequeña huerta.

Página derecha: El interior de la casa es iluminado naturalmente gracias a la disposición de esta lucarna.

Páginas siguientes: Un antiguo carro de granja se conserva en el jardín de la propiedad, como vestigio de lo que fue la actividad agrícola de Quirislahuen.

Los Ciervos

PURRANQUE

La familia sentada en el jardín de la casa, de izquierda a derecha, Alfonso Keim, Emmy Steinbauer de Schilling, Marlene Keim Schilling, Bruno Schilling. Atrás de pie, Helmut y Arturo Keim Schilling, 1972.

Página derecha: Perros de la casa en el corredor que da al jardín.

La antigua casa, que tiene más de 100 años, conserva el revestimiento de tejuelas, tan propio de la arquitectura del sur de Chile.

Carl Schilling seguramente no imaginó la importancia, ni menos la trascendencia que iba a tener su legado en la región de Los Lagos. Dueño de grandes fundos en la zona, sus descendientes aún conservan una emblemática propiedad donde deambulan vacas y ciervos escondidos entre el frondoso bosque nativo que deja asomar algunos espacios para divisar el encanto de las antiguas construcciones del campo y una pintoresca casa familiar de más de un siglo de antigüedad.

En el camino entre el poblado de Tegualda y la ciudad de Purranque, siempre bordeando la orilla del río Negro, se encuentra el famoso fundo Los Ciervos, que formó parte de una propiedad agrícola más extensa, perteneciente a la familia Schilling, una de las más prominentes de la ciudad de Osorno y sus alrededores.

Su fundador en Chile fue Carl Schilling Rohde, colono alemán que llegó desde Hamburgo al puerto de Corral en 1850. Era hijo de Georg Phillip Schilling, experto en Ciencias Forestales, quien se dedicó a la administración de bosques en la región de Hesse.

Carl estudió negocios en Alemania, pero buscando nuevas proyecciones para su vida decidió viajar a Chile con tan sólo 19 años, estableciéndose en Osorno, que en ese entonces no tenía más de 4.000 habitantes. En esta ciudad obtuvo su primer trabajo dirigiendo algunos predios agrícolas, y posteriormente, se convirtió en el administrador del fundo Misión de Cuinco, propiedad del colono alemán Eduard Buschmann Sorge, quien había sido profesor de acústica y alcalde en su natal Turingia. En este lugar, Carl Schilling conoció a Johanna, una de las hijas de Buschmann, y el 18 de septiembre de 1856, se casaron en la parroquia San Mateo de Osorno. Ese mismo año, el fundo Misión de Cuinco, que tenía apenas cinco hectáreas, es traspasado a Schilling, propiedad que fue aumentando gracias a la compra de tierras adyacentes hasta alcanzar vastas proporciones.

Con el tiempo, los campos de la familia Schilling Buschmann se incrementaron en toda la región, convirtiéndose en propietarios de diversos fundos dedicados principalmente a la crianza de animales vacunos, la fabricación de mantequilla y queso, siembras de trigo y compra y venta de fruta, según indica el libro *La Colonia Alemana en Chile*, editado en 1920. También hay registros de explotación maderera del bosque nativo, siendo usada la corriente del río Rahue para transportar troncos en balsas desde el fundo El Manzano, cerca de Purranque, hasta las barracas madereras en Osorno.

Carl Schilling fue uno de los fundadores del Colegio Alemán de Osorno, benefactor y promotor de diversas obras sociales. Construyó en esa ciudad una enorme casa con un distintivo torreón bajo los planos del arquitecto Enrique Schweigert en 1893, en la esquina de las calles O'Higgins y Ramírez. Años más tarde, la vivienda fue transportada a la avenida Juan Mackenna, donde todavía existe. Schilling murió en 1923, a los 93 años, una pérdida muy sentida por la colonia alemana y la comunidad osornina.

Hacia 1907, con el fin de concentrar el patrimonio agrícola familiar y otros negocios, Eduardo, Hugo y Enrique Schilling Buschmann, fundan Gebrüder Schilling (Schilling Hnos.) una sociedad comercial donde incluyeron diversos fundos pertenecientes a su padre, como El Toro, Rahue, El Pedernal, Crucero Nuevo, Crucero Viejo y Collihuinco.

La cornamenta de ciervo que pende del muro hace referencia al nombre del fundo Los Ciervos.

El reloj cucú anuncia la hora en esta sala.

Los Schilling fueron reconocidos por modernizar las instalaciones campesinas para aumentar la producción, por construir caminos y puentes, también diseñar modernas y sólidas viviendas para mejorar la calidad de vida de sus trabajadores, e instalar una red telefónica que conectaba las propiedades agrícolas.

Otro de los hijos, Carlos, explotó de forma independiente fundos de importancia, como El Manzanal, Santa Ana y Chuyaca. Mientras que Elena Schilling Buschmann se casó con Ernst Wagner, siendo también una importante propietaria agrícola, dueña del fundo Flor del Lago, en la ribera del lago Villarrica.

Los Ciervos nace a partir de la subdivisión del antiguo fundo Pedernal, explotado por Bruno Schilling Schencke, quien cursó estudios de ingeniería y agricultura en Alemania, ejerciendo además el cargo de Intendente de Osorno desde 1952 a 1958. Era hijo de Enrique Schilling Buschmann, reconocido odontólogo, agricultor y uno de los socios de Gebrüder Schilling.

Con cuarenta hectáreas, se enmarca en un paisaje bordeando el río Negro, en el sector de Concordia, cerca de Purranque, donde abundan las lomas cubiertas de árboles endémicos: como coihues, raulíes, lumas, mañío, ulmos y robles que alcanzan considerable altura. En las extensiones de prados verdes deambulan vacas, y entre los árboles se pueden encontrar ejemplares de ciervo rojo, introducidos en Chile en los inicios del siglo XX.

Ahí se encuentra la casa principal, un sencillo y pequeño chalet con más de un siglo que rememora la antigua carpintería de los colonos alemanes. Construida en madera, tiene dos niveles, el superior semi oculto por una alta techumbre a dos aguas, que deja espacio para disponer un discreto saliente en la fachada principal. Los muros están revestidos con tejuelas de color rojo oscuro, que contrasta con las cornisas y ventanas de tonos verdosos.

El interior habla de una casa viva, donde cada objeto, mueble o espacio, es disfrutado por la familia y las visitas. En el living, sillones de inspiración nórdica conviven con grandes cornamentas de ciervos, entre estanterías colmadas de libros. En el comedor, de sencilla impronta, se mezclan pinturas antiguas, piezas de platería, lámparas, muebles y un retrato de Carl Schilling, de factura contemporánea, obra del artista peruano-chileno Christian Fuchs, descendiente de la familia Schilling, quien con maestría logra recrear estos retratos usando las mismas poses, vestuario, peinados y un sinfín de detalles personales; para rescatar la historia de sus ascendientes y traerlos al presente.

En la actualidad, con el mismo empuje y dedicación que tuvieron sus antepasados europeos, el campo es trabajado por Ana María Schilling Steinbauer, una de las hijas menores de Bruno Schilling, manteniendo los recuerdos de esta notable familia, que dejó su natal Alemania para asentarse en Osorno, y desde ahí, impulsar con su tenacidad y visión, el progreso de toda la región. F.I.

En el comedor, un retrato contemporáneo que representa a Carl Schilling, obra del artista peruano-chileno Christian Fuchs, descendiente de la familia.

Páginas siguientes: Vista del campo.

Los Guindos

PUERTO OCTAY

Celestino Weisser Klenner y Paulina Kammel Püschel, fundadores de Los Guindos, *ca.* 1940.

Página derecha: La antigua galería de la casa.

La casa, de grandes proporciones, perdió dos de sus alas laterales debido a los daños producidos por el terremoto de 1960.

Una excepcional casa se esconde entre los bosques del camino hacia Puerto Fonck. Fue construida hace más de un siglo por la familia Weisser, quienes aún conservan esta propiedad y mantienen en su interior mobiliario, recuerdos y retratos que rememoran la época de esplendor del Lago Llanquihue.

Celestino Weisser, colono alemán oriundo de la Bohemia, decidió embarcarse en el puerto de Hamburgo con destino a Chile en 1873. Abordó el barco *San Francisco,* acompañado de su esposa Catalina Klenner y sus siete hijos, además de su hermano Jerónimo quien también viajaba junto a su familia; y otros tantos inmigrantes europeos que buscaban un mejor porvenir, como los Kahler, Loebel, Hofmann, Spiske, Toelg, Kammel y Hitschfeld.

Desembarcaron en Puerto Montt, y desde ahí los hermanos Weisser viajaron hasta el sector de Quilanto, cerca del actual Puerto Octay. Probablemente, el trayecto lo hicieron en el recién inaugurado vapor *Enriqueta*, construido en el año 1872 por la Sociedad de Federico Oelckers y Eugenio Schulz. Desde su puesta en marcha, zarpaba desde Puerto Chico los días martes y llegaba hasta Playa Maitén, recalando en todos los embarcaderos del trayecto construidos por los colonos instalados en las hijuelas entregadas por el Estado para el poblamiento de la zona. Al día siguiente hacía el mismo viaje en dirección contraria.

Celestino, quien en Alemania se dedicaba a la joyería, debió transformarse en agricultor. La familia comenzó a prosperar, pero lamentablemente en 1889, con 66 años, una pulmonía le arrebató la vida. Su viuda junto a sus hijos se hacen cargo de las labores agrícolas en el difícil clima del lago Llanquihue. Con tan sólo trece años cuando muere su padre, Celestino Weisser Klenner, el menor de los niños, desarrolla una capacidad de emprendimiento excepcional que lo lleva en la década siguiente a trasladarse al sector de Puerto Octay, donde se convierte en un próspero agricultor y comerciante.

En 1896 se casó con Paulina Kammel Püschel, hija de Emanuel Kammel y Catalina Püschel, ambos colonos alemanes instalados en el sector. Dos años más tarde, Celestino le compra a su suegro un fundo con sus edificaciones y plantaciones junto a otro retazo de terreno en el camino entre Playa Maitén y Volcán, predios que más tarde dan origen al fundo Los Guindos. Desde ahí dirigió sus negocios agrícolas y comerciales, convirtiéndose hacia 1920 en uno de los más importantes vecinos de Volcán. Así se relata en el libro *El progreso alemán en América,* publicado en 1924: "Una de las firmas más conocidas y de más prestigio en Volcán, comuna de Puerto Octay, es la de don Celestino Weisser, que empezara sus actividades comerciales allá por el año 1893 con un capital de treinta y siete pesos, el que gracias a la constante laboriosidad y honradez del señor Weisser, se ha convertido al andar de los años, en la suma de setecientos mil. Esto da a entender claramente todo el esfuerzo desplegado por el señor que presentamos en estas páginas, caballero que es un digno ejemplo para futuras generaciones por su conducta ejemplar y tesonera labor". Esta misma publicación expone que Weisser es propietario de los fundos Los Guindos, Los Laureles, Chapuco y Bulnes, donde sembraban papas, trigo y avena. Asimismo, se dedicaba a la crianza de ganado vacuno, vacas lecheras para la producción de mantequilla, y también al cultivo de manzanas para chicha. Instaló además un almacén de provisiones y abarrotes, donde se ofrecían desde géneros, ropa, artículos de mercería; hasta avíos para el campo e insumos para la labranza.

A principios del siglo XX, Celestino decide construir la casa familiar en Los Guindos, cuando aún no existía el camino terrestre que hoy la bordea y se transitaba solo por el lago. No se trata de una vivienda enfocada en servir

únicamente de habitación y bodegaje agrícola, sino que evidencia una sofisticación de la casa colona alemana, respondiendo a la tipología de chalet de agrado. La arquitectura en madera sigue las líneas tradicionales de la carpintería alemana de la zona, pero innova al incorporar un excepcional despliegue volumétrico donde predomina el uso de altos hastiales con grandes aleros, ventanas abuhardilladas y galerías vidriadas. La estructura principal es de madera ensamblada, presentando en sus fachadas un revestimiento de listones horizontales en el primer piso, mientras que el segundo expone tablas verticales.

La fachada principal es antecedida por una galería con pilares de madera que originalmente estaba abierta, pero hoy mantiene un cierre vidriado. Se accede a la casa a través de una gran mampara que desemboca en un ancho corredor donde se ubica la escalera principal, de madera y con pasamanos de inspiración *Jugenstil*. A ambos costados aparecen el antiguo comedor y el salón principal. Sin embargo, las áreas más acogedoras de la casa son las galerías vidriadas que la rodean, desde donde se puede disfrutar de las panorámicas del entorno y del jardín entre retratos de la familia. El segundo nivel está organizado en torno a la caja de la escalera, que genera un recibidor amplio con barandas de madera desde donde se tiene acceso a los dormitorios, algunos de los cuales aún conservan los empapelados originales.

Celestino Weisser vio crecer a su familia entre campos productivos, bosques y parajes bucólicos poblados por la quila, una planta gramínea muy similar al bambú que dio origen al nombre Quilanto, cuya traducción del mapudungún es "lugar cubierto de quilas".

Sus hijos Waldemar, Guniberto y Alfredo fueron colaboradores en los negocios de su padre, y años más tarde, conforman una nueva firma comercial llamada Weisser Hermanos, dedicada a la compra de ovejas para producir lana, caballos, crianza de vacas para venta de carne y producción de leche y mantequilla. Siembran papas, trigo y cereales; tuvieron molino y aserradero, abasteciendo a parte importante de la zona del lago Llanquihue.

Celestino Weisser murió en 1947 y Los Guindos quedó en manos de su hijo Víctor. Durante el terremoto de 1960, cuya intensidad alcanzó los 9,5º en la escala de Richter siendo uno de los más potentes registrados en el mundo, la propiedad sufrió algunos daños que derivaron en el desarme de dos de sus alas laterales, reduciendo considerablemente su tamaño. Con la madera descartada, se construyeron cuatro pequeñas viviendas que se ubicaron en otros sectores del fundo.

La familia ha conservado objetos, muebles y fotografías de la época de los abuelos, como una antigua Virgen de principios del siglo XX que por tradición no debe abandonar la casa. Estos entrañables recuerdos le otorgan una especial atmósfera donde se mezcla la historia y también la apacible tranquilidad que entrega el inigualable entorno natural de este rincón de Puerto Octay. El jardín es un oasis de belleza, donde se mantienen todavía algunas especies del paisajismo original. Gloria Weisser Schnettler, nieta del fundador y quien lleva la casa hoy, diseñó un gran estanque de agua, acertado elemento paisajístico que le concede una escenográfica puesta en escena a todo el conjunto. La laguna se llena de flores y plantas acuáticas; el sol de la tarde refleja la antigua arquitectura, entre añosas camelias y rododendros.

Los Guindos continúa siendo un sector entrañable de la ruta entre Puerto Octay y Puerto Fonck, un histórico emplazamiento que acogió a decenas de colonos hace ya casi 150 años, quienes con su laborioso trabajo y tenacidad lograron hacer prosperar este mágico rincón a orillas del lago Llanquihue. F.I.

Retratos familiares dan vida a los muros de esta casa.

Página izquierda: Vista a la galería desde la escalera.

Muebles de mimbre otorgan un cálido ambiente a este rincón de la casa.

Página derecha: Ventana del repostero.

Páginas siguientes: El estanque de agua, diseñado por Gloria Weisser, es un gran acierto paisajístico que realza la arquitectura.

La Vega

PUERTO OCTAY

Franz Menzel Scholz y Augusta Gerlach Raddatz junto a su hija Ilse Menzel Guerlach, *ca.* 1910.

Página derecha: Vista del volcán Osorno desde el fundo La Vega.

La crianza de ganado vacuno ha sido por décadas parte de la historia familiar.

Una larga tradición de producción lechera ha hecho famoso a este fundo que se extiende mirando el lago Llanquihue, muy cerca de Puerto Octay. Son décadas de una entrañable historia familiar iniciada en el sector de la playa Maitén, donde valientes colonos alemanes se asentaron para forjar su nuevo hogar.

El intendente Vicente Pérez Rosales ordenó en 1852 la construcción de una pequeña embarcación a vela para trasladar pasajeros, materiales, víveres y enseres, a través del lago Llanquihue. Su viaje inaugural se hizo en 1853, ocasión en que algunas familias alemanas fueron desde Puerto Varas al sector norte del lago Llanquihue para poblar esos lejanos parajes.

Dos años más tarde, el inspector de distrito Guillermo Briede, señala en su reporte "Datos estadísticos de Playa Maitén", que de los 21 colonos establecidos, catorce habían construido una casa. Era el nacimiento del actual Puerto Octay, de la mano de familias alemanas como los Siebert, Mardorf, Gerlach, Andler, Ellwanger, Ochs, Klagges y algunos otros audaces pioneros que decidieron comenzar una nueva etapa de sus vidas en una geografía desconocida, con precarias condiciones, sin caminos, teniendo a sus espaldas bosques interminables y frondosos por donde apenas entraba la luz y, frente a ellos, la inmensidad del lago Llanquihue.

No existe consenso todavía sobre el origen del nombre Octay. Hay quienes dicen que se refiere al antiguo vocablo indígena *utai* (puerto del norte); pero hay otros inclinados en pensar que más bien se trataría de una expresión creada por los habitantes locales, cuyos primeros registros se remiten al sacerdote jesuita José Hater en 1869. En ese entonces, uno de los vecinos de Octay era Christian Ochs, quien levantó un próspero almacén de víveres siempre muy bien surtido. Por este motivo, al momento de recomendarlo, los parroquianos decían "donde Ochs hay". Con el tiempo, la frase derivó en una expresión más corta, "Ochs hay", desvirtuándose hasta llegar al actual "Octay". Cierto o no, la creación de esta toponimia le otorga un grado de leyenda y humor al destacar este remoto e inaccesible enclave de colonos.

La familia Gerlach recibió la chacra N°8 del sector de Puerto Octay, en el camino entre Volcán y Playa Maitén. El padre de familia era el inmigrante alemán Heinrich Gerlach, llegado en el famoso barco *Susanne* en 1853. Se casó con Elisabeth Adolf, tuvieron ocho hijos, entre ellos Konrad, quien hacia 1879, a los veinte años, se adjudica la chacra vecina perteneciente a la sucesión de Enrique Martin, compuesta por 114 hectáreas de extensión. Sus límites eran: al norte con el predio de Federico Menge; al sur, con la otra hijuela de la familia Gerlach; al este la de Carlos Andler, y al oeste, el lago Llanquihue. Este predio es finalmente transferido a Konrad Gerlach hacia 1883, año en que se casa con Karoline Raddatz Prill, vecina del sector de Volcán, con quien forma una extensa familia de al menos diez hijos: Elena, Heinrich, Carlos, Augusta, Elisa, Adolf, Ema, Luis, Emilio y Luisa. Ambos dedican su vida a las actividades agrícolas del campo.

Konrad Gerlach figura en la lista de los ciudadanos inscritos en los registros electorales de Puerto Octay en 1899, publicados por el diario *El Reloncaví*, que revela la activa participación de los colonos alemanes en los asuntos políticos y administrativos locales. Muere hacia 1908, y su viuda se convierte en propietaria del fundo y todas sus

edificaciones. Años más tarde, en 1916, ella vende una hijuela de 73 cuadras a la Sociedad Agrícola Menzel&Binner, encabezada por Francisco Menzel y Gardiano Binner; este último transfiere su parte a Menzel en 1918, convirtiéndolo en dueño total de la propiedad.

Franz Menzel se casó en 1908 con Augusta Gerlach Raddatz. Había nacido en Volcán, hijo de Carl Menzel y Ana Scholz, matrimonio oriundo de Weckersdorf, en la Bohemia alemana, llegados a Chile en el barco *Ceres* en 1873, donde se dedicaron a la agricultura. Franz fue agricultor y expandió su chacra comprando algunos predios vecinos e iniciando una industria de producción lechera. Según sus descendientes, era además un experimentado mueblista, que decidió levantar en 1936 la actual casa patronal del fundo.

Representante de una nueva época, la casa de la familia Menzel refleja la evolución de las viviendas agrícolas de los colonos alemanes en el siglo XX, que acorde a los tiempos incorporan materialidades como el ladrillo, el concreto y el acero; una arquitectura de formas mucho más funcionales y menos ornamentadas; así como también una distribución interior confortable y provista de comodidades modernas como baños, teléfono, calefacción, cocinas a gas, agua caliente y luz eléctrica.

El exterior de la casa llama la atención por el singular tratamiento de las fachadas, donde muros blancos y lisos recorren el primer nivel, mientras que el segundo está revestido por tejuelas de madera, evocando la arquitectura tradicional de la zona. Interesante es la disposición de un pórtico con pilares en la parte posterior, mientras el frontis destaca por una saliente hexagonal a modo de *bow-window.*

En el interior, los ambientes son discretos, colmados de recuerdos y muebles contemporáneos que revelan la versatilidad de este tipo de construcciones, capaces de adaptarse a las nuevas generaciones.

El campo, con sus grandes arboledas y el ganado pastando en las praderas conserva todavía dos galpones, uno de ellos con más de ochenta años de antigüedad. Dispone también de una gran lechería, corrales para animales y siete casas para los trabajadores.

Tras la muerte de Francisco Menzel, el fundo pasa a manos de su hijo Alejandro, quien impulsó el negocio de crianza de ganado vacuno y lechería. Se casó con Marlene Rosenberg Domcke, formando una familia de 4 hijos: Alejandro, Lilian, Patricia y Francisco. En la actualidad, sólo Francisco y Alejandro Menzel Rosenberg continúan vinculados al campo, siendo este último un reconocido perito agrícola, presidente de la Fundación Volcanes del Sur, quien se ha dedicado junto a su mujer e hijos a mantener activo el fundo La Vega, impulsando su producción e intentando mantener reunidas las 240 hectáreas actuales, en un escenario donde la mayoría de los grandes predios hoy se dividen y desaparecen.

La Vega, con sus enormes prados verdes donde circulan cientos de vacas, es un mágico rincón desde donde se tiene una vista privilegiada al imponente volcán Osorno. La casa familiar resguarda los recuerdos de más de cuatro generaciones, cuyos pioneros llegaron de Alemania para asentarse en las cercanías de Puerto Octay y desde ahí contribuir al desarrollo agrícola y la industria láctea de esta rica zona del lago Llanquihue. F.I.

Un contemporáneo ambiente al interior de la casa, iluminado por las grandes ventanas que dan hacia el jardín.

Página derecha: Uno de los antiguos galpones del fundo.

Páginas siguientes: Vista de la casa desde lo alto de una colina.

Los Bajos

FRUTILLAR

Niños en la casa de Los Bajos. Entre ellos, Olivia y Egon Yunge Held, 5 de febrero de 1943.

Página derecha: Maceteros con plantas y un piano recuerdan la ascendencia alemana de la familia.

El volcán Osorno y el lago Llanquihue sirve de escenografía para la espectacular arquitectura de la casa. En el huerto, Renate Yunge.

En el sector de Los Bajos, Frutillar, llama la atención una enorme casa con amplias galerías vidriadas, lugar donde creció Emilio Held Winkler (1898-1996), uno de los más importantes investigadores de la historia de la colonización alemana en el sur de Chile.

Desde Sajonia llegó el fundador de la familia Held en Chile. Gottfried Held Böhmeren nació en 1805 en Mittelherwigsdorf, una pequeña localidad cerca de Zitau, en la actual frontera entre Alemania y República Checa. Contrajo matrimonio en 1829 con Johanna Schubert Steudner, quien lo acompañó junto a sus tres hijos en la aventura de dejar su patria para emprender un largo y duro viaje hasta los confines de Sudamérica.

Gottfried Held, tejedor y tintorero, se embarcó junto a otras 102 personas en Hamburgo a bordo del bergantín *Susanne*, llegando al puerto de Corral a fines de1852. La mayoría de ellos había sido reclutado en Alemania por el agente de colonización Bernardo E. Philippi para poblar las tierras cubiertas de bosque nativo de una amplia zona, que iba entre Valdivia y Melipulli, hoy Puerto Montt. Este contingente de colonos, y otros arribados esos primeros años, sufrieron enormes penurias por las condiciones extremadamente precarias que enfrentaron para ocupar los predios asignados, algunos aún inexplorados e inaccesibles, en las riberas del lago Llanquihue. El viaje en carreta desde Melipulli demoraba días por huellas angostas y pantanosas, casi intransitables.

Vicente Pérez Rosales, nuevo agente de colonización, realizó intensas expediciones por los alrededores del lago y del seno de Reloncaví, acompañado de guías indígenas y algunos alemanes, para hallar sitios propicios de ser despejados y entregados a familias de colonos llegadas al puerto de Corral con el fin de completar el plan de colonización del gobierno. Es el contingente que se instala y forma la colonia de Llanquihue.

Held recibió la hijuela N°9 en Desagüe, nombre que se le daba al sector donde nace el río Maullín, que evacúa las aguas del lago Llanquihue hacia el Océano Pacífico, y donde hoy se ubica la ciudad de Llanquihue. Se estableció como agricultor junto a su mujer e hijos, Auguste Amalie, Julius y Ernestine Wilhelmine. Vivió y trabajó en la chacra hasta su muerte en 1882, ya viudo. Sus hijos echaron raíces en la nueva patria y se unieron en matrimonio a otros descendientes de colonos instalados en la zona. Ernestine Wilhelmine se casó en 1861 con Heinrich Biebrach, zapatero, natural de Ruppersdorf en Sajonia, quien como ella había llegado a Chile junto a su madre y hermanos en el vapor *Susanne*. Pocos años después del enlace él murió trágicamente ahogado en el río Maullín.

Por su parte, Auguste Amalie se casó con Karl Richter Schulz, prusiano de Kunersdorf, que se asentó en Frutillar convirtiéndose en uno de sus principales vecinos. En 1874, inauguró un almacén y ferretería donde ofrecía además un lugar para jugar palitroque que, al poco andar, se convirtió en un centro social. Años más tarde, creó junto a sus hijos una exitosa cervecería y molino, motor de desarrollo en la zona. Richter fue designado subdelegado de la recién creada comuna de Frutillar en 1894, y participó también en la fundación del Club Alemán *Deutscher Verein* y de la Iglesia Luterana. En su testamento legó una cuantiosa cantidad de dinero para construir el colegio *Deutsche Schule* de Frutillar. Sus hijos Bernardo y Adolf lo apoyaron, el primero regalando el terreno y el segundo convirtiéndose en el primer presidente del directorio del establecimiento educacional. Hoy, una de las principales calles de Frutillar lleva el nombre de Karl Richter.

Conservas fabricadas en el fundo se guardan en la cocina de Los Bajos.

Dos vistas de la escalera, un elemento distintivo de esta casa.

Julius, el tercero de los Held Schubert, quien había llegado de quince años a Chile, se quedó en la chacra para cooperar en las labores agrícolas. En 1861 contrajo matrimonio con Rosine Schönherr Kröll, nacida en Silesia, quien había llegado con su familia en el *Iserbrook* desde Hamburgo, asentándose en Frutillar. Tuvieron once hijos, varios de ellos murieron durante la epidemia de alfombrilla o sarampión que azotó Llanquihue en 1896. Los sobrevivientes se dedicaron a la agricultura, como es el caso de Gustav Adolf quien llegó a ser uno de los más prominentes vecinos, adquiriendo la mitad del campo de su padre en Desagüe y un predio en Nueva Braunau. Compró también parte del fundo Bella Vista, de Julio Gerdes, en el sector de Los Bajos, importó toros europeos Overo Negro y fundó el aún vigente Criadero Totoral.

En 1896, Gustav vende a su hermano Wilhelm, o Guillermo, el predio de 77 hectáreas de Los Bajos, con sus plantaciones y edificaciones. Un mes antes, Guillermo se había casado con Auguste Winkler Raddatz, hija de colonos nacida en Frutillar, con el plan de ver crecer su familia en el fundo de Los Bajos. Ella era hija del molinero sajón Eduard Winkler Gerhardt, llegado a Puerto Montt junto a su familia en el *Cesar & Helene,* en 1856. Su madre, la prusiana Emilie Raddatz Hahn, era hija del herrero y militar Gottfried Raddatz Mielke, quien viajó a Chile junto a su esposa e hijas en 1860 en el *Iserbrook*, recibiendo una chacra en Punta Larga, al sur de Frutillar.

Guillemo y Auguste se instalan junto a sus 10 hijos en el fundo de Los Bajos: Berthold, Emil, Karl, Arthur, Erna, Wilhelm, Lotwine, Olga, Edwin e Ida. Mientras la familia aumentaba, Held se convirtió en un importante representante de los intereses de la provincia, siendo alcalde de Puerto Octay y regidor por la misma localidad en dos oportunidades. También fue un reputado agricultor, y su propiedad estaba enteramente cultivada de papas y trigo, además de la fabricación de mantequilla y la crianza de vacunos mestizos.

La huella de la familia Held en Los Bajos continúa presente a través de su magnífica residencia, construida en 1918, y considerada como un interesante exponente de la arquitectura alemana en el lago Llanquihue. Los planos y diseño son del carpintero y constructor holandés Pedro Jäger, quien trabajó en la zona y es autor de otras emblemáticas edificaciones como las casas Kuschel en Puerto Varas, Werner en Pucoihue, Wittwer en Frutillar, entre otras.

Para los Held Winkler, Jäger diseñó un chalet levantado sobre un alto zócalo cuyo primer piso tiene una gran planta en forma de L rodeado de una galería perimetral que sirve de mirador, delimitada por pilares con capiteles decorados y barandillas. La fachada que enfrenta el lago y mira al volcán Osorno tenía originalmente una escalinata doble que daba paso al jardín y la playa. Esta parte contaba con un atractivo trabajo de palillaje tipo *treillage*, en cuyo centro se ubicaron tres arcos, siendo el central de mayores dimensiones y de herradura, que mostraba ciertas innovaciones de estilos más osados en la arquitectura local durante el siglo XX.

El diseño de la casa es llamativo por la prolongación de los aleros y el laborioso trabajo de carpintería; las ventanas

Páginas siguientes: La fachada que enfrenta el lago y mira al volcán Osorno tenía originalmente una escalinata doble que daba paso al jardín y la playa.

abuhardilladas, y el notable mirador con cubierta a dos aguas que otorga un inigualable carácter a la fachada sur. El interior de la casa es sencillo, con pisos, cielos y revestimientos de maderas nativas. El volumen principal se organiza en torno a un recibidor amplio donde se dispuso la escalera a la planta alta, que recuerda las vanguardistas formas del *jugendstil*. Sobresale la barandilla y el pomo con una estrella tallada. Desde el hall se accede al comedor y a la gran galería cerrada, un rincón luminoso que conserva el calor en los meses de invierno, siendo preferido para reuniones y celebraciones familiares. Los Bajos constituye un notable exponente del conjunto rural de los colonos alemanes, donde la vivienda principal está rodeada de diversas construcciones, como graneros, bodegas, un molino y una toma de agua.

Las fotografías de la casa hablan de los orígenes europeos y de la hazaña familiar en Chile. También la Biblioteca Nacional conserva dos álbumes fotográficos de la familia Held y sus amigos, y vistas de diferentes localidades y del caserío de Los Bajos. Destaca en varias de estas imágenes la figura de Emil Held Winkler, historiador y gran estudioso de la genealogía e historia de la colonización alemana. Crecido en el fundo de Los Bajos, observador y vivaz, fue educado junto a sus hermanos en una pequeña escuela del caserío que funcionaba frente al cementerio donde hoy yacen sus antepasados. Termina sus estudios en el *Deutsche Schule* de Frutillar y con el tiempo desarrolla una gran pasión por conocer e investigar sobre la propia historia, la de los colonos y su proeza de poblar y hacer productivo el sur de Chile. En 1923 Emil se casó con Erna Kusch Gädicke, y tienen dos hijos. Ella era hija de Otto Kusch Grieser, nacido en 1872 durante la travesía de sus padres en el *Wandrahm*. A su vez, era nieta del primer alcalde y regidor de Puerto Octay, August Gädicke Sandrock, y bisnieta del berlinés Martin Gädicke, llegado en 1856 en el *Grasbrook*.

Escribir sobre Emil Held Winkler requeriría un libro completo. Durante su prolífica existencia, se dedicó a recuperar documentos sobre la colonización y las vivencias de las familias que llegaron a poblar la zona del Llanquihue. También buscó recomponer la historia de varias localidades, fue autor de diversas publicaciones, y participó del mundo político, ejerciendo como Regidor en Río Negro, e impulsando la creación de la comuna de Purranque, de la cual fue primer alcalde en 1941. En esa localidad construyó su casa y trabajó en su campo dedicado a la crianza de animales. Gran parte de los documentos que reunió durante su vida fueron donados en 1985 a la Liga Chileno-Alemana, sirviendo como base para una importante biblioteca y un archivo especializado, que hoy lleva su nombre.

Tras la muerte de Guillermo Held en diciembre de 1940, el prestigioso criadero Los Bajos cierra y los animales se dividen entre la familia. El campo también sufre subdivisiones y el predio principal es adquirido por Herbert Yunge Aichele, casado con Ida Held Winkler, cuya descendencia, los hermanos Yunge Concha, conservan la propiedad en la actualidad. A pesar de las dificultades que significa preservar este valioso patrimonio arquitectónico familiar, sus nietos buscan mantener viva la memoria de sus ancestros colonos que tanto contribuyeron al desarrollo político, económico y cultural de esta zona del lago Llanquihue. F.I.

Río Frío

LOS MUERMOS

Carlos Loebel Werner en la feria ganadera de Santiago, 1957.

Página derecha: El comedor para 18 personas se usa en las celebraciones familiares.

Dos grandes palmas chilenas se destacan en el jardín de la casa.

Una larga tradición ganadera acompaña la historia de esta casa ubicada en el sector de Río Frío, a poca distancia de Puerto Varas. El lugar albergó, a fines del siglo XVIII, una de las estaciones del Camino Real, cuya huella unía Chiloé y Valdivia, siendo una zona poblada desde antiguo, que luego recibió a los colonos alemanes que se aventuraron en los parajes del lago Llanquihue. Es el caso de la familia Loebel, constructores de esta magnífica propiedad que alberga a su descendencia.

Al norte de la actual República Checa y en la zona fronteriza con Alemania, existe el denominado Braunauer Ländchen, un conjunto de ciudades y aldeas donde predomina el idioma alemán, que formó parte de los antiguos territorios de la Corona de Bohemia. La agricultura y las fábricas de paños fueron el motor económico de este importante enclave que se vio profundamente afectado por las guerras de Silesia a mediados del siglo XVIII y, posteriormente, por los vaivenes de las pugnas políticas del poderoso Imperio Prusiano y el nacimiento del Imperio Austro-Húngaro. Estos acontecimientos, sumados a una epidemia de cólera, terminaron por sepultar la prosperidad de este pujante territorio.

Las guerras derivaron en una severa crisis económica industrial y agraria que afectó especialmente a la pequeña ciudad de Braunau, alentando a cientos de personas a emigrar a otros países, como Estados Unidos y, curiosamente, a Chile. La campaña propagandística que llevaba el agente chileno de colonización Vicente Pérez Rosales (1807-1886) para atraer alemanes a la zona de Valdivia, Osorno y Llanquihue desde 1850, resonó finalmente en la *Rathaus* de ese lejano poblado. Fueron tres los barcos que partieron desde Hamburgo con inmigrantes de Bohemia al comienzo de 1870: *Wanderahm, San Francisco* y *Ceres*. El segundo de ellos arribó a Puerto Montt en marzo de 1873, trayendo a bordo entre otros colonos, a Franz Loebel Gohn (1823-1897). Así, en la década de 1870, y tras el arribo de varios grupos de artesanos y también hombres ilustrados, 99 familias austro-alemanas dejaron su tierra natal para asentarse en la actual región de Los Lagos, principalmente en Puerto Octay, Quilanto y el bajo del volcán Calbuco. Más tarde, algunos adquirieron terrenos en los alrededores del río Maullin y fundaron el poblado de Nueva Braunau.

Franz Loebel y su mujer María Hartmann venían acompañados de su hijo Joseph (1847-1906), su esposa Barbara Kahler Schubert (1852-1922) y su pequeño hijo Franz. Oriundos del poblado de Weckersdorf, para instalarse, cada uno recibió una hijuela en el sector de Quilanto, cerca de Puerto Octay, y en calidad de préstamo del Supremo Gobierno para gastos de instalación, $310 y $295 pesos de la época, respectivamente. Las hijuelas a orillas del lago eran de 5 cuadras de frente y 20 de fondo y cada colono obtenía además una vaca parida, un caballo, materiales de construcción y unas pocas herramientas para la agricultura. Las circunstancias de la llegada eran mejores respecto de los colonos venidos anteriormente, pues los alrededores de Puerto Montt y Puerto Varas estaban ya poblados de familias alemanas que fueron de gran ayuda para sus compatriotas.

Franz Loebel Gohn aparece en los documentos como herrero, muere de gota en su campo de Quilanto en el verano de 1897, estando ya viudo y con 74 años. Su hijo Joseph figura como agricultor, que incursionó también con éxito en el mundo de la confección de zapatos, abriendo en 1894 un taller especializado y una importante zapatería en Frutillar. Hacia 1904, dos años antes de morir, fundó otra tienda en Puerto Varas.

Franz Loebel Kahler (1867-1921), el nieto, quien llegó con sólo seis años a Chile, se estableció como exitoso comerciante en Puerto Varas y agricultor en Santa María, sector al sur poniente de la actual Nueva Braunau. Ahí comienza un criadero de vacas Overo Colorado, llamado también Clavero Alemán, para la producción de leche y carne. En 1891 se hace público el hurto de tres caballos desde las pesebreras de su fundo, en el departamento de Puerto Montt. Los culpables fueron encontrados cerca de Osorno y debieron pagar una multa y cumplir 541 días de prisión. A los pocos años de esta noticia aparecida en el diario local, se casó en Puerto Montt con Marie Werner Beltz, nacida en el caserío de Llanquihue en 1867, viuda del agricultor prusiano Antonio Felmer Helmich y madre de tres hijos. Con Franz Loebel tuvo ocho más.

El mayor de ellos, Carlos Loebel Werner (1895-1963), se casó con Amalia Droppelmann Kaschel (1898-1979), nieta de Nicolaus Droppelmann Ostermann, colono oriundo de Westfalia, quien llegó a Corral en 1863 en el barco *Helene*, estableciéndose en Puerto Montt. Carlos fue quien continuó la labor de su padre en la ganadería, instalando su casa y un criadero en el campo de dos mil hectáreas que compró en la localidad de Río Frío, actual comuna de Los Muermos. El gran desafío para el poblamiento de esa zona

al poniente de Puerto Varas, cruzada por el río Maullín, fueron las grandes extensiones de bosques y humedales que hubo que despejar. Por las condiciones del lugar, por largos años la principal actividad económica fue la producción de madera; más tarde vino la agricultura y ganadería. Poblada desde antiguo por indígenas y luego por familias chilotas, el sector acogió posteriormente a los inmigrantes que se trasladaron desde sus terrenos a orillas del lago Llanquihue. Río Frío fue además una de las estaciones más importantes del Camino Real, una huella de tránsito fundamental que comunicaba la isla de Chiloé con las ciudades de Puerto Montt, Maullín, Osorno y Valdivia. Hasta la instalación del ferrocarril en 1941 a unos pocos kilómetros del lugar, era un poblado muy activo y abastecido de emporios, zapatería, barracas, molino, talabartería, retén, curtiembre.

Al tiempo de asentados en su campo de Río Frío y ya con cuatro hijos, el matrimonio Loebel Droppelmann decide comenzar la construcción de su casa que fue inaugurada el 4 de noviembre de 1928 con una gran fiesta celebrada junto a familiares y vecinos que llegaban a caballo y también en los primeros autos de la época. Se desconoce quien diseñó el edificio de madera de roble, ulmo y lingue extraídos y trabajados en el campo; además de tablones de alerce comprados en la zona. Sus líneas, similares a las impuestas por los carpinteros alemanes de Puerto Montt, quienes a principios del siglo XX, y gracias a los catálogos de arquitectura, postales y otros referentes visuales, comienzan a incorporar volúmenes salientes, esquinas ochavadas, torreones, aleros pronunciados y un sinfín de elementos ornamentales eclécticos e incluso vanguardistas, que dan gran dinamismo al panorama constructivo de la región.

El resultado fue una particular y novedosa casa con mirador y cubierta de mansarda de dos niveles, más piso zócalo. El frontis es simétrico, dos cuerpos salientes enmarcan una iluminada galería central de acceso y la decoración de la puerta principal recuerda las líneas del *jugendstil*. El segundo y tercer nivel están ocultos por una alta mansarda con cubierta de zinc y tejuelas de madera, siendo el elemento más interesante un mirador al centro de la fachada. Notable es la disposición de una escalera central de acceso que permite conectar visualmente la casa con el jardín, un elemento que comenzó a utilizarse a principios del siglo XX, evidenciando un cambio en la forma de habitar la vivienda, que pasó de tener un marcado carácter funcional a convertirse en una residencia con espacios dispuestos para el agrado y ocio. El jardín se ideó como una plaza de reunión y paseo donde se plantaron las tres grandes palmas chilenas que aún existen, rodeadas de flores que la familia cultiva con esmero. Además, el dueño de casa creó un parque de pinos, aromos y eucaliptos, y el día de San Carlos celebraba allí su santo con un curanto para la familia, amigos y trabajadores.

Carlos Loebel, llamado cariñosamente el *Opapa*, fue audaz y visionario. Construyó una central hidráulica que producía electricidad para abastecer la casa e instaló una central telefónica que lo mantenía comunicado con sus otros predios. A pesar de las enormes dificultades y la falta de recursos de la época, construyó caminos para tener mejor acceso a sus terrenos ganaderos. El campo tuvo una importante industria lechera, la mantequilla se mandaba en ferrocarril a Santiago y el suero se utilizaba para la crianza de cerdos Berkshire. Sin embargo, su más reconocido legado es el Criadero El Laurel, que formó en 1944 junto a su hijo mayor Liro, donde se inscribieron sus bovinos Overo Colorado bajo pedigree. Una década después, Carlos viaja a Alemania y trae reproductores seleccionados con lo que se incorporaron nuevas características fenotípicas y genotípicas al plantel. La familia recuerda con admiración que para promocionar su criadero el abuelo contrataba a un intérprete que cantaba un tango que decía "compre un toro clavel en el criadero El Laurel de Carlos Loebel".

A partir de 1955 Carlos Loebel y Amalia Droppelmann se trasladan a la ciudad de Puerto Varas y dejan el criadero en manos de su hijo Liro y su esposa Angelina Neumann Kuschel. La empresa ganadera tuvo un exitoso desarrollo y fue asidua participante en importantes ferias y exposiciones de ganado en todo el país. Hacia 1978, su nieto, Andrés Loebel Neumann toma las riendas del campo y la industria ganadera. Sucesiones familiares y ventas disminuyeron a través de los años la extensión de este fundo que hoy cuenta con 162 hectáreas, administradas bajo el nombre de Criadero El Valle. El compromiso de su propietario con las buenas prácticas de bienestar animal, la crianza responsable y la preservación genética del ganado Overo Colorado está presente en cada rincón, proporcionando un entorno cómodo y saludable que lo ha convertido en uno de los más prestigiosos en la ganadería nacional. En sus manos, la casa familiar sigue habitada, y su esposa Maria Elena Salazar y sus hijos Daniela e Iván velan por la historia construida y el trabajo arduo de una familia colona ligada a una tradición ganadera que enorgullece a la provincia de Llanquihue. F.I.

En el antiguo recibidor, destaca la escalera y una vitrina que resguarda los premios obtenidos por el criadero El Valle.

La familia Loebel históricamente se ha relacionado con la crianza bovina, siendo una de las más importantes de la provincia de Llanquihue.

ÑIREHUAO

COYHAIQUE

Fachada de la antigua casa de administración del lote Ñirehuao de la Sociedad Industrial del Aisén (S.I.A.), *ca.* 1915. Archivo Fotográfico del Museo Regional de Aysén.

Página derecha: Fachada de la actual casa patronal de Ñirehuao.

Una de las bodegas del fundo.

El año 2020 la población del valle Ñirehuao alcanzaba los 458 habitantes, residiendo la mitad de ellos en las localidades de Villa Ñirehuao, con servicios de educación, salud, seguridad, comercio y religiosos, y en la de El Gato, que disponía de una escuela y una posta de salud. En este valle existen también varios asentamientos rurales, entre los que sobresalen la Estancia Ñirehuao y la Estancia Baño Nuevo, dos complejos ganaderos que fueron parte de la Sociedad Industrial del Aisén, establecida a principios del siglo XX. La Estancia Ñirehuao está ubicada al noreste de Coyhaique, cerca de la frontera con Argentina; la atraviesa el río de su nombre y limita al norte con la cordillera del Katerfield, por el oeste con la zona cordillerana del lago Largo; por el sur con la Reserva Nacional Trapananda, y por el este con la Estancia Baño Nuevo.

Predomina en esta región el clima estepario frío con precipitaciones anuales entre 570 y 900 milímetros. De las especies arbóreas destacan el ñirre y la lenga, y entre las arbustivas predominan el calafate, el coirón, el neneo, el abrojo o cadillo, el duraznillo o colliguay, el chacay, la hierba de pelo y la paramela. Esta vegetación adquiere un especial colorido en otoño cuando los follajes caducos de intensas y variadas tonalidades amarillas y rojizas dan paso a un receso del crecimiento, el que más tarde, con la primavera, vuelve a renacer con la delicada floración arbustiva, en contraste con el intenso rebrote de las verdes hojas del bosque de fagáceas.

Los registros arqueológicos dan cuenta de una ocupación temprana de la zona por grupos de cazadores recolectores. En el sitio *Cueva de la Vieja* hay datos de 12.000 años, en *El Chueco* de 11.500 años, y en *Baño Nuevo* de 11.000 años. Respecto de pobladores contemporáneos en el valle Ñirehuao, las primeras observaciones son del explorador alemán Hans Steffen, quien ingresando hacia Arroyo Verde en Argentina en 1896 se encontró con la comunidad indígena del cacique Quinchamal y, entre las tolderías tehuelches del valle del Alto Río Senguer (Chubut, Argentina), conversó con el galés Juan Richards, que ya era dueño de un puesto establecido a orillas de uno de los afluentes del río Ñirehuao. La presencia de este galés también es mencionada por el explorador argentino Francisco Pascasio Moreno cuando visita el lugar en esos años. Las descripciones de Steffen en su segundo viaje durante 1897 y 1898 reiteran que a orillas del río Ñirehuao, donde hay una buena empastada, existe un puesto de galeses recién establecido, con unos mil bovinos, propiedad de los hermanos Richards. A fines de 1907, el marino británico Charles A. Milward viaja por este territorio en pleno proceso de ocupación, tanto por las compañías ganaderas como por los pobladores que se estaban instalando espontáneamente. Así se desarrollaba la situación en el sector previo al 30 de diciembre de 1927, cuando el Estado de Chile decide separar Aysén del Territorio de Magallanes para crear, a su vez, el Territorio de Aysén. Dos años después, esta aislada región se convierte oficialmente en una nueva provincia chilena.

La actual Estancia Nirehuao se origina en las posesiones de la Sociedad Industrial del Aisén bajo el sistema de concesión de predios otorgados por el Estado. En 1903, se concedieron a Luis Aguirre Araya los valles de Coyhaique, Ñirehuao y Mañihuales, quien los transfiere a la Sociedad Industrial del Aisén. Estos terrenos, según el decreto 1.769 de 1904, tenían una superficie total aproximada de 397.166 hectáreas. La firma de capitales ingleses se dedicó a la crianza de ovinos y, en menor medida, al ganado bovino. Durante las primeras décadas de funcionamiento su producción se vendía fuera de la zona, por lo que miles de cabezas de ganado eran trasladadas anualmente desde Coyhaique Alto, Coyhaique Bajo, Valle Simpson y Ñirehuao, hacia el antiguo Puerto Dun, ubicado aguas arriba de Puerto Aysén. El movimiento de animales conducido por los trabajadores de la compañía podía durar varias semanas hasta llegar al lugar de destino, tiempo que se redujo a pocos días cuando se terminó de construir el camino entre Coyhaique y Puerto Aysén. Esta ruta, muy precaria en los primeros años, se fue haciendo más expedita entrada la década de 1920. Una vez en el puerto, el ganado se embarcaba en los vapores que llegaban cada cierto tiempo para el transporte de animales, mercancías y pasajeros, hacia y desde Aysén.

La presencia de la Sociedad Industrial del Aisén en la zona, y particularmente en la Estancia Ñirehuao, fue de gran relevancia pues actuó como agente modelador del sistema socioeconómico con un impacto inmediato en las comunidades de Ñirehuao, El Gato, Rodeo, Los Palos y El Richard. Por otro lado, esta estancia fue la última en permanecer activa de esta sociedad, hasta principios de los años sesenta. Luego, pasó a poder de la Corporación de la Reforma Agraria (CORA), y es en 1976, cuando la propiedad de 5.859 hectáreas fue adquirida por Archibald Peede Thomas, nacido en la antigua casa de administración de la estancia, y cuyos descendientes son los actuales propietarios. Él redujo la producción ovina y fue incorporando más bovinos debido a que el mercado de la carne de oveja,

cueros y lana, comenzó a verse seriamente afectado por la baja en sus precios. Mejoró los potreros y aquellas áreas más productivas para el forraje de bovinos mientras la crianza de oveja se mantuvo a pequeña escala. Actualmente, la estancia desarrolla labores ganaderas que se llevan a cabo en temporadas de verano y otoño, como la esquila, la señalada, la marcación, el traslado de los animales desde y hacia las invernadas y veranadas, y el amansaje de los caballos.

El matrimonio Peede Thomas tuvo cuatro hijos: Elisa, Federico, Moyra y Archibald. Este último, contrajo matrimonio con Edith Maluenda Manríquez, de cuyo enlace nacieron Pamela, Jimmy y Marcos. Actualmente, es Marcos Peede Maluenda junto a su mujer María José Montequin y su hijo Emiliano quienes llevan la estancia y se han preocupado de la conservación del casco antiguo.

La familia Peede ha estado ligada a la Estancia Ñirehuao desde que Federico Peede Von Bischoffshausen (1895-1969), empleado de la sociedad, y Dorothy Thomas Mawson, hija del carpintero inglés Archibald Thomas, que trabajaba también para esa compañía desde 1913, se conocieron y se casaron en la estancia donde nació además su primer hijo Archibald. De acuerdo con el árbol genealógico, el fundador de esta familia en Chile fue Federico Peede, inglés, comerciante y prestamista establecido en Lota en 1876, quien operaba en las transacciones y habilitaciones con Walter Blight, probablemente su cuñado. En ese poblado había una numerosa comunidad inglesa dedicada a las minas de carbón, las fundiciones de cobre, de ladrillos refractarios y loza, además del ferrocarril y la flota de vapores de la Compañía de Carbón de Lota y Coronel. En 1889, Federico Peede reside en Valparaíso, gran puerto del Pacífico sur, para dedicarse al transporte marítimo e invertir en otros sectores económicos. Cuando muere en 1900, era propietario de barcos, fundos, casas, y socio de una mina de cobre y plata denominada Quilpué, en el mineral de Batuco. Su hijo Marcos B. Peede Blight (1864-1926), quien hereda seis buques mercantes con un tonelaje total de 5.995 TG —por un valor de más de 156 mil pesos— se casó con Elisa Von Bischoffshausen Flindt (1869-1952), nieta de Gustavo Von Bischoffshausen y Luisa Frederick, colonos alemanes instalados en el sector La Fábrica, en la parte sur del lago Llanquihue.

La actual Estancia Ñirehuao tiene una superficie total de 3.760 hectáreas, cuenta con importantes mejoras que se han realizado en los cercos de deslindes, canales de riego y acequias, mientras siguen en pie numerosos inmuebles arquitectónicos que han sido relevantes para el funcionamiento productivo del enclave ganadero. El inventario elaborado por la CORA en 1976 destacaba las siguientes construcciones: la casa de administración de 1913 aproximadamente, uno de los primeros edificios del casco histórico de la estancia y del territorio de Aysén; la actual casa de administración que fue levantada en 1952 al igual que el granero de tres pisos, el galpón de esquila, la sala de maestranza y la cocina de peones o esquiladores; y por otra parte, el horno panadero realizado en 1957. A estos espacios se suman otros, como la casa y el pabellón de empleados, los puestos camperos, las viviendas campesinas, los galpones de los potreros y el del pasto, las caballerizas, la bodega para secar cueros y la de combustible, la carnicería del personal obrero, los corrales y el baño de lanares, y los corrales de vacunos y caballares. Estas construcciones cuentan además con gran parte del mobiliario original.

La casa principal de la Estancia Ñirehuao, habitada actualmente por sus dueños, fue construida en dos pisos. El primer nivel tiene una superficie de 182 m^2 y cuenta con una sala de estar grande con chimenea, un amplio comedor y otro más pequeño, una cocina, y dos dormitorios; y el segundo nivel, más pequeño, aloja también algunas habitaciones. Su estructura es de madera de lenga aserrada proveniente de los bosques colindantes, el revestimiento de sus muros interiores y exteriores es de tablas de la misma especie, y el piso y el cielo de madera de mañío. La cubierta original de la casa fue de tejuelas artesanales, pero se cambió hace algunos años por tejas industriales debido a su deterioro. Parte del tinglado de la pared exterior es de tipo *Hallenhaus*, estilo constructivo alemán que deja los pilares verticales y el tabicado horizontal a la vista. Junto a ella se levantó una pequeña cabaña de huéspedes con estructura de tabiquería y de techumbre revestidas originalmente con tejuelas artesanales, luego reemplazadas por tejas industriales.

La arquitectura del casco histórico de la Estancia Ñirehuao y de su casa principal da cuenta de la capacidad que tuvieron los carpinteros, probablemente venidos de Chiloé, para construir con la materia prima y las herramientas para entonces disponibles, y con una estética notable. El saber aplicado desde la práctica del oficio carpintero permitió concretar un diseño eficiente para cada inmueble, lo que terminó por modelar la vida cotidiana de sus moradores y revelar un estilo de arquitectura único para este rincón de la región. C.C. y C.P.

El interior de la casa de Ñirehuao se caracteriza por las repisas colmadas de libros. Las chimeneas son un elemento tan funcional como atractivo

Página derecha: La alta cubierta y los salientes apuntados de las ventanas son elementos arquitectónicos distintivos en la antigua casa de administración, preparada para las inclemencias climáticas de la zona.

Hugo Acuña, *puestero* de Ñirehuao.

Página derecha: Una avenida y construcciones rodeadas de árboles.

Páginas siguientes: Las áreas forestadas que rodean la casa principal surgieron como una forma de protección ante el clima extremo de las llanuras inertes de Aysén.

La Frontera

COYHAIQUE

Frederik Peede Von Bischoffshausen y Dorothy Thomas Mowson junto a sus hijos Federico, Archibald y Moyra en la estancia La Frontera, *ca.* 1935. Archivo Fotográfico del Museo Regional de Aysén.

Página derecha: Vista lateral de la casa.

Vista general.

Las cocinas a leña son el corazón de las casas de campo,
donde la familia se reúne en torno al calor y la gastronomía.

La Estancia La Frontera se ubica a 10 kilómetros al sur de Balmaceda, y la cruza el río Oscuro. Esta propiedad colinda por el este con el río Simpson, que limita con Argentina; por el oeste, con otros fundos; por el sur, con la cordillera andina y el sector El Portezuelo. Está en una zona de planicies y cerros del cordón montañoso andino oriental que tiene enormes formaciones morrénicas, lagos y lagunas modelados durante la última glaciación. El clima es estepario frío, de fuertes vientos, con precipitaciones medias anuales de 590 milímetros. La principal especie arbórea es el ñirre, acompañado por arbustos como el calafate, el duraznillo o colliguay, el chacay, y por gramíneas como el coirón, estipas, el neneo, pingo-pingo y la cola de zorro. En estos paisajes fríos destacan los cambios paulatinos y estacionales de color de la vegetación. En primavera se perciben los intensos aromas de la floración del calafate y la cola de zorro; debido a las mejoras de las empastadas, existe una nueva cobertura vegetal que propicia nuevos contrastes paisajísticos.

La Estancia La Frontera se fundó a fines de la década de 1920 y perteneció al matrimonio constituido por Federico Peede Von Bischoffshausen y Dorothy Thomas Mowson, quienes se conocieron en la Estancia Ñirehuao —Sociedad Explotadora del Aisén— donde Dorothy vivía junto a su padre, el carpintero y mueblista inglés Archibald Thomas, y sus cuatro hermanos. Los hijos de la pareja, Elisa, Archibald, Federico y Moyra crecieron en la Frontera, y de acuerdo con los datos entregados por el propio Federico, él nació el 17 de junio de 1930 en Balmaceda, pero fue inscrito el 27 de julio del mismo año. También sus hermanas Moyra y Elisa llegaron al mundo en ese caserío, mientras Archibald lo hizo en la antigua casa de administración de la Estancia Ñirehuao.

Federico Peede Von Bischoffshausen comenzó a trabajar como cadete para la Sociedad Industrial del Aisén a la edad de 18 años en Puerto Dun (Puerto Aysén), contratado por su administrador Mr. Anderson. Luego se trasladó a Argentina, incorporándose por dos años como empleado de la Estancia de Arroyo Verde, en Alto Río Senguer. Durante su paso por ese lugar ejerció también como "comodín o inspector" de otras estancias que la sociedad tenía en Argentina, entre ellas La Oriental, ubicada cerca de Comodoro Rivadavia. Estas actividades le permitieron reunir su propio capital y más tarde ingresar a Balmaceda por la zona del Valle Huemules acarreando un rebaño de su propiedad de alrededor de dos mil ovejas. En Chile, primeramente arrendó tierras en el sector de la Frontera, y luego, hacia finales de la década de 1920, solicitó al Ministerio de Tierras y Colonización que le otorgase la titularidad de los predios ocupados. Al estar ligado a la Sociedad Industrial del Aisén pudo tramitar con mayor facilidad la adquisición de la ya denominada Estancia La Frontera.

En sus inicios la estancia tuvo una superficie de mil hectáreas y alrededor de dos mil ovejas; posteriormente, Peede fue comprando tierras a los pobladores vecinos, llegando a poseer en la actualidad una superficie total de trece mil hectáreas, con alrededor de doce mil ovejas. Para el año 1939, el predio contaba con un avalúo fiscal de 1.089.800 pesos, aunque no se tiene claridad de la superficie exacta de la propiedad en ese entonces. Durante las primeras décadas, la producción de la estancia se basaba principalmente en la crianza de ovinos ya que por el tipo de pastizales, la permanente humedad, y los constantes y fuertes vientos era menos apta para bovinos. Una vez que se mejoró la calidad del talaje para el ganado mayor aumentó la cantidad de vacunos, llegando a tener en la actualidad unas quinientas cabezas, además del ganado ovino característico.

Durante la época de mayor apogeo, La Frontera contrataba de forma estable a más de diez personas para el trabajo cotidiano; así, cada potrero tenía cierta cantidad fija de animales que estaban al cuidado de un trabajador. Actualmente, se necesitan menos empleados de planta porque las mejoras más importantes ya fueron ejecutadas y la industrialización de la estancia es avanzada; dispone de maquinaria agrícola moderna y de riego mecanizado. Por otra parte, para épocas estivales se contrataba personal que trabajaba por jornadas y se trasladaba sucesivamente de un predio a otro mientras duraban las actividades de esquila, señalada, baño y marcación de ovejas; además de las labores de compostura del alambrado de los potreros.

La lana que producía la estancia se acumulaba en bolsones y luego se la llevaba en carretas de bueyes hacia Chacabuco para ser comercializada. Cuando el ganado mayor y menor junto a la producción de lana pudo trasladarse hacia la zona de Puerto Aysén, las estancias comenzaron a enviar sus insumos al puerto de Valparaíso en la zona norte del país, en los vapores que la Sociedad Industrial del Aisén periódicamente contrataba. Durante el traslado terrestre de ganado los trabajadores dormían a la intemperie —como en la zona central, con la trashumancia—, lo mismo sucedía cuando los animales se movían a las veranadas cordilleranas, o retornaban a los valles de la estancia para invernada. El principal alimento de estos jornaleros itinerantes era la carne, también se preparaban la masa del pan, la que luego, con grasa animal, cocinaban como torta frita.

Los caballos de la estancia fueron siempre mestizos y no inscritos en los registros oficiales que certifican su origen; importaba que sirvieran para el transporte, el trabajo en el campo y el arreo de animales. Cada empleado disponía de los aperos necesarios para cumplir las labores encomendadas, como eran los caballos, sus monturas y los perros ovejeros. La familia Peede contaba además con ejemplares aptos para correr en el rodeo chileno, práctica muy común en esta región hasta el día de hoy. Federico Peede Thomas, actual dueño de La Frontera, cuenta que no le atraían el colegio y los estudios, y que a los 15 años de edad ya estaba montado a caballo realizando distintas labores en la estancia, cuidando todo según los requerimientos e indicaciones de su padre.

La primera casa de la familia Peede Thomas fue construida en piedra, de dos habitaciones, que hoy, modificada, no da cuenta de lo que era la original. La actual, levantada años después enteramente cubierta de zinc, tiene una superficie de unos 180 m2 y dispone de un amplio comedor, cocina, living y dormitorios. El resto de las construcciones de la estancia mantienen la misma cubierta metálica, debido a las facilidades que había para importar zinc desde Argentina. Curiosamente, hay poca presencia de hormigón, tejuela artesanal, ladrillo y adobe, a pesar de que todos estos eran materiales usados comunmente en los poblados de Balmaceda y sus alrededores. La madera que se utilizó en los exteriores e interiores de las construcciones se bajó en largos trozos sobre carretas desde los bosques cordilleranos cercanos a la estancia, y luego, se aserraron a la medida en Balmaceda. Por el año 1930, el dueño del aserradero era un hombre de ascendencia turca llamado Said Corval.

Notables son los maestros carpinteros que levantaron todas las construcciones según las necesidades que iba demandando la estancia, entre ellas: el baño de ovejas, corrales, galpones, puestos o ranchos, leñeras, despensas y bodegas, además de las mejoras y ampliaciones de la casa principal. Hoy, solo algunas de esas antiguas edificaciones se mantienen en pie y, en general, su materialidad original ha sufrido modificaciones. En cambio, el mobiliario interior que conserva la casa fue elaborado por Archibald, el mencionado abuelo de Federico Peede, quien llegó desde la ciudad de Liverpool, Inglaterra, a Río Gallegos, Argentina, en 1906. Fue también el maestro carpintero de la antigua casa de administración de la Estancia Ñirehuao, a donde se traslada con sus cinco hijos en 1913, contratado por la Sociedad Industrial del Aisén en Coyhaique.

Federico Peede Thomas recuerda que con el pasar de los años se adquirieron nuevos campos en otros sectores de la región, como el predio de Mañihuales. En esos años, y hasta mediados de siglo XX, todos los traslados debían hacerse con caballos de silla y carga ya que el valle del río Simpson estaba cubierto de un bosque denso, húmedo e impenetrable. Algunos viajes requerían pasar por territorio argentino a través del Lago Blanco, Alto Río Mayo, Ricardo Rojas y Aldea Beleiro; desde donde, más tarde, la tropilla debía ingresar por Coyhaique Alto, la zona de frontera, cruzando por los terrenos de la Compañía Ganadera en Coyhaique.

Durante los primeros años del asentamiento de los pobladores espontáneos en la región era común ver carretas o "chatas" con ruedas de madera tiradas por diez a doce caballos que venían desde Comodoro Rivadavia en Argentina, para vender mercadería o hacer fletes. Entre las familias relacionadas a esta actividad estaba la de los Echaveguren, "chateros" de oficio, que se dedicaban a transportar carga desde y hacia el territorio argentino en la época estival. De los numerosos boliches que existían al otro lado de la frontera, como el llamado La Peire, traían todo lo necesario, principalmente yerba mate, azúcar, arroz, tabaco, licor y herramientas. Federico Peede recuerda que los recorridos de a caballo que él también hacía para comprar víveres y otros enseres en Argentina demoraban hasta ocho horas, y los caballos de carga transportaban sin problema sacos de harina de setenta kilos. La moneda de cambio para este tipo de adquisiciones era "la cerda", crin o pelo de la tusa y de la cola del caballo, que se utilizaba, entre otros usos, como material para la fabricación de artesanías y textiles. También eran habituales los viajes que Peede hacía junto a sus trabajadores y algunos amigos hacia Villa Cerro Castillo, ubicada del otro lado de la cordillera de Los Andes, al sur de la región de Aysén, para comprar vacas a los pobladores de origen mapuche de ese sector, entre ellos, comerciantes de apellidos Antrillado y Hueitra.

La historia de la Estancia La Frontera y las experiencias de la vida transcurrida dentro de sus lindes han quedado en parte plasmadas en las bitácoras que aún se almacenan en las estanterías de la casa principal. Estos libros fueron escritos por el propio Federico Peede Von Bischoffshausen hasta el año 1937, en idioma inglés, y también, por su descendencia hasta la década de 1980, en idioma español. Los sencillos relatos allí consignados dan cuenta de las múltiples actividades diarias realizadas en la estancia, al mismo tiempo que reflejan el modo en que este complejo ganadero histórico representa hoy un registro imborrable del modo de habitar de esta parte del territorio austral de Chile. C.P. y C.C.

El salón principal de La Frontera, dominado por una gran chimenea.

Páginas siguientes: Rudy Donke Uribe, recorredor de campo o campero, junto a las ovejas de la estancia.

Cerro Galera

Coyhaique

De izquierda a derecha frente a la casa de Cerro Galera: hombre no identificado,Abelino Ehijos, Gustavo Moldenhauer, Juan Ramón Pradenas Molina con su hija Sonia, Antonio Haro; sentadas, Uberlinda Guzmán de Haro y Sara Soto, *ca.* 1930. Archivo Fotográfico del Museo Regional de Aysén.

Página derecha: La crudeza del frío de Coyhaique acompaña gran parte del año a sus habitantes. Soledad Solís, actual propietaria de Cerro Galera.

La nieve es parte del paisaje natural en la región de Aysén.

Cerro Galera se ubica al noreste de Balmaceda y lo cruza el río Pedregoso. Originalmente, limitaba por el este con el arroyo La Frontera, por el norte con la cordillera del cerro Galera, por el oeste con fundos del gran valle del arroyo Galera; y por el sur con otros campos que daban al río Huemules. El campo está en medio de un paisaje estepario frío, de planicies y cerros con distintas alturas del cordón montañoso sub-andino oriental, con morrenas, lagos y lagunas, modeladas durante la última glaciación. Las especies del bosque de fagáceas cobran especial colorido en los meses de otoño, y más tarde, con la primavera resaltan las marcadas floraciones en colores rojizos, anaranjados y amarillentos de la gramínea denominada neneo, a lo que se suma el fragante aroma de la floración de los ñirres.

De acuerdo con el relato de la familia Ehijos Oporto, el fundador, Narciso Ehijos González fue hijo de padres españoles, nació en Chile, pero vivió desde su niñez en Neuquén, Argentina, donde contrajo matrimonio con Rosa Oporto Ojeda, de origen portugués. En el censo argentino de 1895, Narciso aparece como agricultor de 30 años de edad, huérfano de padre y madre, y su mujer Rosa figura como costurera de 24 años de edad, con tres hijos: Cecilia de 7, Eusebio de 3, y Elvira de 1 año. Abelino Ehijos, el cuarto niño de este matrimonio, nació en 1909 en la localidad argentina de Teca, cuando la familia iba caminando hacia el Valle Huemules. En 1913, los Ehijos Oporto ya se encontraban en la zona de Lago Blanco, Valle Huemules, provincia del Chubut, Argentina, hasta que, por razones políticas fueron obligados a migrar a Chile, entre los años 1913 y 1915. Ingresaron a la región de Aysén por el sector de Cerro Galera, atraídos por la disponibilidad de tierras propicias para la crianza de ganado ovino y bovino, donde se establecieron definitivamente.

La nómina de pobladores descritos por el ingeniero José Pomar en su visita al valle Simpson en 1921, registra a Narciso Ehijos González como ya asentado en territorio chileno para el año 1915. El vínculo que tenía con el país vecino se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX, ya que la condición fronteriza del fundo y los problemas de conectividad dentro del territorio chileno durante los primeros años en el sector de Cerro Galera, lo obligaban a viajar hacia las localidades trasandinas de Lago Blanco y Río Mayo para abastecerse de provisiones y enseres, o comprar en territorio chileno a los mercachifles que venían desde Comodoro Rivadavia.

La migración hacia el Valle Huemules obedeció a un proceso de poblamiento espontáneo cuando las familias necesitaron tierras aptas para la ganadería. A esto, se sumó el problema político de la época por el Laudo Arbitral de límites entre Argentina y Chile de 1902, que propició la expulsión de chilenos de esa parte de Argentina. Pese a esta situación internacional, muchos chilenos optaron por salir del país, desplazándose por territorio trasandino y reingresando a Chile por la zona del Galera y Balmaceda para ocupar las tierras que no eran parte de la Sociedad Industrial del Aysén, que, para 1903, ya administraba los valles interiores del río Simpson. Además, en esos años también llegaron a Aisén extranjeros que arribaron a Buenos Aires y luego migraron a esa zona, como las familias españolas Bernabé y Fernández, Moldenhauer (Alemania), Giorgia (Italia), Árida (Siria) y Czernowitz (Ucrania).

En 1939 el fundo Cerro Galera tuvo un avalúo fiscal de 258.700 pesos y 1.050 hectáreas, que se legalizó ese mismo año cuando la "Sucesión Ehijos" recibió el título de propiedad definitivo, luego de que Narciso Ehijos falleciera en 1938. En 1949 se produce la liquidación de la sucesión, repartiéndose el fundo en hijuelas de 105 hectáreas para cada uno de los diez hermanos. Décadas más tarde, en 2021, José Tomas Rodríguez Peede adquiere, legalmente, 380 hectáreas, por compra de los derechos de la "Sucesión Ehijos" y de la de "Don Abelino Ehijos Oporto". Actualmente, quedan solo 16 hectáreas de terreno unidas al conjunto arquitectónico más antiguo de este fundo, propiedad de Soledad Solís Ehijos, bisnieta del matrimonio Ehijos Oporto, nieta de Abelino Ehijos Oporto y Sara Silda Soto Vera e hija de Ventura Solís e Irma Ehijos Soto. Soledad contrajo matrimonio con Antonio Horvath Kiss, y su hijo Tomás Horvath Solís es el actual heredero de La Galera.

La actividad económica del Fundo Cerro Galera fue históricamente ganadera, con una producción en pequeña escala destinada al autoconsumo y al comercio local. Durante las primeras épocas se criaban principalmente ovejas y secundariamente vacunos, además, cerdos y aves de corral. También los caballos fueron esenciales para las labores del campo y para los viajes de abastecimiento hacia Argentina. El predio estaba dividido en diferentes potreros para distintos usos, como el de los caballos, el de los cerdos, el potrero del baño de ovejas, el de los carneros y padrillos, el de los toros, el de los capones y el de invernada.

La primera construcción que realizó el matrimonio Ehijos Oporto en Cerro Galera fue un rancho provisorio de cueros y lonas, que luego se reemplazó por uno de palo partido con techo de canogas –cortezas–, mientras se erigía la casa principal del fundo. Esta obra se inició en 1915 y fue lenta y trabajosa. Como no había madera aserrada en la zona, hubo que cortar árboles, partir la madera y labrarla con hacha. La casa se terminó de levantar en

1920 con una superficie actual de 120 metros cuadrados. Después, se comenzó la construcción de otras edificaciones del fundo, como el galpón, el baño de ovejas, los corrales y la letrina. También la cocina fogón o espacio exterior protegido donde inicialmente se preparaban los alimentos y se comía, mientras en la casa principal solo se dormía.

La estructura principal y los revestimientos interiores y exteriores de la vivienda fueron fabricados con madera de lenga y ñirre obtenida de los bosques cercanos. La cubierta original fue de tejuela artesanal y más tarde se reemplazó por planchas de zinc traídas de Argentina. La distribución mantiene una relación con los antiguos ranchos, puestos y cocinas fogón que sirvieron como primer refugio para asentarse en la región. Sin embargo, en la casa definitiva ya podemos encontrar el espacio propicio para la vida rural familiar, pues las proporciones de los recintos y las terminaciones de las puertas y ventanas significaron una importante mejora respecto de las condiciones de habitabilidad existentes para ese entonces en la región.

La planta original del inmueble es de forma rectangular e incluye un hall de acceso que conecta con dos dormitorios, cocina y comedor; y con una escalera que sube hacia el entretecho. La primera modificación que sufrió la casa fue el cierre del corredor exterior que se convirtió en galería interior. Con esta reforma, las dos habitaciones bodega que estaban ubicadas en los extremos del corredor de la fachada principal se convirtieron en despensa y dormitorio, respectivamente. La intervención estuvo a cargo del maestro carpintero José Ríos y no hay certeza de la fecha en que se realizó, pero se estima que se hizo mientras Narciso Ehijos González aún vivía. A mediados del siglo XX, el recinto de la cocina original se transformó en una nueva habitación, y aquella se instaló en el espacio del antiguo comedor. En cuanto al mobiliario interior, tanto mesas como sillas y ventanas fueron realizadas manualmente por los mismos carpinteros que hicieron la construcción original, utilizando tarugos de madera y la técnica del espigado como sistema de unión. La falta de aislación térmica y de terminaciones constructivas propicias para el clima extremo del lugar hizo que la familia debiera usar cueros de capón en las rendijas de las paredes como abrigo. Los habitantes de la región habitualmente debieron soportar temperaturas en extremo bajas y sin las condiciones y comodidades que conocemos hoy.

Cabe destacar que, como fuente de iluminación, en la casa se elaboraban velas con grasa de animal. También se hacían conservas de frutas extraídas de la "quinta frutal", que tenía manzanas, ciruelas, cerezas y grosellas. La familia se abastecía con una huerta para el autoconsumo, que incluía la siembra de ajos, lechugas, papas, habas y arvejas.

El Fundo Cerro Galera se constituyó como centro de desarrollo de actividades y oficios tradicionales al interior de la familia Ehijos. En su territorio se practicaban el baño de ovejas, la esquila, la señalada de los animales, la marcación del ganado bovino, la capadura o castración de animales, el acarreo de ganado hacia y desde las veranadas del lago Monreal, las domaduras para el amanse de los caballos y las carreras de a caballo, entre otras actividades. Con respecto a las canchas de carreras, que fueron utilizadas para realizar competencias entre amigos y vecinos del sector, se sabe de una renombrada competencia de mil metros de distancia que tuvo lugar en 1938 en el sector de Balmaceda, la cual ganó Abelino Ehijos, como cuenta Soledad Solis: *"Mi abuelo de joven tuvo la gran suerte de correr la carrera más grande que se ha realizado en la región de Aysén con el caballo "Nogalito", que era de propiedad de don Juan Fernández. Su contrincante fue el caballo "Tornasol"de Federico Peede, que corrió el señor Calderón. Fueron mil metros, una carrera que tuvo mucha reunión de pobladores en ese tiempo, se jugaron muchas cosas, por decir, grandes tropas de vacas, grandes cantidades de ovejas, y mi abuelo fue el ganador".*

El uso que hicieran los descendientes de la familia Ehijos Oporto del fundo Cerro Galera produjo una importante carga de uso y de transformaciones del paisaje. Cada actividad realizada en torno a los oficios, las tradiciones y la sociabilidad en conjunto con los pobladores de la vecindad quedaría plasmada en ese espacio y en sus construcciones. Los Ehijos Oporto mantuvieron una estrecha amistad y cooperación con sus vecinos, entre ellos las familias Mardones, Pradenas, Soto, Sandoval, Aro, Sáez, Domke, Millar, con quienes se apoyaron en las labores del campo y compartieron las festividades anuales. Así también, Adolfo Cheuquepil Tureuna, joven chilote que llegó a los 19 años al fundo y se quedó por 30 años con la familia. Este modo de trabajo mancomunado sería una costumbre aplicada por los habitantes que poblaron gran parte del territorio de la región, y se transformaría en un estilo de vida de constante colaboración.

El conjunto de inmuebles históricos de Cerro Galera y su casa principal representan un ejemplo típico del modo de habitar en Aysén, y permiten visualizar la forma en que se desenvolvió la vida cotidiana y rural. Las diversas construcciones del campo conservan casi intactos el mobiliario, las herramientas y los utensilios de antaño, además, los elementos decorativos, las terminaciones y colores originales. Sumado a la historia social de sus moradores, este lugar contiene múltiples significados y es fuente valiosa de conocimiento de esta identidad cultural. C.P. y C.C.

Las cocinas a leña son parte importante de la calefacción de las casas del extremo sur de Chile.

Páginas siguientes: Una fuerte nevada en Cerro Galera.

PICKLES

Cerro Negro

PUERTO NATALES

Antonio Kusanovic Jercic y Josefina Senkovic Beovic el día de su matrimonio, 1923.

Página derecha: El retrato de Amor Eliana Marusic, obra del pintor magallánico Bogoslav Ujevic, preside el salón principal sobre un piano de la firma Carl H. Hintze.

CARL H. HINTZE

Ovejas en el exterior de la casa patronal.

En el corazón de la Patagonia chilena, cerca de Puerto Natales, en el kilómetro 186 de la ruta nacional N°9 se encuentra la Estancia Cerro Negro. Una propiedad ganadera con seis mil hectáreas de superficie que en la actualidad es un oasis de historia y tradición familiar. Esta tierra, hoy convertida en parte de un interesante emprendimiento turístico, es fruto del tesón y el espíritu emprendedor de la familia Kusanovic, que a lo largo de cinco generaciones ha forjado su legado en estas australes latitudes.

La historia de los Kusanovic en Magallanes se remonta a finales del siglo XIX, cuando el joven Antonio Kusanovic Jercic, de 15 años de edad, abandonó su isla natal de Brac, a orillas del mar Adriático, Croacia, cuando este país pertenecía al Imperio Austro-Húngaro. Huía de su tierra a consecuencia de los estragos que estaba causando una devastadora peste de filoxera —insectos minúsculos, tipo pulgones, de origen norteamericano—, que azotaba los viñedos de toda la región y de buena parte de Europa, causando indefectiblemente la muerte de miles de hectáreas de producción. Para la isla de Brac la epidemia significó un desastre mayor ya que las viñas constituían uno de sus principales ingresos, siendo cuidadas con dedicación por los propietarios en ese lugar pedregoso, donde la tierra fértil era tan escasa que se traía en pequeñas embarcaciones desde algunas caletas del continente cuando los isleños iban a vender sus productos.

La mayoría de los croatas instalados en la zona austral de Chile y Argentina fueron enrolados por el gobierno argentino que facilitaba alojamientos a los inmigrantes a su llegada en unos enormes edificios que hoy forman parte del Museo de la Migración de Buenos Aires. Venían atraídos por la propaganda que se hacía desde esa ciudad para captar cuadrillas de mineros que trabajaran en los lavaderos de oro de Tierra del Fuego y el Canal Beagle. Buscando mejores oportunidades, Antonio Kusanovic Jercic llegó a Punta Arenas en 1905, donde se encontró con su primo Antonio Kusanovic Kusanovic, quien arribó dos años antes para trabajar en la carnicería de otro croata, Vicente Kusanovic. Al poco tiempo, ambos primos se asociaron para iniciar el desarrollo de negocios ganaderos.

Con tesón y visión de futuro, prosperaron en el lucrativo comercio de la carne, tal como lo hizo Pascual Baburizza, también de la isla de Brac, en el norte de Chile. Este hombre formó en el país una de las mayores fortunas del salitre de los años 1920. Antonio Kusanovic entendió que el ahorro y la formación de capital le permitirían diversificarse y crecer hacia la producción ganadera en mayor escala. Su experiencia como campesino en Croacia y su natural habilidad comercial lo llevaron a recorrer amplias y desoladas pampas australes buscando buenos pastos para el ganado, muchas de ellas en manos del Estado, a pesar de los arriendos, las concesiones y los importantes remates de tierras del año 1900 en adelante. Finalmente, los primos y socios decidieron arrendar al fisco las estancias Perales, Berta y Cerro Negro, marcando así el comienzo de una ocupación permanente y una crianza ganadera sostenida en el tiempo, que creció con los años por la profunda conexión de sus dueños y sus familias con esta tierra remota y solitaria.

Antonio Kusanovic Jercic se casa en 1923 en segundas nupcias con Josefina Senkovic —también croata—, con quien forma su hogar en Estancia Cerro Negro junto a sus tres hijos. Este lugar, entrañable centro familiar, posee un entorno privilegiado ya que se encuentra cerca del poblado de Puerto Natales y de la cordillera del Paine, área de gran valor escénico por sus torres modeladas por los hielos y por la variada biodiversidad animal y vegetal autóctona. El sector, que actualmente es parte del Parque Nacional Torres del Paine, fue descubierto y comentado en 1879 por Florence Dixie, una joven lady inglesa que viajaba por esos confines con su marido y sus desencantados amigos aristócratas arrancando del sofocante ambiente social londinense, conociendo los territorios del confín del mundo.

La llegada de la Segunda Guerra Mundial trajo consigo un cambio inesperado para los comerciantes y ganaderos magallánicos, especialmente para los que criaban ovejas finas. El aumento en la demanda internacional de lana para la industria textil a consecuencia de la guerra, también causada por las interrupciones constantes en el transporte marítimo de carga, disparó los precios internacionales. Chile formaba parte del circuito inglés de la lana que manejaba la compañía británica Williamson Balfour. Esta había adquirido importantes concesiones ganaderas para ovinos en Isla de Pascua y Magallanes. Además, desde mediados del siglo XIX tenía ovejas de cabeza negra traídas desde Inglaterra en la zona central de Chile, en las provincias de Cachapoal y Colchagua. La situación internacional favorable para la actividad ganadera le permitió a los Kusanovic adquirir otras estancias, y ampliar sus inversiones inmobiliarias en el país, comprando propiedades urbanas en lugares turísticos del territorio.

Durante los largos años de incertidumbre y desabastecimiento que acarreó la Segunda Guerra Mundial para esta zona lejana, Antonio Kusanovic diversificó la producción de la estancia Cerro Negro —que fue comprada al fisco en los años 1980— estableciendo un aserradero para trabajar los bosques nativos de lenga del predio. En esa época, se dedicó también a construir la casa familiar. Con esfuerzo y creatividad usó la madera que crecía en las áreas más protegidas de los vientos del oeste dentro de la propiedad. La faena se puso en marcha con la elección de los árboles más adecuados, el corte de los troncos, el proceso de aserrarlos de distintos calibres para obtener postes, vigas y tablas, y finalmente el secado de la madera para comenzar a levantar la estructura de la casa, las murallas y el entablado del piso.

Antonio Kusanovic Senkovic, el hijo menor y único descendiente hombre del fundador, se casó con Amor Marusic y fueron padres de Liliana, Mauricio, José Antonio y Vesna. Habiendo crecido entre los hermosos y cambiantes paisajes magallánicos, con nubes pasando a gran velocidad por el fuerte viento rasante que modifica la estructura de la vegetación arbórea, dejándola más achaparrada y de menor altura, los hermanos Kusanovic adquirieron el conocimiento de las múltiples actividades propias de las faenas ganaderas, tanto de la ovejería como de la bovina. En la actualidad, la Estancia Cerro Negro continúa en manos de los descendientes de Antonio Kusanovic, quienes han sabido diversificarse, incorporando el turismo a sus quehaceres ganaderos. La acogedora casona familiar, hoy convertida en museo, conserva intacta la esencia de aquella época, albergando piezas originales del amoblado interior, como la amplia mesa del comedor y sus sillas; también la cocina, el lavatorio, la tina del baño, el escritorio, e incluso un piano antiguo, instrumento musical que se importaba libremente desde Punta Arenas, sin pago de impuestos, desde distintos países europeos.

La casa patronal abre sus puertas a los visitantes de lejanas latitudes, invitándolos a adentrarse en la vida y la cultura patagónica del último siglo. Se les muestra el traslado que hacen los perros ovejeros llevando el ganado en perfecto orden de un lugar a otro, la esquila de las ovejas y además se ofrece un asado al palo magallánico. Luego se visita el hotel que la familia posee en su estancia de Torres del Paine donde se relata la historia local de más de cinco siglos, desde el paso de Hernando de Magallanes por el estrecho que hoy lleva su nombre. Fue este explorador quien también bautizó a la Tierra del Fuego, como una premonición de lo que sería la explotación del petróleo con sus chimeneas humeantes en el siglo XX; lo mismo que el mito de los gigantes patagones, esos nómades que vivían en tolderías de cueros y asombraron a tantos viajeros con sus impresionantes mantas y alfombras de pieles.

La Estancia Cerro Negro es más que un hermoso predio ganadero; es más bien un ejemplo y un símbolo del tesón y el espíritu emprendedor de la familia Kusanovic, que ha dejado su huella en la Patagonia chilena, forjando un legado que perdura a través del tiempo. M.P.

El desolador y cautivante paisaje de la Patagonia rodea la casa.

Páginas siguientes: En el salón principal se conserva parte del mobiliario original de la casa, hoy abierta al público.

Rio Penitente

LAGUNA BLANCA

John Morrison atrás con anteojos. A su lado, sus hermanos Jordi y Alex. En primera fila a la derecha, Kitty Morrison entre amigos de la familia, 1940.

Página derecha: Corredor del segundo nivel de la casa.

Este gran espacio conserva cenefas de madera y un antiguo juego de salón estilo Luis XVI, que recuerda el refinamiento alcanzado por las antiguas estancias de la Patagonia.

Laguna Blanca es una comuna ubicada en la provincia de Magallanes, creada en 1927. Su municipalidad se encuentra en el poblado de Villa Tehuelches, situada en la ruta que une las ciudades de Punta Arenas y Puerto Natales. Con una población escasa hasta el presente, y tras casi un siglo de existencia, es la comuna menos poblada de Chile continental, con apenas 275 habitantes según el censo de 2017. Originalmente fue fundada con el nombre de Morro Chico, pero su denominación cambió tras una reformulación comunal que modificó los límites intercomunales en 1979.

En el contexto de la reforma agraria de la década de 1960 y el lanzamiento del "Proyecto Patagonia" se evaluó una vez más la necesidad de incrementar la población de los campos magallánicos. La intendencia de la provincia dispuso la fundación de un nuevo poblado que llevaría el nombre de los nativos de la zona, Villa Tehuelches, y la creación de la Cooperativa Ganadera Cacique "Mulato", una institución enfocada en apoyar a pequeños campesinos agrupados en cooperativas que recibieron terrenos expropiados por el fisco durante la reforma. La organización llevó el nombre del amable y laborioso líder indígena Mulato y su centro de operaciones funcionaba dentro del galpón de esquila de la villa.

El poblado se levantó en un paraje cercano a la carretera nacional N° 9, equidistante de los grandes predios expropiados en la época. El objetivo era convertir este nuevo asentamiento en un centro de servicios comunitarios provisto de escuela, posta, policía, entre otros, que atendiera las necesidades de la población rural y de quienes transitaban por la zona. La ceremonia de fundación de Villa Tehuelches se realizó durante el invierno de 1967 con la presencia del presidente Eduardo Frei Montalva, quien se convirtió así en el primer mandatario en visitar esta nueva localidad. Más tarde, en 1980, el poblado se transformó en la capital de la recién creada comuna de Laguna Blanca, erigida en el marco del proceso de regionalización del país. Situada en el centro-norte de la región de Magallanes, limita al norte con la República Argentina, delineada por el paralelo 52° S, y al oeste con la provincia de Última Esperanza y su comuna de Puerto Natales; al este, comparte frontera con la comuna de San Gregorio, mientras que al suroeste se encuentra con la comuna de Río Verde. Al sur, limita con la emblemática comuna de Punta Arenas.

El origen de la Estancia Río Penitente se remonta al tiempo en que la zona aparecía como uno de los lugares más remotos del mundo, un espacio lejano, frío y aislado, poblado por algunos colonos extranjeros que estaban abriendo nuevas posibilidades de desarrollo. Allí se estableció en 1891 el escocés Alexander Morrison, su esposa Hellen McCall y siete hijos, todos arribados a Magallanes tras dejar su hogar en las islas Malvinas (Falkland). Llegaron por la invitación que les hizo el gobierno chileno para colonizar las tierras patagónicas y generar rentabilidad a partir de la ganadería. En Escocia, Morrison había adquirido experiencia en el trabajo del campo, ya que su familia poseía tierras en el norte del estado de Ben Lozal y en Deen Forest of Kinloch. Los seis hijos hombres y la única niña habían sido educados en internados de Edimburgo antes de viajar a América.

Inicialmente, la estancia se constituyó sobre tierras arrendadas al fisco hasta 1903, cuando Alexander Morrrison las compra al Estado en un remate público. Tras algunos años, el escocés inicia la construcción de la casa familiar proyectada por Antonio Ampuero y Diego Cárdenas, que se llevó a cabo en dos fases entre 1910 y 1930. En una etapa inicial, en medio del levantamiento del casco de la estancia, se edificó una vivienda sencilla y funcional. Luego vino una ampliación y renovación significativa y planificada, que incorporó nuevas y más adecuadas tecnologías y líneas de diseño para enfrentar el clima patagónico y mejorar el confort de la casa.

Por el acceso principal se llega al hall de distribución donde destaca la escalera de madera.

Llamas en corrales, adaptadas al crudo clima de la Patagonia.

Páginas siguientes: Vista general del conjunto de construcciones que conforman el casco de la Estancia Río Penitente.

Esta renovación reflejó un modelo de segunda generación, que dejó atrás la tipología de "palacio" característica de las casas de los administradores de la primera época. Sus conceptos de diseño arquitectónico estaban influenciados por los chalets de estilo europeo de Punta Arenas, utilizando materiales como maderas, baldosas, ventanas de zinc y ladrillos. Durante el período comprendido entre 1910 y 1930, muchas estancias grandes y medianas, incluyendo la de Río Penitente, que llegó a abarcar 22.000 hectáreas, renovaron sus instalaciones incorporando además galpones medianos.

Catherine Morrison, la única hija mujer de la familia, contrajo matrimonio con el escocés John Dick en 1928. Este había llegado a Punta Arenas en 1913, comenzando su carrera como empleado de la firma comercial Townsend & Co. Luego, trabajó en el Frigorífico Puerto Sara y posteriormente se desempeñó como contador en una compañía naviera. Con el tiempo logró establecer su propia empresa dedicada a la representación de productos para la ganadería, la compra de lana y la administración de estancias. Gracias a sus logros John Dick pudo recuperar y mantener en la familia la Estancia Río Penitente, que en aquellos años enfrentaba dificultades debido a los bajos precios de la lana y los corderos, además de una serie de inviernos severos que causaron importantes pérdidas en el ganado. Fue Tomás Dick Morrison, el único hijo del matrimonio, y su esposa Mariette Cruzat, quienes transformaron la estancia en un destino turístico a fines de los años 80.

La estancia siguió ciertos patrones de diseño, distribución y jerarquización anglo-escoceses. Destaca la casona patronal, una vivienda de madera de lenga revestida de hojalata de dos pisos levantada sobre cimiento de piedra y con una superficie de 680 m². Su sistema constructivo denominado *platform frame* fue importado por constructores chilotes y europeos, que lo utilizaron en envigados que descansan sobre la estructura del perímetro de la planta baja, que está forrada por ambos lados con tablas de madera rústica de una pulgada de espesor. Exteriormente, la casa está revestida con fierro liso, mientras que el interior presenta varias capas: arpillera, papel diario y pintura. La tabiquería, formada por entramados de madera, llegó cortada desde el sur de Chile, específicamente desde Chiloé y Valdivia. Sus interiores están revestidos con madera machihembrada de lenga en pisos, techos y paredes, lo que proporcionaba una solución rápida y efectiva para mantener abrigado el ambiente y conservar el calor interior. La escalera, también de lenga, fue hecha por un carpintero llamado Thomsen, y las ventanas dobles tienen un sistema de cierre que las hace prácticamente herméticas. Todo el mobiliario de hierro y fierro fundido llegó desde Inglaterra mediante pedidos por catálogos.

En el año 1972, como sucedió en muchas partes de Chile, la estancia fue expropiada. Sin embargo, durante el Gobierno Militar se pudo recuperar un tercio de la propiedad, incluyendo los galpones y la casa patronal. Actualmente, esta ha sido convertida en hotel por la familia Dick, preservándola como vivo ejemplo de lo que fueron las antiguas estancias magallánicas. La vivienda conserva una decoración de época, con muebles originales, objetos y fotografías.

La Estancia ha perdurado a lo largo de cinco generaciones como un valioso legado que hoy está bajo el cuidado de la familia Dick Leigh, la cual continúa desarrollando tanto las actividades turísticas como ganaderas de la propiedad. Entre las actividades que ofrece la estancia, destaca la demostración de esquila y el trabajo de los perros pastores que conducen y agrupan las ovejas al mando del gaucho u ovejero. Al ingresar al galpón de esquila, se explica detalladamente el proceso, las características de la lana, su mercado y diversas curiosidades sobre la vida rural en la Patagonia. Además, se pueden observar maquinarias originales de los años 1920, como el motor de esquila, las guías de esquila y la prensa de lana. Todo esto tiene como objetivo preservar el espíritu que el fundador le dio a la Estancia, así como conservar una tradición profundamente arraigada en la memoria magallánica. M.P.

Tres Chorrillos

San Gregorio

Casco antiguo de la estancia, *ca*. 1910.

Página derecha: Acceso a Tres Chorrillos.

Casco antiguo de la estancia, *ca.* 1910.

Salón principal donde se conserva el enmaderado a media altura y la distintiva lucarna.

Por la costa del Estrecho de Magallanes, al noroeste de la bahía de Oazy Harbour, entre las estancias Gringos Duros y Avelina, se encuentra la histórica estancia Tres Chorrillos. Situada estratégicamente en la ruta que conecta Punta Arenas con Río Gallegos, en Argentina, esta propiedad ha tenido importantes transformaciones a lo largo de su existencia. Fue fundada en 1904 por Rodolfo Suárez Fernández, asturiano como José Menéndez y Menéndez, pero no de Miranda de Avilés sino del poblado de Mieres, la parroquia con más habitantes del Principado. En Punta Arenas, Suárez se casó con Albinie Ladouch, con quien tuvo siete hijos.

Este español tenía buen ojo económico. De a poco, en varios negocios afortunados, se fue haciendo de propiedades urbanas, tres de ellas con buenas casas y sitios y otros tres terrenos de buena extensión, muy bien situados, a juzgar por quiénes eran los vecinos con los cuales limitaba. La estancia Tres Chorrillos nace en 1904 cuando Suárez compra a Francisco Juan Roig un lote de 20.000 hectáreas que este había adquirido en subasta pública cuando, ese mismo año, el Estado puso en remate más de 500.000 hectáreas de terrenos fiscales. Al año siguiente compra otro lote del mismo remate, de 20.000 hectáreas, a su cuñado Gabriel Ladouch. Así, el hábil asturiano fue consolidando una de las estancias más importantes de la zona. A su fallecimiento en 1917, a los 49 años, su hijo mayor que llevaba el mismo nombre, se hizo cargo de la propiedad.

Tres Chorrillos se desarrolló en una época de grandes cambios y oportunidades económicas en la región de Magallanes. Rodolfo Suárez Ladouch, como su padre, era un pionero con visión de futuro y también invierte en propiedades urbanas. En 1923 arrienda al fisco, por apenas 180 pesos anticipados, un terreno con un frente de playa de 150 metros en Oazy Harbour para construir un amplio galpón donde depositar los productos de la estancia y poder embarcarlos para transportarlos a los puertos donde se comercializaban. La Sucesión Hermanos Suárez Ladouch creó en 1930 una sociedad limitada para administrar este predio y postular a ciertos beneficios estatales. Así, durante los años que van desde 1927 hasta 1965, la madre primero y luego las hermanas casadas, fueron vendiendo su participación en esta sociedad a sus hermanos, los cuales crearon la Ganadera Suarez Ladouch S.A. en 1965, y que permaneció hasta 1972 cuando se disuelve y se crea, otra vez, la Sociedad Limitada Suárez Ladouch.

La casa patronal de la estancia Tres Chorrillos es un ejemplo de la arquitectura de segunda generación de la época. La edificación se distingue por sus dos pisos construidos sobre fundaciones de concreto, lo que le proporciona una base sólida y duradera e impide que los postes de madera se pudran fácilmente. Las cubiertas más complejas y las pendientes pronunciadas de sus techos le dan un carácter imponente y majestuoso. Los aleros salientes y las cerchas curvas visibles en los tímpanos no solo son elementos decorativos, sino que también cumplen funciones prácticas,

como es la protección contra las inclemencias del tiempo. Las planchas de colores claros y luminosos contrastan maravillosamente con los verdes y rojos de los techos, creando un conjunto armonioso y atractivo. La casa también cuenta con un *bowindow*, una característica arquitectónica que añade elegancia y ofrece amplias vistas panorámicas del entorno. Las ventanas continuas con vidrios de distintas dimensiones permiten la entrada de abundante luz natural, mejorando la habitabilidad de los espacios interiores.

En cuanto al galpón de esquila, es una estructura fundamental en la estancia diseñada según el modelo tradicional con ocho guías o menos. Este diseño es típico de la región y refleja la importancia de la esquila en la economía local. Esta actividad, esencial en las estancias ganaderas, requiere instalaciones adecuadas para garantizar la eficiencia y el bienestar de los animales.

El legado de Rodolfo Suárez Fernández perduró incluso después de su fallecimiento en 1917. La estancia Tres Chorrillos continuó su desarrollo y adaptación a los cambios del entorno económico y social, como se ha visto. No obstante, fue en 1980 cuando esta propiedad experimentó una transformación significativa. Ese año, José Marín, junto a su hermano Mario, adquirieron el terreno donde se ubica Tres Chorrillos. Ambos hermanos, propietarios de la Empresa de Servicios Petroleros Mc Mar y Cía Ltda., trajeron consigo una visión empresarial innovadora, sumado al conocimiento del sector ganadero. Bajo su liderazgo, Tres Chorrillos se convirtió en una de las empresas ganaderas más importantes de la zona magallánica.

La expansión de las operaciones de la estancia bajo la dirección de José Marín fue notable. Con el tiempo logró manejar un total de 163.000 hectáreas y desarrollar el frigorífico para el faenamiento de ovinos más moderno de Sudamérica. Esta instalación no solo mejoró la eficiencia y la calidad de los productos, sino que también posicionó a Tres Chorrillos como un referente en la industria.

Uno de los logros más destacados de José Marín fue el desarrollo de la raza 4M, un proyecto ambicioso llevado a cabo con la colaboración de expertos locales y asesores australianos. Esta nueva raza creada mediante técnicas de cría selectiva y mejora genética fue un éxito rotundo, que no solo mejoró la calidad de la lana y la carne, sino que también aumentó la resistencia y adaptabilidad de los animales a las condiciones locales. Este avance significativo permitió a Tres Chorrillos comercializar la raza 4M en varios países, ampliando su alcance y renombre internacional.

Hoy, Tres Chorrillos es más que una simple propiedad ganadera. Es un testimonio vivo de la rica historia y tradición de la región. La familia Marín ha sabido mantener vivos los valores y la visión de Rodolfo Suárez, combinándolos con una perspectiva moderna y emprendedora. Esta fusión de legado e innovación ha permitido que Tres Chorrillos continúe siendo un pilar en la economía y la cultura local. M.P.

Página derecha: Exterior de la casa principal, donde la cubierta en pendiente y aleros salientes, cumplen una función práctica como protección contra las inclemencias del tiempo.

Baudilio Traimante, cocinero de Tres Chorrilos.

Páginas siguientes: Vista general de las diferentes construcciones que conforman esta histórica estancia.

AVELINA

SAN GREGORIO

Antigua casa de administración que luego fue el hotel "Pozo de la Reina".
De izquierda a derecha, Carlos Campos Menéndez, la esposa del administrador de la estancia, María Menéndez de Campos y José Menéndez Behety, *ca.* 1930.

Página derecha: La tradición ovejera de la Patagonia se mantiene inalterable a pesar del paso del tiempo y la irrupción de las nuevas tecnologías.

El puente de madera complementa la vista que nos ofrece la fachada de la casa principal.

Muebles de bambú, plantas y un antiguo álbum de fotos, dan un especial ambiente a este lugar que se puede definir como una mezcla entre un jardín de invierno y una galería.

La Sociedad Menéndez Behety fue formada por el asturiano José María Menéndez y Menéndez en el año 1911, en base a los bienes de la familia. Llegó a conformar una enorme fortuna levantada desde que tuvo ocasión de conocer y luego instalarse con su familia en el pequeño poblado de Punta Arenas de la entonces recién creada colonia penal chilena a orillas del Estrecho de Magallanes. Arribó a ese lugar a mediados de 1870 para cobrar una deuda por cuenta de la casa comercial argentina Etchart y Cía.. Visionario y astuto, se unió al negocio al percibir las oportunidades que ofrecía el desarrollo de la economía ganadera, y con esfuerzo y dedicación se fue involucrando en otros ámbitos como el comercio y la industria naviera, destacando también su expansión ganadera en el territorio argentino. Uno de los elementos que caracterizó, desde el punto de vista operativo, a la Sociedad Menéndez Behety fue el hecho de que los socios españoles se encargaban de la parte comercial, los ingleses de la ganadería y los alemanes de la actividad naviera. Esta combinación de habilidades y conocimientos les permitió desarrollar un modelo de negocio exitoso y sostenible en el largo tiempo.

A mediados del siglo XX, con la muerte de los fundadores y el crecimiento de la familia, y por tanto de los herederos, se hizo evidente la necesidad de dividir el patrimonio de los hermanos Menéndez Behety. Así entonces, en 1950, la sociedad se disolvió y las tierras fueron repartidas entre las seis ramas de descendientes. Entre las estancias resultantes de esta partición destacan San Gregorio, Santa María, Segunda Angostura, Menéndez Prendes, 5 de Enero y, por supuesto, Avelina. Cada una de ellas conservó un fragmento del legado de los hermanos Menéndez Behety, pero también esta unidad desarrolló una identidad propia.

La estancia Avelina, que conformaba una sección distante de San Gregorio, era conocida por su campo de invierno, y Gallegos Chico, por sus campos de verano. Ambos predios fueron asignados a una parte de los Menéndez Montes y Menéndez García. La Segunda Angostura, rebautizada como San Alejandro por Herminia Menéndez, fue vendida por los Menéndez Prendes a la misma Herminia Menéndez; estos, luego, se aventuraron en la industria pesquera. Mientras tanto, Menéndez Montes y Gallegos Chico quedaron para Teresa Menéndez, y Avelina pasó a manos de Arturo Menéndez. Gallegos Chico, en el período de las expropiaciones, fue vendido a Mario Julio Elstein, un empresario que había tomado un seguro de expropiación.

La primera casa de administración de Avelina funcionó por poco tiempo ya que muy luego comenzó la construcción del casco actual. Lo interesante es que esa casa pequeña y sencilla ubicada en el primer predio adquirido, y cercana a un manantial, se transformó en un hotel campestre, muy comunes en el Magallanes de la época, que requería de posadas para alojar y abastecer a los viajeros cada 50 a 60 kilómetros. Los más conocidos en el camino entre Punta Arenas y Río Gallegos fueron los hoteles Crucero, Cabeza del Mar y Sanhueza. El de Avelina se llamó Pozo de la Reina en honor a la mujer del heredero de la Corona de Portugal que vino a la inauguración del monumento a Hernando de Magallanes en 1926 y dejó a su esposa en ese alojamiento mientras salía de cacería de avestruces en la estancia junto a José Menéndez Behety, bisabuelo de los actuales propietarios, los seis hermanos Menéndez Fernández.

Avelina destaca por la belleza de su entorno, de su casco y de su galpón de esquila, un ejemplo excepcional de la arquitectura y funcionalidad de la época, cuando la ovejería era un gran negocio, antes de la aparición de los tejidos sintéticos. Es notable que a pesar del paso del tiempo y los cambios en la administración, la estancia ha mantenido su esencia sin transformaciones significativas. La vida en Avelina continúa en manos de la quinta generación en la familia, con la presencia del administrador dentro de la casa patronal, manteniendo la tradición y el legado de los fundadores, José Menéndez y María Behety. M.P.

Luís Cárcamo, recorredor de campo o campero, en Avelina.
Páginas siguientes: El casco de la estancia Avelina, rodeada de árboles, marca un oasis en medio del desolado paisaje magallánico.

Villa San Gregorio

SAN GREGORIO

Ovejero rondando ganado, *ca.* 1920. Colección Charles Muller, Museo Histórico Nacional de Chile.

Página derecha: Los grandes ventanales aprovechan la luz solar y otorgan calidez a los espacios interiores de San Gregorio.

VILLA
SAN GREGORIO

Dos ovejas de cemento flanquean la entrada a la Villa San Gregorio.

Estancia San Gregorio fue fundada en 1876 por Marius Andrieu, quien había solicitado al Gobernador del Territorio, teniente coronel Carlos Wood Ramírez, una concesión de terrenos junto a la bahía de San Gregorio, trayendo luego las primeras 700 ovejas desde las islas Malvinas y asociándose con Francisco Roig. Esta nueva remesa ovina aumentaba la traída por el gobernador anterior, Diego Dublé Almeyda, quien fue el primero en introducir en Magallanes las ovejas desde Las Malvinas. Sin embargo, el dominio de Andrieu fue breve, puesto que, al cabo de unos pocos años, por no ver con mayor celeridad los frutos de su inversión, la vendió a José Menéndez y Menéndez en 1879. Fue este hábil emigrante asturiano quien la convirtió en motor económico de la región de Magallanes bajo la administración de la Sociedad Anónima Ganadera y Comercial "Menéndez Behety". La implementación de tecnologías innovadoras, como la esquila mecánica y los frigoríficos, permitió a la estancia producir a gran escala y abastecer los mercados internacionales. San Gregorio no solo fue un centro de producción, sino también un catalizador del desarrollo regional, impulsando la construcción de infraestructura y generando empleo. En 1907, José Menéndez compró a la sucesión de Gastón Blanchard la estancia Rose Aike, que agregó a su dominio de San Gregorio que llegó a tener más de 90.000 hectáreas en su apogeo.

La estancia era un complejo productivo de gran envergadura, que incluía un casco central de aproximadamente 1.600 hectáreas donde se concentraban las principales instalaciones. Este, por su parte, fue declarado Zona Típica en el año 2000, por considerarse un hito arquitectónico que refleja la influencia de la arquitectura chilota y austral. Sus edificios, como el galpón de esquila, la grasería y las viviendas de los trabajadores, conservan su gran valor histórico y patrimonial. En el caso del primero, construido a partir de 1876, se le considera un ejemplo emblemático de la arquitectura industrial ovina en Magallanes. Inspirado en modelos australianos y neozelandeses, este edificio combina de manera eficiente las funciones de esquila y almacenamiento de lana. Su estructura de madera y zinc, con una disposición en forma de T, permite una óptima iluminación y ventilación; con sus 18 ejes de longitud, representa una solución arquitectónica adaptada a las necesidades productivas de la época. Por otra parte, está la grasería, construida a finales del siglo XIX (*ca.* 1897), que es una parte esencial del complejo industrial ovino. Esta edificación de tres plantas, con una estructura compleja adaptada a la pendiente del terreno, se dedicaba a la elaboración y almacenamiento de sebo y grasa. Sabemos también que el casco de San Gregorio es el único que contó, aunque algo tardíamente (1946), con una capilla para los servicios religiosos.

La casa principal, Villa San Gregorio, es una residencia de estilo historicista diseñada por Antoine Beaulier en 1925, edificada luego que un incendio dejara inutilizable la casa de administración anterior. Sus características constructivas contrastan con la arquitectura industrial predominante en la estancia. Según las actas de la sociedad Menéndez Behety, fue de especial atención del director, Alejandro Menéndez, su diseño, construcción, y dedicado jardín de antesala. Un cuadro que lo retrata, cuelga aún en el antiguo comedor de la casa.

Situadas al este del casco, se encuentran las viviendas del personal que ofrecen un interesante contraste con la arquitectura original de la estancia. Construidas en una etapa posterior, presentan diferencias en sus ornamentaciones y materiales, lo que refleja una evolución estilística. A pesar de formar parte de la Zona Típica, el uso continuo y las intervenciones de mantenimiento y conservación han modificado su aspecto original, alterando, entre otras cosas, la paleta de colores característica de la estancia.

Su propietario, Alfonso Campos, junto a su familia, Isabel Ojeda, y sus hijos Gabriel, Alejandro y Cristina, con esfuerzo y dedicación, viven allí, conservando y manteniendo la actividad ovejera, produciendo carne y lana, procurando dar vida y visibilidad a este precioso rincón del fin del mundo. M.P.

Grandes puertas de madera y cristal, dan paso al comedor de la casa.

Las ovejas son parte del paisaje habitual de San Gregorio y deambulan por el ante jardín de la casa.

Página derecha: Imponente es la escalera principal, compuesta por piezas de madera tallada y una especial disposición que permite subir a la planta superior.

Páginas siguientes: El barco *Amadeo* fue adquirido en 1892 por la naviera Menéndez Behety para servir como transporte y abastecimiento de las estancias ganaderas. Desde 1932 está varado en la playa de San Gregorio.

El Trébol

RÍO VERDE

Kenneth Maclean y Frida Boyd en el tiempo en que él administraba la estancia Río Verde, *ca*. 1950.

Página derecha: En un rincón de la casa, el calor lo proporciona esta antigua cocina a leña de la marca Bolinders, originaria de Estocolmo, Suecia.

Grandes lupinos, árboles y enredaderas alegran el jardín de la casa.

Isla Riesco se encuentra ubicada en la ribera septentrional del Estrecho de Magallanes entre los Senos Otway y Skyring. Fue llamada Tierra del Rey Guillermo IV por los marinos británicos de la expedición de Robert Fitz Roy, que creyeron que era una prolongación peninsular de la Patagonia. Esta condición geográfica la tuvo hasta 1903, época en que el teniente de la Armada de Chile Ismael Gajardo, descubrió el largo, sinuoso y angosto canal que hoy lleva su nombre, y que une las aguas del Seno Skyring con las del Golfo Xaultegüa en el Estrecho de Magallanes, evidenciando la insularidad de este territorio que pasó entonces a denominarse Isla Riesco en honor al presidente de Chile Germán Riesco Errázuriz.

La isla es parte de la comuna de Río Verde, Región de Magallanes y de la Antártica Chilena. Tiene una superficie de 5.005 kilómetros cuadrados, siendo la cuarta mayor isla del país. Posee múltiples ecosistemas que albergan, con distintas densidades y variedades de especies, bosques de lenga, ñirre, coigüe y ciprés de las Guaitecas. Sus límites geográficos son: al suroeste, las aguas del Estrecho de Magallanes; al norte, el Seno Skyring; al oeste el Golfo Xaultegüa y el Canal Gajardo, al este, el Canal Fitz Roy, que la aparta del continente y al sureste, el Seno Otway.

Isla Riesco está constituida por dos grandes zonas, la parte nororiental conocida tradicionalmente como Tierras de Ponsonby, de contornos regulares, formada por terrenos bajos y planos que se van levantando suavemente hacia el interior y el suroeste. En cambio, la zona sudoccidental es un área de morfología diferente; con fiordos y bahías, donde se forma la península Córdoba, que lleva el nombre del explorador español de fines del siglo XVIII. Hoy la isla se caracteriza por la existencia de una decena de estancias ganaderas dedicadas principalmente a la crianza de ovejas.

La presencia colonizadora en Isla Riesco se inicia con el francés Jorge Meric, quien al llegar a Punta Arenas en 1873, descubre en la costa norte yacimientos carboníferos. Meric ocupa unas llanuras de pastizales en la zona de Ponsonby, originando con ello el poblamiento ganadero en este territorio. Lo siguen otros franceses: Eduardo y Adrián Soury, Juan Lecocq y Emilio Gosselin, quienes en 1891 obtienen una concesión de hectáreas en arriendo de la Gobernación del Territorio de Magallanes. En 1894 la Sociedad Doré y Cía. recibe los campos que ocupaba Meric; más tarde, se instalaron en esta isla, Schuylenburg y Cía., Pedro Davet, Juan Zaldívar, Julio Cordonnier, Luis Ofaz, Thomas y William Douglas, y Carlos Hoftmann.

A comienzos del siglo XX, el gobierno entrega los campos de Isla Riesco a la Sociedad Fuenzalida, Rudolphy y Cia., la que en 1905 los transfiere a la Sociedad Ganadera de Ponsonby y Última Esperanza; luego, en 1906, esta los traspasa a la empresa ganadera Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, que conserva estas concesiones hasta 1930. Tiempo después, Guillermo Jones pasa los derechos en Isla Riesco a la Sociedad Ganadera Río Verde, formada por Mauricio Braun y Bernardo de Bruyne, junto a los accionistas de Río Verde Sheep Farming Co., que eligen quedarse con Estancia Ponsonby, mientras pasan el resto de los terrenos a la Compañía Mercantil de Río Verde, cuyo principal accionista era Edmundo Pisano Blanco. En 1948, se estableció un plan de loteamiento para varias de estas propiedades y la parcelación de los campos de Ponsonby, que alcanzaban las 22.000 hectáreas, fue realidad después de 1953.

La historia de la estancia El Trébol en Isla Riesco se remonta a los años en que el padre escocés de su fundador Kenneth Maclean llega a Chile para trabajar en la sede del

Banco de Londres de Punta Arenas en 1912. Rápidamente, este banquero llamado Peter Maclean asciende a gerente de dicha entidad donde trabajó por 40 años, hasta 1953 cuando se jubila y retorna definitivamente a Escocia. Kenneth pasa su infancia en Punta Arenas, pero es enviado a estudiar a un internado en Escocia y luego a otro en Buenos Aires, y aunque su padre deseaba que siguiera la carrera de medicina, su temprana vocación por la vida en las estancias ganaderas definió su elección profesional. Comienza trabajando en la estancia Punta Delgada, cerca de la Primera Angostura, para formarse posteriormente como ganadero en otras estancias de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. Desde muy joven fue administrador de la Estancia Río Verde y también de Ponsonby, cuando el administrador francés Bernardo de Bruyne decidió partir al frente europeo para defender a su patria durante la Segunda Guerra Mundial. De regreso a Punta Arenas, decide jubilar y confiarle definitivamente el manejo de la estancia.

A los 24 años Kenneth Maclean se casa con Frida Boyd Arentsen, una joven de origen escocés–noruego de 21 años de edad a la que su familia llamaba cariñosamente "Mayo". Algunos años antes de casarse, y junto a su querida amiga y futura cuñada Ida Maclean, esta viajó a Escocia a hacer un curso de Domestic Science. Kenneth y Mayo tuvieron cuatro hijos, Roderick, Robin, Gillian y Anne, quienes pasaron buena parte de su vida en la estancia Río Verde, mientras su padre la administraba. Maclean trabajó ahí hasta que Bernardo de Bruyne le ofrece en venta un terreno de calidad ganadera de 2.500 hectáreas en Isla Riesco. Este predio dió forma a su propia estancia, a la que llama El Trébol pensando en la suerte que trae el trébol de cuatro hojas. Originalmente, el campo no contaba con instalaciones ganaderas porque usaba los galpones de esquila de Ponsonby, situados a unos 15 kilómetros de distancia, y sólo existía ahí un "puesto" de esa estancia.

Desde 1953 Kenneth Maclean y su esposa se dedican a levantar El Trébol y a desarrollar ahí la raza ovejera Corriedale, la especie mestiza más antigua creada en Nueva Zelanda por la cruza de carneros Lincoln y en menor grado con Leicester y hembras del merino español. La variedad se adaptó bien en Magallanes, alcanzando excelentes resultados para lana y carne. A principios de los años 70, y junto a otros ganaderos, Kenneth funda la Asociación Chilena de Criadores de Corriedale, que dirige por largo tiempo. Participa en congresos y exposiciones de criadores en países como Nueva Zelandia, Australia, Sud África, Uruguay, Argentina, Brasil, y Estados Unidos. Prestigioso fuera del país, es también muy reconocido por la Asociación de Ganaderos de Magallanes.

En 1975 Maclean y otros socios innovadores gestionan la importación de 150 ovejas y 10 carneros de los diez mejores planteles de Nueva Zelanda. Para traerlos se chartea un vuelo con la aerolínea Qantas que viajó desde Christchurch directo a Punta Arenas, convirtiéndose en el primer vuelo comercial transpolar. Al llegar el día, los expectantes magallánicos vieron de lejos el avión que dió una vuelta sobre la ciudad antes de aterrizar a las 13:00 horas como estaba programado.

Con enorme sacrificio y esfuerzo Kenneth y Mayo construyen la casa familiar y el galpón de esquila de El Trébol. La casa fue inaugurada con un gran asado al palo en 1955, día que sus hijos recuerdan como un hito memorable en sus vidas. Todos los asistentes se llevaron kilos de pejerreyes que se habían pescado en la bahía y que fueron repartidos también a organizaciones de beneficencia en Punta Arenas.

Confortable, sencillo y acogedor es el *livingroom* donde se reúne la familia Mclean

Al principio, la única manera de llegar a la estancia era vía marítima, en un bote a remo que luego Kenneth reemplazó por uno a motor. Posteriormente, compró una lancha inglesa a la que llaman "Coscorroba", por el ave favorita de Mayo. Los cruces por agua fueron posibles gracias a la voluntad y colaboración del vecino en el continente, Fermín Roca, dueño de la estancia Olga Teresa, quien autorizaba la construcción de un pequeño muelle para cruzar a El Trébol.

La casa familiar de El Trébol es de estilo inglés, con ambientes sencillos y acogedores, y una decoración clásica en los tonos del *home* inglés que refleja el origen europeo de sus dueños. Su característica más distintiva hasta el día de hoy es su protegido y cuidado jardín de flores, con macizos de distintos coloridos diseñado por Mayo con apoyo de Kenneth, e inspirado en los jardines ingleses que recorrían al visitar a sus familiares en Escocia e Inglaterra. Juntos eligieron y plantaron cada especie, intercambiaron arbustos y semillas con amigos y conocidos, y así crearon un entrañable lugar en medio de esas latitudes extremas que ha sido el goce de cuatro generaciones de la familia. En el mes de septiembre ambos preparaban los almácigos de flores y hortalizas, plantines de tomates y pepinos que luego crecían en el invernadero. En la "quinta", como la llamaban, estaba el huerto, tenían gallinas, descremaban la leche de sus vacas, hacían mantequilla y cocinaban mermeladas, entre otras preparaciones campestres.

La vida en la estancia transcurría alejada de las facilidades y bienes de la ciudad. Por ello, uno de los recuerdos más añorados de los estancieros eran las visitas de Venancio Verdejo, el mercachifle que traía jabones y cigarrillos, entre otras mercaderías novedosas, desde Argentina. Venancio recorría a caballo con dos pilcheros, sus caballos de carga, extensos territorios de la región para vender sus productos. Otra de las experiencias típicas de esos tiempos eran los trueques con los pescadores, en los que intercambiaban carne por pescados y centolla. Siempre hubo una relación muy cordial y amigable entre ambas partes.

Ken y Mayo, como los nombraban cariñosamente sus familiares y amigos, hicieron de El Trébol un hogar de gran calidez en el cual acogieron a tantas visitas de distintas partes del mundo, como el francés que llegó a la estancia a bordo de su kayak. Construyeron un espacio familiar sin pretensiones, sus pasatiempos consistían en juegos de cartas, lectura de libros históricos y novelas en inglés, y a Mayo le gustaba bordar y tejer. Ambos disfrutaban de mantenerse informados a través de la sintonización de programas radiales nacionales e internacionales mediante la BBC del Reino Unido. Sus hijos recuerdan una infancia muy libre, en contacto con animales del campo y su naturaleza indómita. Mayo se hizo cargo de su educación, impartiendo *homeschooling* desde primero a cuarto básico, y luchando con sus energéticos pupilos que preferían salir libres al campo. Los cuatro viajaron a completar su educación básica y media en internados de la capital.

A pesar de que Kenneth y Mayo ya no están y las actuales dueñas del Trébol son sus hijas Gillian y Anne Maclean Boyd, cada rincón y cada espacio de la estancia los trae nuevamente al recuerdo de sus hijos y nietos; en los tradicionales desayunos con huevo a la copa y pan recién horneado, la calidez de la chimenea en el *livingroom*, los memorables *tea time* a las 5 de la tarde con *scones*, *pies* y tortas, la vista del comedor al colorido jardín en verano, las actividades propias de la ganadería y la libertad de los galopes a caballo en las explanadas magallánicas.

Kenneth y Mayo lograron crear un lugar que refleja hasta el día de hoy su pasión y dedicación por la estancia, convirtiéndose en el lugar de los recuerdos más lindos de toda la familia Maclean Boyd. M.P.

Página derecha: Entre flores y lupinos del jardín, Agustina Valdés, nieta de Kenneth y Mayo.

Las grandes ventanas iluminan el *livingroom* y el comedor, que conservan el acogedor ambiente creado por Kenneth y Mayo, en esta casa hoy en manos de sus descendientes.

Páginas siguientes: La casa de El Trébol en el sobrecogedor paisaje de Isla Riesco.

San José de Los Robles

PUNTA ARENAS

Vista de la casa y el Estrecho de Magallanes, tomada por el fotógrafo Robert Gertsmann, quien visitó Los Robles en la década de 1930.

Página derecha: Age quod Agis, frase en latín que podría traducirse como "Haz bien lo que haces", inscrita en este colorido vitral ubicado en el salón principal de la casa.

QUOD
ACE
AGIS

Salón presidido por el retrato de Francisco Campos. Entre los libros, se distinguen fotografías de los presidentes Gabriel González Videla y Juan Antonio Ríos.

Desde esta ventana se puede observar el cruce de las ballenas por el Estrecho de Magallanes.

En la ribera del Estrecho de Magallanes, a tan solo catorce kilómetros de Punta Arenas, se erige la propiedad rural de Los Robles, un sitio de incomparable belleza y rica historia. Este lugar, originalmente era un vasto campo de dos mil hectáreas en las afueras de la ciudad y fue destinado, en principio, a la congregación de animales, una práctica que implicaba reunir al ganado antes de su envío a los frigoríficos para su procesamiento. En la década de 1920, María Menéndez Behety (1879-1979) decidió construir una casa de madera inspirada en el diseño de un chalet, que se integrara armoniosamente con el entorno y maximizara las vistas panorámicas del lugar. Bautizó esta residencia como Villa San José de Los Robles, un refugio pensado para el disfrute del té y las tardes de esparcimiento en compañía de su esposo, el malagueño Francisco Campos Torreblanca, y sus ocho hijos. Además, Villa San José de Los Robles se transformó en un punto de encuentro para las damas involucradas y promotoras de las diversas iniciativas de beneficencia de la región, proporcionando un acogedor espacio de reunión y colaboración.

La edificación, cuya estructura original presenta una planta rectangular, se erige en un solo nivel, destacando por sus amplios ventanales. La mansarda, por otra parte, es un elemento distintivo de su diseño que se complementa armoniosamente con un techo de dos aguas, mientras que las terminaciones de los muros exteriores exhiben la calidez y la textura de la madera. A fines de los años 30 del siglo pasado, la lente del ilustre fotógrafo Robert Gerstmann capturó la esencia de esta casa, inmortalizando su presencia en el tiempo.

Emplazada en una ladera que desciende suavemente hacia el Estrecho de Magallanes, la vivienda principal de Los Robles se beneficia de un amplio escenario natural incomparable: la Isla de Tierra del Fuego se alza en el horizonte, como telón de fondo, enmarcado por robles y ñirres cuyas hojas adoptan tonalidades rojizas en otoño. La decoración interior, una fusión de tradición y elegancia, es obra de María Angélica García Huidobro, quien fuera esposa de Enrique Campos Menéndez, escritor y antiguo Director de Bibliotecas, Archivos y Museos de Chile, actual Servicio Nacional de Patrimonio. Los muebles son de la casa original del fundador de la familia, José Menéndez y Menéndez, en la plaza Muñoz Gamero de Punta Arenas.

El jardín fue diseñado por María Menéndez Behety y resalta por su excepcional diseño de *rock garden,* una técnica que crea un tapiz paisajístico utilizando rocas, piedras y grava; estos *rocks landscapes* de moda durante la época victoriana fueron creados por el paisajista inglés James Pulham que los dio a conocer en las famosas International Exhibitions de 1850 y 1860. Sus elementos no solo aportan una estética natural y rústica sino que además retienen el calor, favoreciendo el florecimiento de las plantas. Así, con la llegada de la primavera y el verano, el jardín se transforma en una alfombra de colores vibrantes, reflejo del meticuloso cuidado y la visión artística de María. Para la creación de este espacio pudo haber contado con la asesoría de renombrados jardineros alemanes como Germán Mutschke y Martin Schultz, y del botánico Otto Maggens. La singular belleza del jardín capturó la atención del poeta gallego Eduardo Blanco Amor, quien de paso por Chile le dedicó un poema en su obra "Chile a la Vista", publicada en 1957.

En la casa se custodia celosamente un antiguo libro de visitas, una reliquia proveniente del campo de San Francisco, que alberga crónicas que atraviesan décadas. Es en este tomo donde reposa la narración de Ernest Shackleton, el intrépido explorador inglés que, habiendo emergido indemne de su trágica odisea antártica, rescatado por el valiente piloto Pardo de la Armada de Chile, halló refugio y sosiego en Punta Arenas. Este libro trasciende la mera acumulación de firmas; se erige como un collage de relatos, una red de vivencias que entrelaza la propiedad con episodios definitorios de la historia magallánica reciente. Los Robles se presenta no solo como un santuario de memorias familiares, por generaciones, sino también como un espejo de la sociabilidad, los espacios y la vida cotidiana de una era que resuena con la historia de la región de Magallanes.

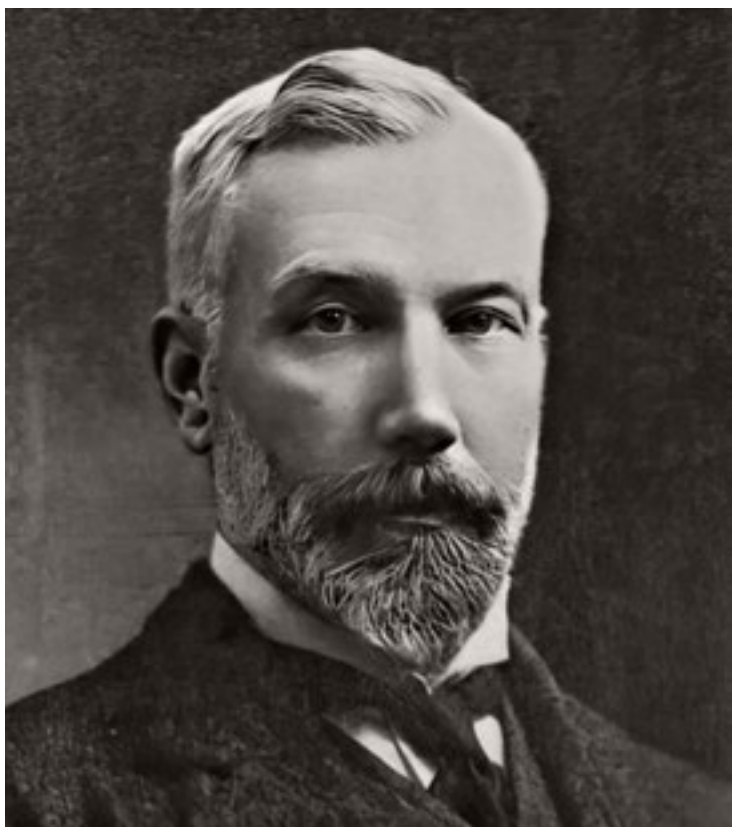
Hoy, Villa San José de los Los Robles se mantiene en manos de los herederos de la familia Campos Menéndez, quienes han arraigado su legado tanto en Argentina como en Chile. En un emotivo encuentro realizado el año 1998, la propiedad fue el punto de reunión de una vasta red de descendientes, abarcando desde hijos hasta tataranietos, que disfrutaron del paisaje, entorno y avistamiento de los saltos de toninas en el Estrecho, tal como lo experimentaron los antiguos inmigrantes que colonizaron estas tierras en los siglos pasados. M.P.

Escalera de madera que permite subir a los dormitorios, desde donde se tiene una vista hacia el jardín y el Estrecho de Magallanes.

Páginas siguientes: El jardín fue diseñado por María Menéndez Behety inspirado en los *rock landscapes* impuestos en el siglo XIX por el paisajista inglés James Pulham.
Para recrear este espacio, contrató a los reconocidos jardineros alemanes Mutschke y Schultz, y al botánico Otto Maggens.

Cameron

TIMAUKEL



Retrato de Alexander Cameron (1868-1950), neozelandés, primer administrador y accionista de la estancia Caleta Josefina que luego se divide en sub-secciones, una de las cuales fue nombrada "Cameron" en su honor.

Página derecha: Ovejas en el desolador paisaje de Tierra del Fuego.

La casa de administración se incendió en la década de 1970, las viviendas actuales fueron reacondicionadas por la familia Larraín, integrándose perfectamente al paisaje.

Las vastas extensiones de la Isla de Tierra del Fuego, llamada así por las numerosas fogatas y fumarolas que encendían los habitantes originarios —selknam y yámanas— para protegerse del intenso frío austral, fueron avistadas por Hernando de Magallanes en 1520 en su paso por el estrecho que hoy lleva su nombre. La bautizó "Tierra de los Fuegos". Los selknam la llamaron *Karukinka*, traducido como "nuestra tierra", o "tierra nuestra", denominación que da cuenta del valor y el sentido de pertenencia que este lugar tenía para esta etnia.

En este dilatado territorio insular de 48.000 kilómetors cuadrados predomina la pampa o llanura herbácea junto a frondosos bosques de variadas especies fagáceas, que incluyen lengas, coihues de Magallanes y ñirres, coexistiendo con un profuso sotobosque, además de amplios espacios de turberas. Allí habitan manadas de guanacos, zorros culpeos, zorros de Magallanes y la rata almizclera, entre otros animales. La isla y el archipiélago entero fue recorrida y dominada por pobladores de culturas ancestrales que se asentaron allí adaptando su vida a ese entorno que hicieron suyo. En esas soledades lejanas se establecieron entrado el siglo XX las estancias ganaderas, lo que significó un cambio cultural importante que modificó las condiciones humanas y espaciales a partir de la introducción de la economía ovejera. La Estancia Cameron, es —en ese sentido— un símbolo perenne de la historia ganadera y arquitectónica de la Patagonia meridional. Su desarrollo, que abarca más de un siglo, refleja la evolución de la industria ovina en la región.

La historia de Cameron se remonta a la formación de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego en 1893, el mayor latifundio jamás conocido en Chile. Esta empresa fue fundada en Valparaíso con el apoyo de Pedro H. Mc Clelland, jefe de la casa comercial británica Duncan Fox & Co., quien a su paso por Punta Arenas rumbo al puerto principal de Chile, fue visitado en el barco por el estanciero magallánico Mauricio Braun, quien lo convenció de participar en la sociedad. Algunos meses más tarde, después de muchas reuniones con ganaderos e inversionistas de Punta Arenas, de la Patagonia argentina y de las Islas Malvinas, continuó esta propaganda en Valparaíso, con la ayuda de Mc Clelland, para conseguir interesar en esta sociedad a importantes inversionistas de otros sectores económicos.

La Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego se constituyó en agosto 1893 con un capital de 1.250.000 pesos repartido en acciones de 500 pesos cada una sobre la concesión de terrenos que tenía Sara Braun, viuda del empresario portugués José Nogueira. Esta abarcaba más de un millón de hectáreas, tierras que el gobierno del presidente Balmaceda le había otorgado a Nogueira por un plazo de 20 años según Decreto Supremo del 9 de junio de 1890. Esta sociedad fue aprobada por el Decreto del Ministerio de Hacienda, del 16 de septiembre de 1893, y otro del 30 de mismo mes, que la declaraba legalmente instalada. Su primer presidente fue Pedro H. Mc Clelland, cargo que ejerció hasta poco antes de la I Guerra Mundial cuando regresó a Inglaterra, y su Director Gerente en Magallanes hasta 1905 fue Mauricio Braun. Luego, la empresa trasladó la gerencia a Valparaíso. La mayor accionista era Sara Braun, cuyas acciones sumadas a las de su hermano Mauricio, le permitían controlar el 52 %, de esta sociedad.

Fue así que en el verano de 1893-1894, Mauricio Braun (1865-1953), de 28 años de edad, estableció la primera estancia ovina de la empresa en la isla, el sector que denominaron Caleta Josefina, a orillas de Bahía Inútil. Esto ocurría antes de que finalizara el plazo para hacer efectiva la concesión que el gobierno de Chile había otorgado a José Nogueira –muerto en enero de 1893– en Tierra del Fuego, que vencía en septiembre de 1893. En un recorrido a caballo por el predio, Mauricio Braun y el neozelandés Alexander

Cameron, llegaron a la playa de Boquerón, y luego a Caleta Josefina, donde la goleta contratada descargaba los elementos indispensables para la instalación del primer campamento. Este sería el comienzo de una expansión que llevaría a la creación de múltiples estancias, en Chile y Argentina, entre ellas la que sería conocida como Cameron.

El origen de Cameron se remonta también al año 1893, cuando Alexander Cameron, accionista inicial de la compañía, fue nombrado administrador de la Estancia Caleta Josefina, enorme predio que comprendía más de 1.000.000 de hectáreas, limitando al norte con la hacienda de la Sociedad Phillip Bay Sheep Farming y C°, que había formado Nogueira, al este con la República Argentina y al oeste con la Hacienda de la Sociedad Baillon Wehrhahn y C°.

La vastedad del territorio obligó a que entre 1904 y 1908 la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego dividiera esta propiedad creando sub-secciones. Una de ellas fue la conocida como Sección Río McClelland, luego nombrada "Cameron" en honor al su primer administrador, quien se retiró en 1915, aunque la estancia se había habilitado como tal en 1906, contando con una extensión cercana a las 100.000 hectáreas. Situada a 153 kilómetros al sur del poblado de Porvenir, la estancia posee un significativo valor histórico debido a su conexión con el desarrollo de la pujante industria ganadera a principios del siglo XX, todo lo cual es observable en sus construcciones y su emplazamiento que forman un conjunto armónico distintivo en relación con el entorno.

Las edificaciones que la conforman, levantadas entre 1912 y 1920, se caracterizan por poseer un marcado estilo victoriano, combinadas con soluciones constructivas chilotas que incluyen, entre otras: techumbres prominentes, hastiales con cerchas ornamentales, ventanas con palillajes y galerías exteriores. Por otra parte, este caso es más complejo que la mayoría de las otras de la región, caracterizada, fundamentalmente, por una arquitectura prefabricada en madera de lenga, muy bien construida y asentada. Los edificios debieron ser pintados y protegidos constantemente debido a las condiciones climáticas de la región, donde el viento arrecia gran parte del año y los inviernos se caracterizan por nevadas permanentes. Los galpones de esquila, que aún se mantienen, considerados "grandes", cobijan todas las instalaciones en una sola nave longitudinal, con ventilación e iluminación natural logradas a través de grandes lucarnas perforadas en las cubiertas. El precedente arquitectónico de estos edificios lo encontramos en las *stations* australianas y neozelandesas, que buscaban dar un lugar a cubierto para la esquila. Estructuras eficientes que fueron trasplantadas y consolidadas en los páramos pampeanos.

El conjunto de construcciones seguía una planificación convenientemente estudiada que consideraba la distancia del galpón de esquila con relación a los restantes edificios; además, en el centro del casco se ubicaban los espacios de uso comunitario como la pulpería, las oficinas, talleres de mantención, la cocina, el comedor y los dormitorios de los esquiladores que se instalaban allí temporalmente para trabajar en las faenas de la esquila y que eran reclutados mediante el tradicional sistema de "comparsas", existente hasta el día de hoy. La casa del administrador –la estancia no tuvo casa patronal al ser parte de la Sociedad Explotadora– no se conserva porque fue consumida por un incendio en los años setenta. El sistema de trabajo, que se replica en otras estancias, da cuenta de una organización que sigue el modelo impuesto en otras latitudes y que, para este caso, se adaptó con éxito. De hecho, los contratos de esquila incorporaban, como un ítem fundamental, los horarios de descanso y comidas para los trabajadores. Quizás la construcción más significativa es la casa que alberga la gran cocina a leña antigua y los mesones compartidos donde se juntaban a comer patrones y empleados.

Interior de una de las casas de Cameron.

En el año 1971, producto de la reforma agraria, la estancia fue expropiada pasando a manos de una cooperativa compuesta por 34 dueños, a quienes se les dio título de propiedad durante el gobierno militar. Esta continuó explotando la estancia, aunque de manera más reducida, hasta el año 2008, cuando fue vendida a una sociedad privada constituida por Carlos Larraín Peña, un político destacado, cuya historia familiar y genealógica está relacionada con el fundo Lo Fontecilla del valle central. Actualmente, la estancia Cameron cuenta con 30.000 cabezas de ganado.

Destaca el esfuerzo de los actuales propietarios por mantener el valor patrimonial de las edificaciones de la estancia. Se han preocupado especialmente de preservar y mantener en óptimas condiciones las casas de los trabajadores que se siguen utilizando en la época de esquila, cuando son ocupadas por las aún vigentes "comparsas". Durante el desarrollo de esta actividad, los hombres llevan a cabo su trabajo cumpliendo con los rituales de antaño, tanto en las costumbres de alimentación como en el cumplimiento de los horarios que se mantienen exactamente como eran en la época de la Explotadora. Hoy, estas "comparsas" enrolan trabajadores de otras nacionalidades como uruguayos y argentinos.

Por otra parte, el trabajo propio de la estancia se ve complementado con la celebración de diversas fiestas: una de ellas es cuando se aparta la madre de la cría, donde se corta la cola a las hembras que se conservan y se capan los machos que no dan el peso adecuado para ser transados en la temporada y que, luego, se venden como capones. Esta celebración se realiza durante el mes de enero. Otra festividad está asociada a la marca de los terneros, en el mes de mayo, que comporta una competencia de laceo. Por parte de los nuevos propietarios, se han instaurado carreras de caballo a la chilena. Durante el desarrollo de las mismas, se comparte al son de la música, mucha de ella de origen argentino, donde destaca el chamamé que ingresó, precisamente, por la Patagonia Argentina y, también, música chilota. Los trabajadores siguen utilizando su vestimenta tradicional, bombachas, bota blanda y boina, ataviados con su cuchillo y afilador. Todo esto, permite comprender dos cosas: la existencia de un modo de vida que se mantiene y cultiva; a la vez que se conservan las tradiciones que caracterizan la sociabilidad de estos espacios.

Existe en la estancia una capilla que ha sido mantenida y remozada por la familia Larraín, con la advocación al buen pastor, atendida durante muchos años por el padre Santiago Redondo (SDB). En la actualidad, va un padre cada cinco semanas como parte de la evangelización permanente fomentada por el obispo de Punta Arenas.

La Estancia Cameron, con sus tradiciones ganaderas profundamente arraigadas y su rica historia, continúa siendo un testimonio vivo de la cultura y la identidad de Tierra del Fuego, de la vida en las estancias, que no sólo se refería a la explotación misma del recurso, sino que arraigaba una cultura y un modo de vivir. Su valioso patrimonio arquitectónico y cultural, nos permiten reconocer el esfuerzo de los colonos y de quienes construyeron esos espacios en los alejados territorios meridionales. Este equilibrio entre la conservación del legado histórico y la adaptación a las nuevas realidades garantiza que la estancia siga siendo un pilar fundamental en la historia y la vida contemporánea de la región. M.P.

Uno de los rincones de la casa principal, con vista al jardín.

La cocina conforma uno de los espacios más atractivos de la casa, lugar de reunión en los fríos meses de invierno.
Páginas siguientes: Vista de algunas construcciones del casco de la estancia, antiguos galpones de esquila, bodegas y corrales.

AGRADECIMIENTOS

Este libro fue posible no sólo por la generosidad de las familias que nos abrieron sus casas y accedieron a mostrarlas, sino también por la amabilidad de muchas personas que ayudaron a comprender mejor cada uno de estos espacios geográficos, tan amplios como diversos en su conformación, y las circunstancias particulares que permitieron la construcción de estas casas de campo a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

En las regiones de Los Ríos y Los Lagos fueron de gran utilidad las publicaciones de fray Gabriel Guarda O.S.B referidas a la arquitectura tradicional de Valdivia y Osorno así como la valiosa orientación de la fotógrafa Mariana Matthews, del arquitecto Jorge Inostroza, y de Katerine Araya, investigadora de las construcciones en madera del sur de Chile. Asimismo, de gran ayuda fue la guía de la arquitectura patrimonial de las zonas rurales del lago Llanquihue realizada por Heike Hopfner, Tomás Jacobensen, Pablo Moraga y Drago Vodanovic, arquitectos de la Universidad San Sebastián, Sede de la Patagonia. La notable investigación de Gian Piero Cherubini, arquitecto de la Universidad Católica, referida a la escuela de carpinteros alemanes de Puerto Montt. Los conocimientos compartidos de Carlos Geisse, Edward Rojas y de la antropóloga Lisette Winkler, del mismo modo que la documentación de antiguas casas tradicionales de Dalcahue facilitada por Rodney Strabucchi y Viola Barría. Agradecemos también la amabilidad de Ellen Wetzel y Domingo Cousso, Carlos Werner, María Elena Ojeda, María Estela Schilling, Daniela Winkler, Felipe Montt y Denise Blanchard, Lucía Santa Cruz, Bladimir Corrales, Michele Dilhan y Rodolfo Boekemeyer. En la región de Aysén, agradecemos especialmente la disposición y consejos de Carolina Cosmelli, María Vial, Danka Ivanoff, Rodrigo Pucci y Pablo Galilea. Para la región de Magallanes fueron muchos los que nos guiaron en la búsqueda. Nombramos aquí a Carolina Opitz, veterinaria y gran conocedora de la zona, Alfonso Campos y Miodrag Marinovic. Las investigaciones de las estancias magallánicas realizadas por María Paz Valenzuela, Marcela Pizzi y Juan Benavides, arquitectos de la Universidad de Chile, y Mateo Martinic del Instituto de la Patagonia. La información sobre las estancias de Tierra del Fuego de Eugenio Garcés, arquitecto de la Universidad Católica.

Por último, queremos expresar nuestra gratitud a Carolina Suaznábar, del Archivo Fotográfico del Museo Histórico Nacional, a Roberto Aguirre, del Archivo Audiovisual de la Biblioteca Nacional de Chile, y al Museo Regional de Aysén, que aportaron valiosos registros fotográficos para complementar esta publicación

Portada: Casa Flor del Lago, Villarrica.

Contraportada: Casa Quirislahuen, Osorno.

Guarda inicial: Cerco en estancia Río Penitente, Laguna Blanca.

Guarda final: Corral y galpón en Casa Galera, Coyhaique.

CASAS DE CAMPO CHILENAS
Desde La Araucanía hasta Magallanes

Editores:

Hernán Rodríguez y Valeria Maino

Dirección: Hernán Rodríguez

Fotografia: Max Donoso

Coordinación General: Mario Rojas

Gestión y Edición de Contenidos: María José Vial

Coordinación Banco Santander: Josefina García Mekis

Textos: Carlos Castillo, Fernando Imas, Magdalena Pereira, Constanza Pérez

Diseño y Edición: Virtual Libros

Producción Editorial: Andrés Urrutia

Dirección de Arte: Carolina Videla

Producción Gráfica y Gestión de Color: Bernardo Kusjanovic, Juan González, Eliana Arévalo

Banco Santander Chile

Corporación del Patrimonio Cultural de Chile

© 2024, Santiago de Chile

Derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier forma o medio electrónico, mecánico, óptico o químico, incluidas las fotocopias, sin previa autorización expresa y escrita del editor.

ISBN: 978-956-8797-11-9

Impreso en Ograma Impresores
Santiago de Chile.

PATRIMONIO CULTURAL DE CHILE

Santander

PROYECTO ACOGIDO LEY DE DONACIONES CULTURALES